

LITERATURA CHILENA

creación y crítica

ABRIL / JUNIO • PRIMAVERA de 1981
EDICIONES DE LA FRONTERA • LOS ANGELES, CALIFORNIA

XVI

SUMARIO

VOL. 5 ••• No. 2

AÑO 5 ••• No. 16

LITERATURA CHILENA, creación y crítica
ABRIL / JUNIO de 1981

	1	Editorial
Pedro Bravo-Elizondo	2	Manuel viene galopando por Las Alamedas (Ensayo)
Victor M. Valenzuela	5	Dos Novelas del Golpe Militar (Ensayo)
Ramón Layera	7	La Dinámica del Enfrentamiento en "Igual que Antes" (Ensayo)
Rodrigo Quijada	9	Llanto de Viuda (Capítulo de Novela)
Juan Armando Epple	11	Rosa Gentil (Cuento)
Guillermo Araya	13	La Despedida (Cuento)
Carlos Droguett	15	Perdona si recién has comido (Capítulo de Novela)
Rafael Arenas	22	Pedrito El Marxista (Cuento)
Vicente Huidobro y Texto Litúrgico	23	Missa in Tempore Discordiae, Opus 64
Claudio Giaconi	26	Poemas Neoyorquinos
Omar Lara	28	Ocho Poemas
Oscar Hahn	30	Testimonio de un Poeta
Héctor Mario Cavallari	32	Conchalí (Libros)
David Valjalo		La Vida a Plazos de don Jacobo Lerner (Libros)
Victor M. Valenzuela	33	La Narrativa de Mariá Luisa Bombal (Libros)
G. A.		Marxismo, Democrazia e Diritto dei Popoli (Libros)
Nain Nómez		El Evasionista / The Escape Artist (Libros)
Javier F. Campos	34	Poesie Dell' Esilio (Libros)
Marjorie Agosin		Antología de la Poesía Tradicional Chilena (Libros)
Nain Nómez	35	Cría Ojos (Libros)
W. Nick Hill		Arte de Morir (Libros)
Gabriela Mistral - Contraportada		Las cosas tienen necesidad de ser descritas...

Las ilustraciones del presente número corresponden a Germán Arestizabal
La xilografía de la contra portada de Gabriela Mistral corresponde a Carlos Hermosilla Alvarez

LITERATURA CHILENA
creación y crítica

P.O. Box 3013,
Hollywood, California 90028
USA.

DIRECCION COLEGIADA

Guillermo Araya • Armando Cassícoli
David Valjalo

CONSEJO EDITORIAL

Literatura

Jaime Concha • Juan Armando Epple
Luis Eyzaguirre • Juan Loveluck
Naín Nómez • Grñor Rojo
Mercedes Valdivieso • Víctor M. Valenzuela

Plástica

René Castro • Mario Toral

Cine

Patricio Guzmán

Música

Patricio Manns

Teatro

Jorge Dfáz

•

COMITE DE SOLIDARIDAD

Fernando Alegría • Nemesio Antúnez
Carlos Droguett • Juan Pablo Izquierdo
Miguel Littin • Juan Orrego Salas
Roberto Matta

•

David Valjalo, Editor

Ana Marfá Velasco, Asistente del Editor

Editado por Ediciones de la Frontera
Los Angeles, California

Impreso por The Frontera Press

Copyright: Literatura Chilena, creación y crítica

Vol. 5 No. 2

Año 5 No. 16

ABRIL / JUNIO
PRIMAVERA de 1981

Un análisis de lo sucedido desde el golpe de estado, nos hace llegar a la conclusión que las funestas razones que tuvieron las fuerzas armadas para romper la estabilidad constitucional de la República, han dejado de tener vigencia.

En consecuencia, ya no existe un gobierno transitorio de las fuerzas armadas (basado políticamente en la reacción que preparó y provocó dicho golpe con ayuda foránea) sino la prioridad del ejército en desmedro de las armas restantes y sobre éste, la persona del general en jefe, aparte de otros títulos que pueda usufructuar por el momento, mediante farsas sometiendo a la ciudadanía por el terror y la fuerza.

La organización prusiana de este cuerpo armado permite la permanencia de una tiranía personal con todas sus extravagancias y arbitrariedades. El hecho de concentrar en sus manos el mando de tropas, lo transforma prácticamente en amo o propietario del país.

Basado en estos considerandos insistimos en la realización de un trabajo unitario para mantener la llama y la supervivencia de nuestra tradicional democracia.

Con la representación de la totalidad de las actividades intelectuales con predominio de personalidades sin militancia política, continuamos nuestra labor, formando un amplio frente cultural, en sólida oposición a la fuerza bruta.

Nuestra tenacidad en la tarea que nos hemos impuesto está basada — y es prudente recordarlo — que la historia demuestra invariablemente la transitoriedad de esta clase de regímenes.

MANUEL VIENE GALOPANDO POR LAS ALAMEDAS

□ PEDRO BRAVO-ELIZONDO

DATOS HISTORICOS

El movimiento independentista de 1810 en América Latina no modificó la estructura de la sociedad colonial, ni cambió el carácter de la economía dependiente, creando las posibilidades de un desarrollo industrial autónomo, como ocurriera con las revoluciones democrático-burguesas europeas del siglo XIX. La independencia de Chile, el proceso revolucionario de 1810, fue un movimiento separatista —no por ello disminuye su alcance político y social— en oposición por ejemplo a la Revolución Francesa que fue eminentemente social. De aquí la denominación de 'primera independencia.'

El sistema colonial mantuvo los privilegios de los peninsulares en detrimento de los criollos. La independencia significó el replazo del feudalismo español, 'chapelón,' por el feudalismo nativo, 'criollo'. En el fondo fue un fenómeno económico y no un proceso de cambios estructurales.

Del catálogo de héroes que Chile posee, Manuel Rodríguez (1775 - 1818) destaca como uno de los que mejor entendió el proceso revolucionario. Con sus hermanos Carlos y Ambrosio representan el criollaje comprometido con las ideas libertarias y de avanzada, a diferencia de aquéllos que buscaban el cambio como un mero traspaso de poder. La historia de Chile ha ignorado a sus hermanos, abogados como el guerrillero. Ambrosio se recibió en 1814; fue Capitán de la Gran Guardia, cuerpo creado por José Miguel Carrera. Luchó en Rancagua como comandante de un batallón. Muere en 1821. Carlos se recibió en 1812. Fue Secretario de Guerra del gobierno de Carrera en 1814. Diputado y Senador, Ministro de Relaciones Exteriores y del Interior durante la vicepresidencia de Francisco A. Pinto. Llegó a ser Ministro de la Corte Suprema. Muere, desterrado por Prieto, en Lima, en 1839. (Véase *El Guerrillero M. Rodríguez y su hermano Carlos* de Alejandro Chelén Rojas, Santiago: Prensa Latinoamericana, 1964).

Manuel Rodríguez, por su amistad con los Carrera, será identificado hasta el final de su vida con aquéllos. Durante el golpe de Estado que Carrera da el 16 de noviembre de 1811, Manuel desempeña el cargo de Secretario de Guerra e Interior. La Junta estaba formada por José Miguel Carrera, Bernardo O'Higgins y Gaspar Marín. La derrota de Rancagua señala el fin de la Patria Vieja y el inicio de la Reconquista. Marca el comienzo de las actividades guerrilleras de Manuel Rodríguez Erdoyza. Exiliado en Mendoza, ofrece su colaboración al general José de San Martín para coordinar un plan de guerrillas, mientras se organiza el Ejército Libertador. La efectividad de su labor (incluso atrae a la causa patriota al bandido José Miguel Neira) puede deducirse por el siguiente bando aparecido en la Gaceta de Gobierno 'Viva el Rey' (número 96, noviembre 8 de 1816),

Todos aquellos que sabiendo el paradero de los expresados Neira y don Manuel Rodríguez y demás de su comitiva no dieren pronto aviso a la justicia más inmediata, sufrirán también la pena de muerte justificada su omisión, incurriendo en la misma los jueces que, avisados de su paradero, no hagan todas las diligencias que estén a su alcance para prenderles. Por el contrario, los que sabiendo donde existan los expresados Neira y Rodríguez los entreguen vivos o muertos, después de ser indultados de cualquier delito que hayan cometido, aunque sean los más atroces, y en compañía de los mismos facinerosos, se les gratificará además con mil pesos que se darán en el momento de entregar cualesquiera de las personas dichas en los términos insinuados; bajo la inteligencia de que este superior Gobierno será tan religioso en cumplir su promesa, como ejecutivo en las penas que van designadas; en esta virtud, para que lo contenido tenga efecto, y ninguno alegue ignorancia, publíquense los ejemplares convenientes, circúlese por los partidos del reino. Fecho en esta ciudad de Santiago de Chile, a 7 de noviembre de 1816. Francisco Marcó del Pont.

Manuel Rodríguez encontró simpatizantes incluso en las barbas mismas del realismo. Un tipógrafo de la Gaceta del Gobierno cambió inocentemente el texto de un decreto al transformar la frase 'madre bienhechora' (refiriéndose a la Madre Patria) por 'madre malhechora,' e 'inmortal Rodríguez' por 'inmortal Rodríguez.' Obviamente el tipógrafo fue castigado, pero la 'aclaración necesaria' no logró disminuir el impacto de tal travesura y simpatía.

La redacción de sus proclamas muestra la talla ciudadana del héroe,

Por mí os juro que mientras mi patria no sea libre, que mientras todos mis hermanos no se satisfagan condignamente, no soltaré la pluma ni la espada, con que ansioso acecho hasta la más difícil ocasión de venganza. Os juro que cada día de demo-



La Recompensa - Germán Arestizabal

La independencia política de Chile, se consolida con el triunfo de las fuerzas patriotas en Maipú en 1818. Semanas más tarde, el 26 de mayo de 1818, Manuel Rodríguez es asesinado en las vecindades de Tiltil. Con este trasfondo histórico, Sergio Arrau (1) escribe 'Manuel viene galopando por las alamedas.'

LA OBRA DRAMÁTICA

El asunto principal nos muestra a cinco actores aficionados, María, Paula, Pancho, Raúl y Jorge, ensayando a hurtadillas una obra sobre Manuel Rodríguez. El canto con que se abre la escena inicial fija el tono general de la representación.

Manuel, estamos haciendo algo que nos enseñaste y como tú nos dejaste queremos seguir viviendo; siempre nos sigue lloviendo ceniza y a veces lava esta empieza cuando acaba de morir una esperanza, de un pueblo que en añoranza, vibra en esta encrucijada. (2)

El distanciamiento teatral, indispensable en este tipo de obra en que el mensaje, la actitud planteada, prima por sobre el desarrollo de caracteres o el juego escénico, prevalece en los signos secundarios del texto: 'Se ve un escenario desordenado. Hay sillas mesas y algunos trastos sencillos que serán utilizados por los actores para ambientar someramente, los distintos lugares de acción.' La artesanía dramática del autor va más allá, en este despliegue de técnica brechtiana, *Los actores usarán sus prendas habituales, sobre las que se colocarán elementos de vestuario, que con un toque, caractericen el personaje que representen. De modo que nunca habrá una caracterización acabada. Tampoco habrá maquillaje.*

El autor manipula la acción a lo largo de secuencias que siguen una 'línea de intención' bastante definida. Los actores aficionados llegan a un lugar abandonado para llevar a cabo su proyecto: crear una obra teatral basada en la lucha del guerrillero contra las fuerzas que oprimen al país. Algunos de ellos han investigado en los archivos históricos, pues como dice Jorge '(...) todo lo que se escenifique tiene que ser histórico. En lo posible, con documento en mano.' Otros (en este caso, los espectadores) sólo tienen un conocimiento casual y legendario del héroe. Los intereses en pugna del grupo —en especial la sobrevivencia en un medio hostil— afloran a medida que se van concretando y anudando las acciones de la vida del guerrillero. Al mismo tiempo, hay un reconocimiento interior de la potencialidad yacente en cada uno de ellos. Esta especie de anagnórisis es la que el autor quiere transmitir a su audiencia.

El teatro en el teatro, recurso que permite derribar la 'cuarta pared' coadyuva a la eliminación de la empatía que pueda suscitarse entre espectador y actor. Las canciones que se intercalan cumplen semejante función, a la vez que fijan ciertas ideas básicas a la trama de la obra.

De los actuantes en el escenario, Raúl (alter ego de Arrau) proporciona el chiste oportuno, la chispa criolla, el descanso para el avance de la acción.

Con estos elementos, la obra traza el paralelismo histórico: Chile en 1800 —Gobierno de Marcó del Pont— M. Rodríguez guerrillero.

Chile en 1975 —Gobierno Militar— Manuel Rodríguez y su legado.

La acción superpuesta en estos dos planos, el histórico y actual, entremezcla el temor y las represalias de que pueden ser objetos quienes colaboren con el guerrillero, y los que propicien un arte crítico, contestatario. Víctor, en su papel como Rodríguez, solicita ayuda a un juez, amigo de él. Al secundarle a burlar los Talaveras, Rodríguez comenta,

ra se doblará este deseo ardiente para sacar de los profundos infiernos al tizón en que deben quemarse nuestros tiranos y sus infames, sus viles secuaces. (Del Archivo San Martín, tomo III.)

Su momento de gloria y de servicio a la incipiente nación alcanza su punto máximo al producirse el desastre de Cancha Rayada (1818) y apoderarse el pánico de la capital. Un cabildo abierto lo eleva a la primera magistratura compartiendo el poder con Luis Cruz, Director Interino. El infunde fe y confianza con su actitud, a un pueblo desorganizado y aterrorizado. Sus memorables palabras 'Aún tenemos patria ciudadanos; los cobardes que vayan a asilarse en las polleras de las mujeres, pues nosotros sabremos cómo salvar a la patria,' resuenan hondo en el alma de los chilenos cuando los momentos de crisis sacuden los cimientos de la patria. Violeta Parra reclamaba en los años 60, en Chile, la presencia del guerrillero, al componer su canción 'Hace falta un guerrillero,'

*Las lagri
las lágrimas se me caen
como fue
como fue Manuel Rodríguez
debieran
debieran haber quinientos
ipero no hay ni uno,
que valga la pena en este momento!*

Víctor: *Gracias, mi amigo. ¿Sabe que tiene magníficas condiciones como insurgente?*

Pancho: *(Como Juez) ¿De qué está hablando?*

Víctor: *Además, ha pasado a colaborar con la causa patriótica.*

Pancho: *¿Cómo dice? Un momento...*

Víctor: *Claro que sin querer. Pero ha pasado a ser actor de ella. Ya ve que uno no puede quedar al margen.*

Pancho: *¡No, no, muchas gracias! No quiero más actuaciones, por favor.*

Al comienzo de la primera escena, Raúl, preocupado inquiere '¿Quién levantó el telón?' a lo que contesta Jorge

Jorge: *(Entrando por un costado). Yo. No te pongas saltón, que no hay nadie. Y a este local no se asoman ni las moscas.*

Un comentario de Pancho, es un signo claro y evidente del clima social en que vive el país.

Pancho: *Por si no te has dado cuenta, al armar esta obra caemos en 'Sedición.' Lo menos veinte años.*

Si Rodríguez se disfraza para despistar y servir a la causa de Chile, los actores del drama utilizan el teatro como disfraz y arma para expresar su rebeldía. El proceso de desenmascaramiento de la personalidad del guerrillero va a parejas con el proceso de concientización producido entre los actores y la decantación política del grupo. Paula y Jorge abandonan el escenario y a sus amigos, por su frustración amorosa y la seguridad precaria que les ofrece el no entrometarse. 'La vida es demasiado corta, para desperdiciarla estúpidamente con 'convicciones' y causas perdidas.'

Sergio Arrau ha recuperado al Rodríguez (3) que millares de chilenos desconocen, a aquél que supo calar hondo en el comportamiento social del chileno de la época.

La gente media es el peor de los cuatro enemigos que necesitamos combatir. Ella es torpe, vil, sin valor, sin educación, capciosísima y llena de la pillería más negra. De todo quieren hacer comercio, en todo han de encontrar un logro inmediato; y si no, adiós promesas, adiós fe; nada hay seguro en su poder, nada secreto.

La sorpresa de estas opiniones del héroe, manifestadas por los protagonistas, es eco de la reacción de un auditorio. María aclara, 'El que lanzara expresiones duras sobre Chile, no tiene nada de raro en un hombre apasionado.' (Recordemos a Bolívar y su frustración, en la frase: 'He arado en el mar.')

Víctor plantea su opinión en otros términos,

Yo estoy totalmente de acuerdo con lo que afirma Rodríguez. Parece que nuestra gente se ha caracterizado siempre por una ambigüedad desesperante. Todo aquí es superficial, blandengue. De repente entusiasmos locos y luego, olvidos totales.

Con el Rodríguez histórico, la aristocracia no sale mejor parada. En carta a San Martín, que no se menciona en la obra, revela su agudo sentido de observación y su inclinación hacia los humildes, 'la plebe'

Es muy despreciable el primer rango de Chile. Yo sólo los trato por oír novedades y para calificar al individuo sus cualidades exclusivas para el Gobierno. Cada caballero se considera el único capaz de mandar. No quiero junta por no dividir el trono. Pero lo célebre es que en medio de esta ansia tarascal se llevan con la boca abierta esperando del cielo el ángel de la unión. Muy melancólicamente informará de Chile cualesquiera que lo observe por sus condes y marqueses. Mas la plebe es de obra y está por la libertad con muchos empleados y militares.

La teatralización de la conversión de José Miguel Neira refleja la conversión del pueblo a la causa patriota. El argumento del Neira 'teatral' para no unirse a Rodríguez, es el sentimiento del chileno engañado a lo largo de la historia por sus políticos, excepción hecha de líderes ya reconocidos. 'No me interesa. Para mí dan lo mismo unos que otros. Realistas o patriotas. (Escupe con rabia). En la práctica, son la misma cosa. Cualquiera que esté arriba, da igual para los pobres.'

La sorpresa de Cancha Rayada y la sicosis colectiva en Santiago, está magistralmente dramatizada, con frases cortas, que en forma creciente desembocan en el 'Aún tenemos Patria, ciudadanos.' Cuando la naciente patria precisó del líder, allí estuvo Manuel Rodríguez, 'in the right place, at the right moment.' Como Di-

rector Supremo en la emergencia, no se enquistó en el trono como muchos salvadores de la nación en Latinoamérica, ávidos de poder y no de servicio ciudadano.

La vinculación entre los dos hechos históricos planteados tiene un final plausible y verosímil desde el punto de vista teatral. Después de ensayar 'su obra' los actores se preguntan '¿Y ahora qué?' La respuesta la da María

¿Pero qué habría hecho Manuel Rodríguez en un caso así y estando en nuestro lugar? ¿Saben lo que pienso? Se presentaría clandestinamente, aunque fuera para diez espectadores cada vez. Para levantar el ánimo de nuestra gente, que bien lo necesita, para unirla más, para volver a encender el entusiasmo. ¡Eso creo que haría! ¿Y es acaso ésta una acción menos valerosa y urgente?

La réplica de Víctor conduce al tema de la obra, *Cierto. He sido un imbécil. Diste justo en el clavo, María. Ese es precisamente el legado de Rodríguez: ¡Mantener viva la esperanza, sin desmayar!*

El reencuentro de los 'actores' con el legado del guerrillero es el vínculo perdido de un país momentáneamente paralizado en su conciencia. Manuel Rodríguez es el símbolo, no únicamente de la resistencia, sino de todo aquel que abandona cuanto posee —seguridad, posición social— para entregar la vida por los ideales democráticos de liberación. Pero también es el líder que incorpora los segmentos populares en la lucha contra la monarquía española. El campesinado y el artesanado chileno le brindan no sólo protección sino apoyo, como lo reconoce Roberto Hernández (4)

Rotos de marca mayor fueron los que batieron a los célebres Talaveras; y rotos pintiparados los que al grito de ¡Viva la Panchita! (¡Viva la Patria!) hicieron frente a San Bruno, tan temido hasta de los hombres de capa larga. Rotos campesinos fueron los que montaron a caballo con Villota en Curicó, con Salas en San Fernando y sirvieron en las montoneras de Manuel Rodríguez, el caudillo popular por excelencia.

Su cabalgar resuena en las alamedas como una amenaza para el opresor y una esperanza para el que confía en aún tener Patria. □

NOTAS

(1) Actor, director y dramaturgo. Ha desarrollado una larga y amplia labor teatral en Chile y Perú. Su producción dramática cuenta: *José Manuel y el Jabonero, Un tal Manuel Rodríguez, Lisístrata González, Marijuana, Tres tonos en No Menor, La multa, Infierno para dos, Los zapatos, El limbo, Secretario de Estado, etc.*

(2) Versos del poeta popular Ismael Sánchez Duarte.

(3) La figura del guerrillero y lo que simboliza para los chilenos, puede medirse por las obras que desde el siglo XIX han sido estimuladas por el héroe. Menciono algunas. Carlos Walker Martínez: *Manuel Rodríguez*. Drama histórico en cuatro actos (1865). Segunda y tercera edición en 1869 y 1879 respectivamente. José Lietti: *Manuel Rodríguez*. Drama histórico y popular (1896). Jorge R. Elizondo: *Manuel Rodríguez*. Drama histórico (1904). Magdalena Petit, conocida por su novela *La Quintrala* de la cual escribe una adaptación teatral en cinco actos (1935) es autora de otro *Manuel Rodríguez*. Luis Enrique Delano: *Manuel Rodríguez*. Drama histórico en dos actos y siete cuadros (1938). Jorge Díaz estrena su *Manuel Rodríguez* en 1957. A estos autores podrían agregarse Víctor Molina Neira, Eduardo Olivos y Oscar Jara Azócar con sus obras escolares.

La diferencia radical entre las obras teatrales mencionadas y *Manuel viene galopando* es que ésta obedece a uno de los planteamientos del Teatro Documental: la crítica de la falsificación de la realidad histórica y su íntima relación con el presente de una sociedad. En lo que al cine se refiere, Pedro Sienna filma y protagoniza en 1925, *El Húsar de la Muerte*, un clásico del cine chileno, sobre la vida de Rodríguez. En 1972, Alvaro Covacevic dirige *Manuel Rodríguez, el guerrillero* con Marcelo Romo en el rol protagónico y guión perteneciente a Gustavo Meza, autor y director teatral.

(4) *El Roto Chileno* (Valparaíso, 1929), pp. 7 - 8.

DOS NOVELAS DEL GOLPE MILITAR

El golpe de estado en Chile en 1973, el cobarde asesinato del presidente por las hordas fascistas, la destrucción de las instituciones democráticas del país, la matanza y el exilio de miles de chilenos obviamente no podía ser ignorada o relegada al olvido. Testimonio de esos fatídicos sucesos son por ejemplo varias novelas, todas escritas fuera de Chile, tales como: *El Paso de los Gansos* de Fernando Alegría publicada en 1975 (traducida al inglés con el título de *Chilean Spring*), *Soñé que la nieve ardía* de Antonio Skármeta de 1975, *Begegnung mit der zeit* de Carlos Cerda de 1976, *En este lugar sagrado* de Poli Délano de 1977, *Le sang dans la rue* de Guillermo Atiñas de 1978, *Sweet Country* de Caroline Richards de 1979, y otras.

No es mi propósito ahora comentarlas todas. Por lo tanto, he seleccionado para esta ocasión sólo dos: *Sweet Country* de Richards y *El paso de los Gansos* de Alegría. Y debido a que en los Estados Unidos los relojes corren y no andan como en nuestros países, y como sólo dispongo de veinte minutos, entonces iniciaré de inmediato mis comentarios de estas dos obras.

Comenzaré con *Sweet Country*, (1) una novela que lleva como título la primera frase del himno nacional chileno "Dulce Patria" y en la que se documentan las condiciones en Chile entre el 15 de agosto de 1973 y diciembre del mismo año. La situación en el país durante las dos últimas semanas de agosto era extremadamente tensa y tensos también eran los nervios de Eva, la protagonista, tanto así que se vio forzada a consultar al Dr. Carvajal, un siquiátra quien le aconsejó, como remedio, que escribiese sus memorias ya que por ser la secretaria y fotógrafa personal de la esposa del presidente de Chile, sus notas podrían adquirir importancia histórica. En efecto, en breves párrafos, Eva comienza a describir sus problemas matrimoniales (estaba separada de su esposo), el asesinato de Enrique, Edecán Naval del presidente, a Helmut su amante alemán, a su tío Max, momio empedernido, y a otros miembros de su familia. Comenta la violencia e inestabilidad de un país que sufría todas las crisis, al rico sastre socialista don Néstor Salas, quien siempre tenía acertados comentarios de lo que pasaba y de lo que iba a pasar en Chile. Por ejemplo, don Néstor sabía que los momios recibían ayuda económica, armas, e instrucciones tácticas del Brasil, que a su vez las recibía de la CIA y de las corporaciones multinacionales norteamericanas. Tenía conocimiento y documentos de las actividades que se llevaban a cabo en la embajada norteamericana contra el gobierno de Chile y por eso podía predecir "It will be the *Fuerzas Armadas*, not the extremist groups, who will determine the fate of this country" (p. 40). Y así pasó. En la mañana del 11 de septiembre a Eva le pareció que temblaba en Santiago. La radio pronto la sacó de las dudas y lo que escuchó fueron las palabras del presidente Allende que anunciaba la toma del palacio de la Moneda por las Fuerzas Armadas, y su despedida al pueblo que horas más tarde supo que su presidente había sido asesinado, y que su puesto había sido ocupado por una junta militar con poderes ilimitados (ver pp. 65, 71).

□ VICTOR M. VALENZUELA

*Trabajos del Panel de Ensayo,
Congreso de Literatura Chilena en el Exilio,
Jornadas Culturales Chilenas,
California State University at Los Angeles,
Febrero de 1980.*

Estos acontecimientos alarmaron a Eva no sólo porque su país quedaba paralizado por el terror sino también porque sabía que por haber estado asociada con la esposa del presidente, iba a ser declarada enemiga y traidora a la patria por la junta militar. Lo que presentía y temía Eva tuvo lugar al siguiente día cuando escuchó su nombre en la radio ordenándole que se presentase ante la junta. Horas más tarde, los militares se la llevaron al Estadio Nacional donde de inmediato fue interrogada, humillada, torturada. Primero le quemaron los brazos con cigarrillos encendidos, luego le ordenaron que se desvistiera y una vez desnuda, le mojaron el cuerpo, le pusieron hilos eléctricos en los senos, en la vagina hasta que perdió el conocimiento. Al día siguiente continuaron las torturas-humillaciones. A Eva y a otras mujeres prisioneras, todas desnudas, las llevaron a un patio donde las forzaron a tener orgasmos sexuales, las forzaron a defecar, las forzaron a sufrir tormentos psicológicos "designados por expertos de la CIA" para destruir todo elemento humano. Así pasaron los días. Al quinto la dejaron libre para que regresara a su hogar. A Eva no le quedaba otra salvación que la de huir de su país. Ben y Anna Willing, otros norteamericanos simpatizantes de Allende y el sacerdote Jaime Venegas prometieron llevarla a la embajada de Italia desde donde podría salir finalmente de Chile. Su entrada a la embajada quedó fijada para una noche de diciembre. A las 9:30, con la ayuda de sus amigos, comenzó a escalar la muralla de la embajada pero las balas de un arma automática, que más tarde se supo fueron disparadas por un carabiniero que la había forzado sexualmente, no le permitieron alcanzar la libertad. Sus memorias, que quedaron en manos de Felipe y quien luego se las dio a Helmut, son las bases de esta novela. *Sweet Country* es una crónica de la desintegración de la familia de la protagonista; es el fracaso de Anna y Ben por no poder continuar viviendo en el país de su adopción porque fueron arrojados de Chile por ser considerados norteamericanos extremistas colaboradores con la izquierda chilena, en suma, *Sweet Country* es la historia de la destrucción sistemática de una nación. Caroline Richards, que vivía en Chile cuando tuvo lugar el derrocamiento de Allende, ha captado con fidelidad los saqueos, los asesinatos, las desapariciones, las torturas de que fueron víctimas el presidente de la república, Víctor Jara, mujeres y niños, humildes obreros, intelectuales, es decir, miles de chile-

nos. Esta historiadora norteamericana valientemente expone la colaboración de su país para establecer la junta. Expone la complicidad de chilenos traidores que al apoyar la junta apoyaban el reino del terror, del miedo y de la infamia. *Sweet Country* es un documento humano de un momento vergonzante y trágico de la historia de Chile.

Quiero ahora comentar algunos aspectos sobresalientes de *El paso de los Gansos* (2) de Alegría, libro cuyo título está asociado con el militarismo fanático alemán tan bien imitado en Chile.

Se inicia esta magnífica crónica-novela con cuatro inolvidables páginas en las que el autor ha condensado la tragedia de un presidente, de un pueblo, por medio del uso de frases breves, intensas, angustiosas que parecen más bien describir una pesadilla que los funestos acontecimientos que tuvieron lugar en la realidad el 11 de septiembre de 1973.

Esta obra, y que no quede ninguna duda, es complicada, compleja, porque Alegría emplea todos los puntos de vista posibles, lo cual le permite abarcar con profundidad la realidad histórica-humana del golpe de estado. Entre los narradores sobresalen:

Cristián, Marcelo, Luz Marí, pero también encontramos los pensamientos de Allende, crónicas de revistas como "Ercilla", rumores, telegramas, y aún fotos del acontecimiento hechas por Cristián y Marcelo. Cabe destacar la mesurada actitud de Alegría, escritor comprometido, que en este libro explica: "Debo escribir estas líneas sin odio. Lo que ha sucedido es una tremenda desgracia, pero me resisto a juzgar a nadie" (p. 145).

Esto no significa, sin embargo, que calle su desilusión con la clase media cuando afirma: "La historia de Chile la han hecho los caballeros y los rotos. La clase media la escribe" (p. 139). Y luego agrega: "Esto no me duele, pero me asombra. Porque yo esperaba la gran revolución en nombre de la gran clase media . . . yo esperaba la mano fuerte pero tranquila de los buenos vecinos, de los ponderados jefes de familia, viejos sabios, maduros, tranquilos y decididos, los mismos que abrieron las puertas de La Moneda al León, los mismos que sacaron volando al general Ibáñez, que respetaron a don Tinto y a Juan Antonio Ríos, hasta a Videla, y que aguantaron a Frei. Pero los hombres buenos se encerraron en el baño, se sentaron y cagaron" (p. 138).

Su afecto y admiración lo ha reservado Alegría para Allende, Neruda, el roto chileno, Víctor Jara, el general Prats. Vívida es la descripción que hace de este general cuando en cierta ocasión su auto se detuvo en un semáforo. Una mujer le sacó la lengua, el general se bajó para pedir explicaciones, pero de pronto se vio rodeado de mujeres y hombres que abiertamente lo insultaban. "Nadie", comenta el narrador, "se habría imaginado en Chile a un general en semejante predicamento. Nadie. Generales van y generales vienen, ascienden, se retiran, se les olvida o se les recuerda. Pero ninguno jamás estuvo, que yo sepa, de pie en medio de la Costanera, morado de indignación, oyendo los improperios de gente que lo llamaban traidor a su clase" (p. 46) y agrega: "Yo pensaba: el General en Jefe de las FF AA; el hombre fuerte del Presidente, viaja solo en un auto, sin guardaespaldas ni escolta de ninguna clase, una vieja maceteada le saca la lengua, sus enemigos lo rodean en la calle, le dan un cuadrillazo y no hay nadie, nadie que acuda a defenderlo . . ." (p. 48) En consecuencia, el incidente de Prats fue un indicio de lo que venía. Lo que vino" (p. 49).

Y lo que vino en efecto fue el golpe de estado y con éste el odio, las torturas, las venganzas, los asesinatos. Se desató una lucha fratricida. De la muerte de Allende nos dice el autor: ". . . desde todos los ámbitos de la ciudad va cundiendo una voz sofocada por el miedo, colectiva, persistente, ancha y densa como una ola que no encuentra playa y esa voz invade hasta los últimos rincones de Chile y va y viene diciendo que Allende ha muerto, que murió con La Moneda, entre los muros

de la Patria Vieja luchando por una Patria Nueva. En los patios destruidos, en la fuente de piedra, seca, llena de humo, entre los naranjos quemados se ha quedado Allende, solo" (p. 17). Más tarde, en el Estadio Nacional, "Víctor Jara canta, pero le quiebran las manos y sigue cantando, pero le rompen la espalda y sigue cantando, al fin lo balean y la voz no termina, va sonando por las graderías hasta la calle, hasta la morgue, hasta las plazas y teatros del mundo. En los camarines, tartamudos encapuchados torturan en portugués, en inglés y en castellano" (p. 17).

Se describe uno de los innumerables allanamientos hechos en poblaciones callampas. Un oficial, un sargento y dos soldados entran en una casucha donde encuentran a una mujer desgreñada y a un niño de unos cuatro o cinco años que "tenía las rodillas pelás y los zapatos embarrados. Varias chombas puestas y todas rotas" (p. 66). Como no hallaron a nadie el oficial dio la orden de retirarse. En ese momento el niño dijo:

"¿Que ya encontraron al papá en el entretecho?" (p. 67).

Los militares entran al rancho otra vez. El sargento grita: "¡Baja mierda, o fusilamos a tu mujer!" (p. 67). Y apareció un hombre joven, flacuchento pero fortacho, con barba estilo Guevara. Le ordenaron salir "y sin vacilaciones ni nada y con movimientos bien medidos el sargento levantó el sable, gritó fuego y los soldados dispararon. Se dobló el huevón y medio que quiso afirmarse, pero las piernas no le dieron para más. Cayó fuerte." (p. 67).

"Me espantaban la furia de esos días," comenta el narrador, "y la secreta crueldad de las noches. Por la mañana amanecían algunos cuerpos botados a mitad de cuadra, en algún alero, junto a la cuneta, por lo general en sitios donde se notaran bien . . . Fuimos con Marcelo a la Morgue y tomamos algunas fotos, escenas violentas en su escalofriante brevedad. Llegaban los parientes de negro, miraban con terror las listas, entregaban papeles, llenaban su ataúd y se iban llorando." (p. 189). "Toda una nación se fugaba," explica, "y otra nación la perseguía, disparándole de cerca. Ponga el oído y oiga diálogos a la carrera entre encapuchados y verdugos, sienta la carga eléctrica elevada a la altura de los testículos y las vaginas, la corriente alterna entre brasileños y cías, el golpe de los dedos quebrados y las espaldas rotas; el país es un vecino atropellado, nocturno, desangrándose de bruces en el suelo."

Conclusiones Generales. — Puesto que el punto de partida de ambas novelas es el golpe de estado es lógico entonces que en ellas se mencionen algunas situaciones similares pero vistas de diferentes puntos de vista. Por ejemplo, tal es el caso del hombre escondido en el sobretecho de su rancho y que fue fusilado frente a su hijito inocente, la muerte de Víctor Jara, las acertadas semblanzas en que se describen la personalidad, el arrojo, la determinación del presidente Allende, etc.

Una historiadora norteamericana y un chileno chileno son los autores de estas dos obras que en el futuro serán, desde el punto de vista humano-histórico, fuentes obligadas de consulta. La Richards y Alegría sintieron la obligación, como seres responsables y comprometidos, de presentar una visión clara, honda y realista de lo que pasó especialmente en Santiago antes, durante y después del 11 de septiembre de 1973. Y para terminar, estas conmovedoras novelas no se pueden olvidar porque los sucesos que en ellas se describen: la destrucción de la libertad y la implantación de una dictadura, tampoco se pueden olvidar. □

NOTAS:

- 1) Caroline Richards, *Sweet Country* (New York and London: Harcourt Brace Jovanovich, 1979).
- 2) Fernando Alegría, *El paso de los Gansos* (New York: Ediciones Puelche, 1975).

LA DINAMICA DEL ENFRENTAMIENTO EN "IGUAL QUE ANTES"

□ RAMON LAYERA

*Trabajo del Panel de Teatro
Congreso de Literatura Chilena en el Exilio,
Jornadas Culturales Chilenas,
California State University at Los Angeles,
Febrero de 1980.*

Una de las obras teatrales que explora mejor la dimensión humana de lo que fue la encrucijada histórica de los tres años de gobierno del Presidente Salvador Allende es *Igual que antes* del dramaturgo chileno Sergio Vodanovic. La obra apareció originalmente en Santiago de Chile en 1972 pero fue posteriormente revisada después del golpe de estado militar de 1973, durante el exilio voluntario del autor en Colombia.(1)

Algunos de los elementos esenciales del drama social y político con que culminó el experimento socialista de la Unidad Popular son presentados en esta pieza teatral aunque desde una perspectiva estrictamente humana. Significativamente la acción dramática no se desenvuelve al calor de las batallas callejeras ni de los grandes conflictos ideológicos del momento. De hecho es una obra que examina el lado menos espectacular del fenómeno social chileno al instalarse en la relativamente ordinaria intimidad de un hogar de alta clase media y revelar las tensiones y los enfrentamientos desatados por el proceso histórico circundante.

Para crédito de su autor, el crítico y descarnado análisis de los valores y los hábitos sociales de la alta clase media que se hace en *Igual que antes* va mucho más allá del formulismo denunciatorio convencional. En contraste a otras obras de teatro chilenas que le son contemporáneas y en las que se hacen presente o la conspiración internacional y los vaivenes de la historia (Alejandro Sieveking, *Pequeños animales abatidos*, 1975 y Jorge Díaz y Francisco Uriz, *Mear contra el viento*, 1972-74) o las incidencias de la política contingente (Víctor Torres, *Una casa en Lota Alto*, 1973), la pieza de Sergio Vodanovic se circunscribe a problemas y situaciones humanas concretas. Por medio de un realismo psicológico que es deliberadamente limitado y no diluido en la irracionalidad incoherente del absurdo ni las generalidades abstractas del teatro de ideas, el autor se concentra en la observación minuciosa de las relaciones interpersonales y la psicología individual de los personajes. Aunque el telón de fondo de la realidad chilena perfila en todo momento los contornos de una circunstancia histórico-cultural familiar es en el cotejo y la pugna de las individualidades concretas donde se genera el mayor grado de autenticidad y fuerza dramática de esta pieza.

Tal como lo ha hecho en obras anteriores, (2) en *Igual que antes* Vodanovic utiliza un vehículo de presentación dramática que le permite dibujar una síntesis ilustrativa de las limitaciones del sistema sin tener que acudir necesariamente a las fórmulas tradicionales de la crítica y la denuncia social. Aquí, como en las otras obras, encontramos las mismas aberraciones sociales y los mecanismos de opresión inherentes al sistema aunque la configuración de sus personajes no se ajusta en forma mecánica a la proverbial dicotomía de opresores y oprimidos, pobres y ricos o buenos y malos a que estamos acostumbrados. La singular efectividad de este enfoque dramático se hace más evidente en esta obra si se observa que el enemigo latente no viene desde el mundo exterior sino que está presente en el seno mismo de la clase social amenazada; contradiciendo el modelo establecido por otros exponentes del teatro chileno contemporáneo, el enemigo, en

Igual que antes no es ni un "papelero" que acecha en el basural (Isidora Aguirre, *Los papeleros*) ni un "invasor" mítico que pone a prueba la precaria seguridad de un grupo social (Egon Wolff, *Mansión de lechuzas, Los invasores, Flores de papel*)(3). En la obra de Vodanovic los verdaderos enemigos de la clase social amenazada son sus propios miembros; o dicho de otra manera, la verdadera amenaza se origina en la vulnerabilidad de sus privilegios y en el conjunto y magnitud de sus carencias ético-morales.

En *Igual que antes* los personajes principales pertenecen a las capas altas de la sociedad cuestionada aunque a veces entran en contacto ocasional con elementos de otros niveles sociales que les son subordinados o dependientes. La trama se desarrolla en torno a la crisis interna que afecta a una familia compuesta de un jefe de hogar, Víctor, de Ana, su esposa y Silvia, la hija. El es "un empresario industrial cuarentón" quien en su juventud ha profesado ideas progresistas; ella es la dueña de casa arquetípica, preocupada del aseo y el orden doméstico, pero más que nada, la protectora de la imagen pública de la familia y la guardiana fiel del decoro social y las tradiciones familiares. Silvia es una estudiante universitaria que supuestamente por recomendación del psiquiatra se ha ido de su casa para vivir sola, lejos de la tutela de sus padres. Martín, el novio y eventualmente, el amante de Silvia, es también un estudiante universitario aunque activo militante de un partido político de izquierda; él vive totalmente alejado y en franca oposición a su familia que es de alto rango socio-económico.

Los personajes secundarios son cuatro. Antonio, el contador-auditor de la empresa industrial de Víctor es su amigo y confidente. Betty es, en la segunda y cuarta escena, la compañera de departamento de Silvia; es una muchacha de baja clase media que le cede su lugar a Martín en el departamento durante la segunda mitad de la obra. Berta y Elsa son dos obreras de clase baja quienes tienen un encuentro fortuito con Víctor y Antonio en la quinta escena. Estas dos mujeres cumplen una importante función de apoyo y contraste temático al ser las protagonistas de una cruda y cómica escena en la que Víctor y Antonio tratan de probar su machismo y de usarlas sexualmente pero sin éxito; las mujeres se burlan y dejan en ridículo a estos galanes de pacotilla que justifican su ineptitud con insultos y falsas pretensiones de superioridad. La obra está dividida en ocho escenas que siguen un orden secuencial coherente; por la autonomía y variedad de sus situaciones, sin embargo, cada una de ellas puede generar un interés dramático individual. Todas las escenas van unidas por acordes musicales que dan "la sensación de un sueño" y por la proyección de sus títulos sobre una ampliación de una fotografía que se ha tomado durante la primera escena y que sirve de cuadro de fondo a toda la obra. Estos recursos escénicos sacados del

canon expresionista, además de proporcionar puntos de unión entre las escenas, contribuyen a crear una atmósfera de sueño e irrealidad. Esto es necesario ya que en la primera y última escena se efectúan yuxtaposiciones temporales que tienen como fin presentar el comienzo y el final de la pieza teatral como dos momentos consecutivos y las escenas intermedias como un racconto de sucesos pasados. El efecto final que se logra es el de dar la impresión de haber experimentado un sueño o "una pesadilla" y todo ha vuelto a su estado original. Esto refuerza el mensaje final expresado por Ana y subraya la importancia y significado del título de la obra.

El proceso de fragmentación que experimenta la familia tiene varias dimensiones y todas tienden a resolverse en forma conflictiva. El cuadro de respetabilidad y armonía conyugal con que se abre la acción dramática sufre gradualmente trizaduras y desajustes a través de varios enfrentamientos internos que se producen entre esposa y marido y entre padre e hija. Fuera del núcleo familiar Víctor debe enfrentarse a otras formas de desplazamiento y ruptura; los obreros de su industria, a quienes él había protegido y según él dice, considerado como "sus hijos," han decidido pedir la investigación de sus negocios y la intervención del estado. Silvia, por su parte, avanza en su propio programa de liberación al iniciar una relación cuasimarital con Martín sin importarle la maledicencia pública y las objeciones de su padre. Aún la relación entre Martín y Silvia es de carácter conflictivo y desemboca en un enfrentamiento en que ambos cuestionan sus antecedentes personales, sus motivaciones y la dirección de sus vidas. Implícitamente este complejo microcósmico de interrelaciones conflictivas alude directamente al clima de intenso autoanálisis y cuestionamiento en que se ha debatido la sociedad chilena desde el período inmediatamente previo al gobierno del Presidente Salvador Allende.

Todo el ciclo de enfrentamientos conduce progresivamente a una serie de revelaciones que ponen al descubierto las contradicciones y las tensiones que se esconden detrás de la aparente normalidad. Víctor, "el buen padre de familia.... el esposo ejemplar.... el amante fogoso.... el patrón justo.... el líder estudiantil de ideas avanzadas (escena VII)," resulta ser un hipócrita que seavergüenza de la aventura amorosa de su hija pero que ha mantenido siempre relaciones extramaritales a espaldas de su familia; sus ideas progresistas de antaño no son sino la fachada de una postura acomodaticia que ha favorecido su avance económico y ha escondido su condición de trepador social; su éxito financiero y la magnanimidad paternalista con que trata a sus obreros malamente esconden sus negocios fraudulentos; su pretencioso donjuanismo es tan verbal como inofensivo y sólo le sirve para impresionar a sus amigos en el Club y la logia masónica y para cultivar una imagen pública de triunfador. Al otro extremo, Martín es un joven idealista que rehusa seguir los pasos de su padre y ser "un hijo de tigre". En la comodidad que le proporciona el santuario del departamento de Silvia el joven activista lee y teoriza mientras se prepara para ir a hacer la revolución; su genuina preocupación por el destino de los pobres y oprimidos no logra encubrir, sin embargo, ni su machismo ni sus gustos y hábitos pequeñoburgueses. Por último, entre los personajes masculinos, Antonio se perfila como una versión disminuida de Víctor; su servilismo y venalidad constituyen las únicas variantes en una personalidad igualmente machista y prepotente.

Los personajes femeninos, por otra parte, constituyen un problema especial dentro del esquema crítico de la obra. Sus limitaciones se manifiestan en proporción directa a su condición de mujeres en una sociedad tradicional dominada por hombres. La esterilidad e impotencia de sus actos se deriva del condicionamiento cultural a que son sujetas. Su marianismo conductual no es sino la respuesta natural al machismo y al donjuanismo que las rodea. En el caso de Ana es difícil decidir si ella es una cobarde que se refugia detrás de una falsa respetabilidad-doméstica o una mujer fuerte que se adapta con valentía e integridad a los modelos de conducta que le impone su sociedad. Es obvio, sin embargo, que al negar su sexualidad y condonar las andanzas de su marido Ana renuncia a su individualidad y se priva de todo derecho. Su deseo ferviente de que todo vuelva a ser "igual que antes" o "igual que siempre" sintetiza metafóricamente la voluntad colectiva de una sociedad

timorata e incapaz de reformarse a sí misma y que prefiere dialogar con el pasado e ignorar la posibilidad de un futuro diferente. El resultado inmediato de esto queda sugerido en la desorientación pesimista de Silvia que opta por la escapatoria fácil de las drogas y que, después de la llamada "pesadilla," vuelve al hogar paterno para continuar los pasos de su madre. Más decidor todavía es el destino trágico de Martín quien deja el departamento de Silvia y se va a vivir y a morir con los pobres. Su muerte es un sacrificio inútil en el contexto de una sociedad complaciente que está satisfecha de quedar "igual que antes" sin siquiera intentar corregir las condiciones que causan y promueven ese sacrificio.

Igual que antes no es una obra cargada de símbolos aunque sí llena de significados y sugerencias. El lector o espectador consciente de los antecedentes socio-históricos de la tragedia chilena puede fácilmente establecer paralelos y sacar conclusiones; al nivel más obvio puede reconocer el reformismo poco convincente de las clases medias, las oscuras fuerzas de la reacción y la desesperanza y el voluntarismo revolucionario de la juventud; también puede reconocer las razones que predispusieron la urgencia y la inevitabilidad del cambio como asimismo el odio fratricida y el bien conocido desenlace final que ha restaurado el orden y ha dejado todo "igual que antes." Pero el mensaje de Sergio Vodanovic parece apuntar en una dirección mucho más elemental. Desoyendo la tentación de un estilo dramático excesivamente verista y documental, aunque sin desdibujar los aspectos histórico-culturales más específicos de la experiencia chilena, Vodanovic propone, a un nivel más universal, la necesidad de que el hombre y la mujer se reformen primero a sí mismos antes de intentar el cambio social.

Esto último podría explicar la recepción inicial que tuvo *Igual que antes*, las circunstancias especiales en que hizo su primera aparición en 1972 (4) y el hecho que todavía no se haya estrenado o publicado en Chile. Por su contenido y mensaje implícito la gente de izquierda consideró la obra "muy crítica hacia la izquierda" y la gente de derecha la consideró "muy izquierdista." Igual que en la pieza teatral cada chileno parece haber participado en el gran juego de la verdad y haber buscado su propia versión de la verdad; una vez activada la dinámica de los enfrentamientos fue difícil, como en la obra, mantener las máscaras y aceptar otra verdad que no fuera la propia. "En ese clima," al decir de Sergio Vodanovic, "no hubo lugar para un teatro que mostrara aspectos de lo que efectivamente nos estaba sucediendo, porque estábamos en una batalla y la 'verdad' no sirve en las guerras. Lo importante es vencer al enemigo a toda costa." (5) A la luz de los acontecimientos pasados, las verdades contenidas en esta pieza dramática tienen hoy la misma vigencia que tuvieron ayer.

Lo que *Igual que antes* carece en fuerza testimonial lo compensa sobremediana en contenido dramático e impacto moral. De la variada y compleja naturaleza de las situaciones y el alto grado de intensidad de los enfrentamientos se deduce un cuadro dramático que sintetiza, más allá de las consignas y los grandes desplazamientos de fuerzas en pugna, las limitaciones y los temores de una sociedad sacudida por la circunstancia histórica y atrapada en su propia ceguera e impotencia. □

(1) Con la excepción de la tercera escena, la obra está todavía inédita. Mi traducción inglesa del texto completo apareció en la revista *Modern International Drama*, Vol.12, No.1 (Otoño 1978), 7-50 con el título de *Same As Ever*. Con fecha próxima aparecerá la primera y la séptima escena, en versión bilingüe, en *Verbenae: Revista bilingüe de las artes*.

(2) En *Deja que los perros ladren* (1959), la trilogía *Viña* (1964), *Los fugitivos* (1964), *Perdón....estamos en guerra* (1966) y *Nos tomamos la universidad* (1970).

(3) Véase el artículo de Antonio Skármeta, "La burguesía invadida: Egon Wolff," *Revista chilena de literatura*, 4 (Otoño 1971), 91-102.

(4) En su versión original la obra se llamó "Crucigrama." Aunque la tercera escena, "Hagámonos los suecos," salió en la revista *Quinta rueda* en 1972, la obra fue recibida con cierta reserva. Después del golpe de estado Sergio Vodanovic se asiló voluntariamente en Colombia donde reescribió la primera y la última escena y le dió el título definitivo.

(5) Sergio Vodanovic, julio de 1974, correspondencia personal.

LLANTO DE VIUDA

Ibamos por un corredor largo, de dos en dos, como en un safari.

Adelante, casi pegada a mí, la Marilú, deliciosa y rotunda.

Le decían la Brigitte Barrientos.

En un momento se volvió y me dijo:

— Aquí deberías quedarte, enano.

Yo me reí con una risa estúpida. Otros se rieron también, estúpidos igual. Seguíamos en eso de las risas, cuando desembocamos en una sala cochambrosa con bancas y una especie de mostrador.

Había un tipo ahí, un tipo tan cochambroso como la sala, que vestía un traje de loquero y usaba una gorra sebosa de caspa.

No bien nos dispersamos un poco, la Marilú se pegó a mí. Sentí una de sus tetas casi en mi hombro. Era dura (la teta) y a mí me gustó.

— Ahora viene lo bueno, enano — me dijo. Se le movían las aletas de la nariz como si estuviera oliendo la fetidez que había ahí.

Yo le dije:

— Te protegeré, si se puede.

El Profe se adelantó. Avanzó con un aire de dueño del mundo y le ordenó autoritario al casposo:

— Como de costumbre, José.

José, el casposo, movió la cabeza asintiendo. Repitió en un canturreo: “Como de costumbre, como de costumbre”. Después giró la cabeza hacia un agujero como ésos que hay en las cocinas de los restaurantes y gritó:

— ¡Dos esquizos y un paranón!

Canturreó de nuevo: “Como de costumbre, como de costumbre”, mirando ahora al Profe con los ojos brillantes. Este se hizo el desentendido y se acercó a la Marilú y a mí. Como de milagro, la teta dejó de anunciarme su calor en el hombro.

— La esquizofrenia es de todos — dijo el Profe y exhibió los dientes. Aunque no le entendimos el chiste, exhibimos también los dientes.

Adulones y lambiscones nos rodearon. Todos hacían comentarios y preguntas idiotas. Uno dijo: “Curiosa cosa ésta”. Pero nadie lo infló. Ni siquiera el Profe que, con disimulo, atisbaba a la Marilú y ésta a aquél. De pronto, una puerta se abrió en un extremo y salieron de allí cuatro fulanos: un enfermero muy gordo y tres desharrapados; estos últimos ciertamente los dos esquizos y el paranón. Estaban algo sucios y nos miraban con expresiones a lo Bronson, es decir, herméticas e imbéciles.

□ RODRIGO QUIJADA

El Profe les dijo:

— ¡Ea, ea, vamos a pasear al jardín!

La Marilú aprovechó para cuchichearme:

— ¿Y cuál será el paranoico?

Galíndez intervino:

— El que está afeitado — dijo.

Yo pensé que eso era una tontería. ¿Acaso los esquizos no se afeitan?

Más tarde, en el jardín. Al menos, era más limpio que lo demás, aunque flotaba siempre algo así como una nebulosa de mierda. El Profe les hacía preguntas capciosas a los esquizos. Luego, a gritos, nos ilustraba:

“Vean, vean, ahí tienen el autismo”, o si no, “ojo, que ése es el pensamiento fragmentado”. Algunos se atrevían a hablarles a los fulanos. Les preguntaban: “¿Y es buena la comida?”, “¿Cuándo piensan salir?”

Cosas así. Hasta la Marilú intentaba desarrollar diálogos. Sin éxito. Especialmente los esquizos eran del todo indiferentes a sus delicias.

Me empecé a aburrir.

Sin prisa, me aparté del grupo y fui por un senderillo hasta un grupo de árboles que tenían como frontera un letrero de “Zona Restringida”.

Me paré en ese punto atisbando más allá de los árboles por si veía algo interesante.

Nada.

Noté que llevaba desabrochados los zapatos. Me encucillé. Estaba operando ahí cuando vi una sombra y casi al mismo tiempo sentí el jadeo de una respiración cerca de mi nuca. Me volví. Estuve a un tris de cagarme de susto. Inclinado, en el mismo ángulo que yo hacía, estaba el paranón. Me miraba fijamente, con los ojos redondos bailándole en las órbitas. Traté de decir algo para no salir corriendo. Sin embargo, el paranón apoyó una de sus garras en mi cabeza y siseó:

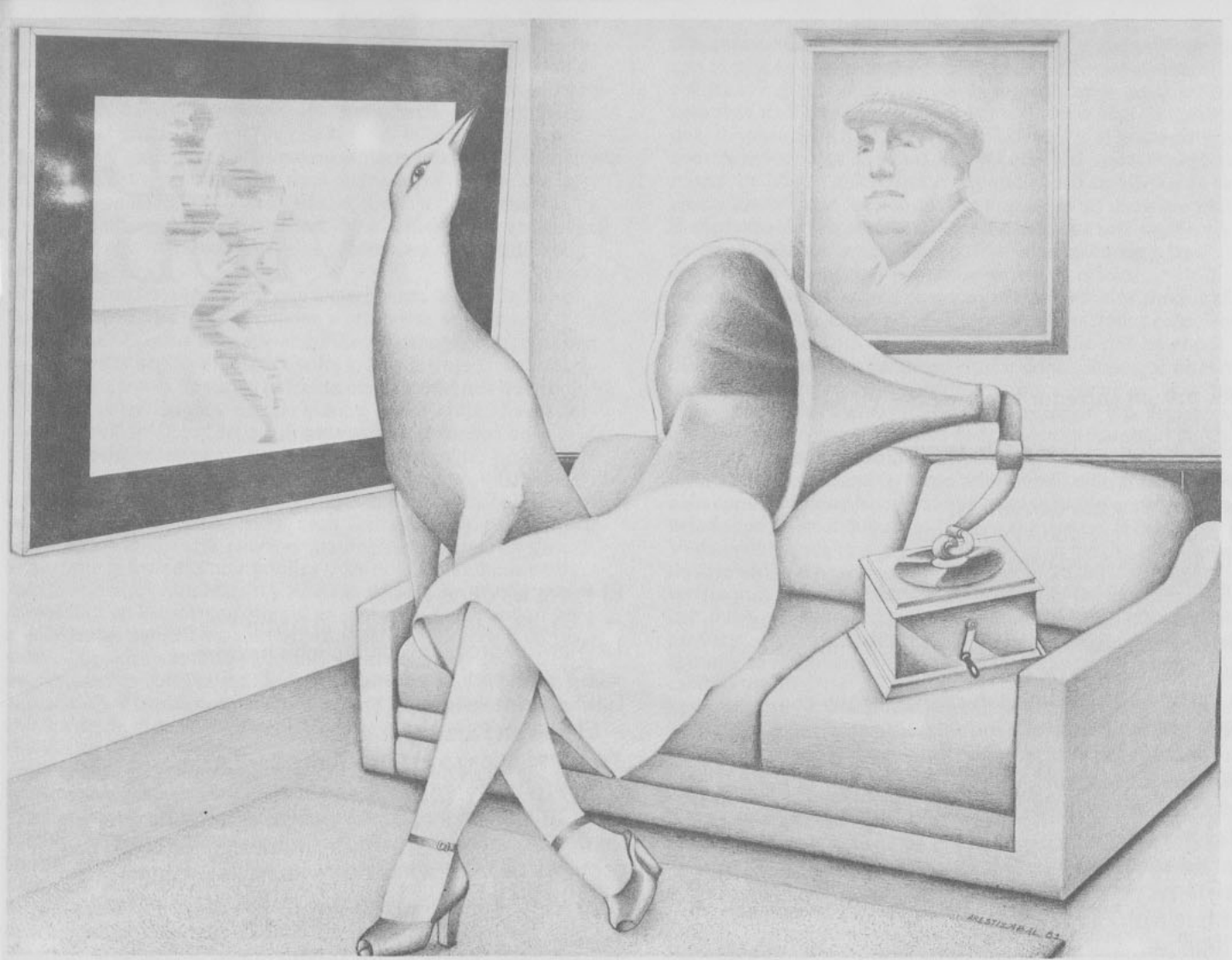
— ¿Tú también quieres saberlo?

Yo tosí y busqué la agujeta para librarme de la garra de uñas carcomidas. Fue inútil.

— Creo que sí — dije al fin con un hilo de voz.

El me soltó. Dijo:

— Es imposible. No se puede saber.



Secretaria Sentimental - Germán Arestizabal

Yo me incorporé ya sin miedo porque el paranón, además de soltarme, había cambiado la expresión ansiosa por otra indefinible de búsqueda.

Repitió:

— No se puede saber.

Me entró el animalejo de la curiosidad.

— ¿Y qué es lo que no se puede saber?

El soltó una carcajada hueca.

— Sabía que no lo sabías — dijo.

Volvió a posar su garra, ahora en mi brazo. Confidencial, echó su rollo.

— En el mundo hay millones de moscas, ¿estamos?

— Sí — dije yo.

— Día con día nacen millones de moscas, ¿estamos?

— Sí — dije yo.

El paranón acercó su boca hasta mi rostro abrumándolo con una tufarada de aguas pantanosas.

— Pero día con día mueren millones de moscas, ¿estamos?

— Sí — dije yo.

La garra apretó mis esmirriados bíceps como una tenaza y el aliento pareció hacer una aureola de caca en torno mío.

— En consecuencia, debería haber millones de cadáveres de moscas, ¿estamos?

— ¿Y dónde están, ah? ¿Dónde están esos malditos cadáveres?

Apretó y soltó.

Antes de que yo me echara a correr, él se alejó. A menos de tres metros, se detuvo y me miró de nuevo.

— ¿Dónde mueren las moscas, ah?

Al regreso, en el autobús, la Marilú, que iba sentada junto a mí, preguntó despacito: “¿Qué hablabas con el paranoico?”. Tenía la blusa entreabierta y una gota de sudor empezaba a formarse en el profundo valle de sus tetas. Me dieron ganas de ella. Pero insistió.

— ¡Enano! ¡Dime lo que hablabas con el paranón! Se lo conté.

Por unos instantes se mostró pensativa. Dijo al cabo: “¿Raro no?”. Tocó a Galíndez en el hombro y le preguntó:

— Oye, ¿dónde mueren las moscas?

Galíndez se encogió de hombros.

— Huevadas — dijo.

La Marilú me observó interrogante. Por salir del paso, le dije: “Quizás sean como los elefantes y tienen un cementerio”. Ella hizo un mohín bardotesco, sabroso. Sin embargo, esta vez no me tentó. El mugroso paranón estaba en mi cabeza.

— ¿Dónde mueren las moscas, ah? □

ROSA GENTIL

□ JUAN ARMANDO EPPLÉ

'Ahora, oh Musas, empecemos a cantar las hazañas de los más jóvenes'.

Certámen de Homero y Hesíodo, 265.

Intentó medir de un vistazo el resto de casas que se alineaban contra el sol. Luego se miró con cariño los zapatos gruesos, un poco grandes, lustrados a salivazo limpio. Calculó que le quedaba casi una cuadra por recorrer, y sopesó a la vez el hambre y la necesidad de asegurar el día terminando el recorrido casa por casa. Sostuvo una vez más el peso de la maleta y se metió al chalet próximo, reconociendo en las plantas faltas de riego y mal distribuidas el dominio de algún abogado o comerciante.

Se sobresaltó ligeramente al notar dos perros echados en la puerta, adormilados por el sol, pero al verlos levantarse con docilidad, moviendo halagadoramente la cola, les hizo un saludo amistoso golpeándose la pierna. Parecen perros encantados, se dijo.

Repasó maquinalmente el nudo de la corbata, como alguien dispuesto a ahogarse con elegancia durante los próximos minutos, y lanzó unos toques maestros a la puerta.

Del fondo del pasillo susurraron unas zapatillas similares a las que venía oyendo en casi todas las casas, pero esta vez venían acompañadas por una antigua canción española apenas musitada y luego unas trenzas sinuosas que aparecían en la puerta y que no correspondían a ese día gris y derrotado.

La mirada de la muchacha, entre intrigada y risueña, hizo retroceder el tiempo para enfrentarlo con todos los libros olvidados, con algunas de esas fiestas sabatinas que terminaban oscilando entre las exigencias de los trabajos voluntarios del domingo y el sueño reparador de malas traspachadas, con las fogosas discusiones de asamblea y los preparativos apasionados y fanfarrones para parar el golpe militar que se veía venir, y sobre todo, oh pelotudo, se compadeció, con esas niñas de la escuela que fue grato enamorar como complemento necesario del viejo paraíso irresponsable, y qué se hizo todo aquello, se preguntó, lo único que falta es que ahora te me pongas sentimental.

Escamoteó la sorpresa y poniendo delante la maleta, sabiendo a quien le hablaba pero sin saber en qué pararían sus nuevos recursos, empezó a enumerar los artículos que tenía para ofrecer como oportunidad única y a precios módicos:

—juegos de cuchillería, manteles importados, la última moda en artefactos para pelar tubérculos, ralladores de uso múltiple y sobre todo este nuevo juego de loza americana de 24 piezas que entregamos en un plan a crédito y sin intereses adicionales.....

La muchacha lo estuvo observando un rato, buscando reconocer la antigua figura en esa traspiración de la frente, en los ojos cuyo brillo sugería una edad distinta, en el traje y la corbata que desmentían la imagen del estudiante rebelde de las concentraciones y los aplazamientos de pruebas, para terminar preguntando, estropeándole el discurso:

—Tú eres Mauricio ¿cierto? ¿No te ha pasado nada? Bueno, fuera de la expulsión de la Universidad....

El titubeó un instante. Se sintió apabullado por las advertencias casi dogmáticas de Eulogio, y mucho cuidado con abrirse mucho hacia los demos, ¿ya?, miren que ahora no estamos para jugar al diálogo ¿y tú crees que vengo cayendo de la luna, Eulogio?, no, pero no está demás recalcar esto ¿ya? como medida de seguridad, hasta de las lolas de buen corazón hay que cuidarse, sobre todo ahora que andan deslumbradas con los uniformes, como que estás exagerando, Ulógico, además ya no somos cabros chicos. En todo caso creyó agarrar la onda justa:

- Bueno, son cosas que pasan. Tú estabas haciendo tu tesis en teatro, ¿cómo te ha ido?

- Qué quieres - suspiró ella, terminando de reconocerlo. Cuando echaron a Rojo, mira el nombrecito que se le ocurrió tener, la cosa capotó allá. Por suerte me admitieron en la Chile, así es que voy a tratar de terminar la carrera aquí - y bajando la vista hacia la maleta, interpuesta allí como una barrera inusitada - además, como la vida es más cara en esta ciudad, algunas tardes trabajo como secretaria en una notaría.

- Tenías un buen tema. Si lo trabajaras bien, hasta podrías publicarlo...

- A tí no se te quita lo bromista. ¿Por qué no eres más serio ahora?

- No, si estoy hablando en serio. Los que han sido fieles a la literatura, pueden seguir realizándose en su trabajo. Depende de cómo la inter-

preten. Además, no tengo nada contra las notariás, sobre todo si se rejuvenecen con estas flores valdivianas... nosotros, en cambio, ahora podremos realizarnos promoviendo los nuevos productos que harán la felicidad del hogar moderno, contribuyendo al bienestar de las buenas dueñas de casa que...

- No seas pelotudo. ¿Para quién estás trabajando?

- Aquí, donde me ves, soy el representante de Establecimientos Benjamín, calle San Diego, distribuidor de artículos para el hogar, y aunque el árabe que antes se quejaba del desabastecimiento ahora se queja porque nadie tiene dinero como para comprarle sus mercaderías, aquí estamos sus servidores para reactivar una campaña de promoción que despierte la confianza en el mercado por los productos chilenos con etiquetas importadas, ¿te parece poco el espíritu nacionalista?

Ella se puso seria. Bajó la cabeza, luego lo miró con rabia o ternura, y dijo casi para sí:

- Pudimos estar en el mismo lado, ¿qué fue lo que pasó? Yo nunca pensé en esto... hasta mi viejo, con lo momio que es, ahora se siente estafado. Hoy mismo tuvo que irse a Valdivia para tratar de vender lo que le queda del almacén y ver si se puede instalar aquí. Pero ustedes siempre mantuvieron una actitud tan sectaria, fanfarroneando con eso de la vía violenta, que vinimos a parar en esto.

- No, com... coleguita, yo creo que fue al revés. La izquierda siempre estuvo apegada a la vía pacífica, siguiendo sus viejas tradiciones. Quienes imponen la vía violenta son los que usan ametralladoras, tanques, rockets cayendo sobre La Moneda, toque de queda, argumentos así. La diferencia parece sencilla.

- Pero esta es una situación excepcional. No creo que se pueda hablar de...

- Bueno, hija mía - cortó la discusión con su mejor sonrisa - todos los momentos son excepcionales. Y como dijo Aristóteles, al mal tiempo buena cara...

La muchacha volvió a sonreír. Miró los retazos de sol que se deshacían hacia el lado de las poblaciones obreras, se envolvió en los brazos con un gesto de frío y coquetería, y cambió el tono de las preguntas:

- No imaginaba que te iba a ver en esto tan... tan distinto ¿es cierto que estás de vendedor ambulante? Bueno, quiero decir, vendedor viajero... ¿cómo te va en este trabajo?

El sopesó, como otras veces, la monotonía y los riesgos de su tarea, esa sincronización del azar que lo obligaba a sobrevivir vendiendo artefactos atractivos e inútiles, arrastrando casa por casa un muestrario que muy raras veces lograba deslumbrar las caras hoscas que asomaban a las puertas, pero dándole la posibilidad de llegar sin problemas a algunas direcciones, recibir información, memorizar, entregar otras, maldecir y admirar a la vez la habilidad de los compañeros que le habían programado el nuevo oficio.

Recordó que unos días atrás se había hecho, en medio de la calle, la misma pregunta, y que se había sentido como un niño que recién se repone de un porrazo y echa a andar chorreando sangre de nari-

ces, con los pies muy firmes en el suelo pero con la sensación de estar participando en un viaje cuyos rumbos no terminan de aclararse, exigiendo recomponer la ruta a cada momento para no equivocarse. Buscó una respuesta adecuada a las circunstancias:

- Mira, para serte franco, la cosa apenas da para comer. Y a veces se pasa el día sin ganar ni una chaucha. Hoy mismo me encontré compitiendo con los cabros chicos, unos mocosos de ocho años que andaban vendiendo aspirinas y peinetas en la calle. Y como entre profesionales no nos vamos a regatear el porcentaje, al final tuve que comprarles sus aspirinas, pues no habían vendido ni para un pan, y de yapa tuve que repartirles mi sandwich. Pero la suerte va a mejorar, y quizás en poco tiempo más me nombren en un puesto de oficina, tu sabes, uno que demuestra iniciativa en la empresa privada, y hasta podría seguir estudiando, quien te dice. Porque como dijo Platón, no sólo de pan vive el hombre...

La muchacha se recostó contra una esquina de la puerta entrecerrada, recogiendo los últimos destellos de sol, que le acariciaron las mejillas y luego fueron deshaciéndose las trenzas. Su voz se hizo más delgada:

- Te compraría algo, pero en estas cosas la que tiene que ver es mi mamá. Y ella se fue al sur con el viejo.

El hizo un gesto que podía significar son gajes del oficio, no te preocupes, e inició una mirada sobrada al resto de las casas, dándole a entender que tenía un amplio campo de actividades por delante. Miró el reloj. Quedaba sólo una hora para el toque de queda, y mucho antes de que las patrullas comenzaran con su ronda acostumbrada, debería estar de regreso. Sintió una puntada en el estómago, un pequeño escozor que se confundía con la nostalgia de los días amables. Miró a la calle, indeciso.

¿En qué estás pensando? le dijo ella.

El recorrido del bus vaciándose de pasajeros en cada esquina, pasajeros que volvían a sus casas con paquetes o con las manos vacías; una viejita vestida con una bata larga, de esas que aparecían en los catálogos de modas de los años cuarenta y volvían ahora en las revistas femeninas de USA, regando con cuidado unas violetas, abstraída del tiempo; la tarde cercándolo lentamente, oliendo a amor o trampas, o a simple cansancio. Oyó la pregunta como si viniera de otra época, y era como una voz que lo inducía a olvidar la derrota del día para imponerle un viejo juego: como un viajero que opta por acercar sus horizontes a guiños imprevistos, y mientras se sentía crecer fuerte y liviano, más allá del hambre y la sed, una magnífica partícula de aire capaz de recorrer Santiago entero antes de que las patrullas más avispadas notaran siquiera su presencia, decidió mirarla directamente a los ojos, inflar el pecho y recitarle:

- 'Coge la flor que hoy nace alegre ufana ¿quién sabe si otra nacerá mañana?'
Entonces la muchacha le ofreció una antigua sonrisa, al tiempo que abría la puerta:
- Parece que se te hace tarde. Entra. Puedo preparar un poco de té. □

LA DESPEDIDA

I

Una barrera indica *passengers only*, ahí se queda la hija con su marido, los niños, la amiga de la hija, un niño que está con ellos porque sus padres están de vacaciones, con los carritos, con las maletas, los abuelos se ponen serios, todos callan, faltan muchos minutos, hay mucho tiempo aún, pórtense bien niños, escriban, nosotros no olvidaremos los encargos, el silencio vuelve otra vez haciendo más inútil todas esas frases, todas las frases que no se dicen también, sólo tiene sentido partir cuanto antes, irse puesto que hay que irse, pero una inmensidad de minutos falta todavía, podría haber cine en el aeropuerto, o payasos que dijeran cosas graciosas, accidentes inesperados, locos que aparecieran desnudos o con sombreros pintorescos, pero siempre son tan formales, tan custodiados y rutinarios, o nosotros los pasajeros deberíamos tener el coraje de llorar y gritar, de decir a gritos que no queremos separarnos, tomarnos firmemente de los que quedan, aferrarnos manos con manos y no partir, quedarnos, cerrar las puertas del aeropuerto, cortar los cables telefónicos, romper los enormes avisadores con todas las hondas de todos los niños que vienen al aeropuerto; yo debería decirle hija mía yo te coseré esa manga descosida de tu blusa, es claro que con tus hijos y tu marido no tienes tiempo de hacerlo, y está bien que no tengas tiempo, haz el amor todo lo que puedas, acuéstate con él y no te levantes mientras él sea capaz, enárdcelo, haz todo lo que sepas, lee libros en que explican todo, sórbelo, nunca cierras las piernas, yo te cuidaría los niños mientras oyera crujir el catre, que cruja la suma de todas las veinticuatro horas que tengas deseo, para eso estamos las viejas, para hacer posible que las jóvenes hagan el amor mientras puedan, siempre, y me quedaré contigo para preparar la comida y para ocuparme de los niños, mientras tú chillas en la cama y te retuerces, hazlo ahora y hazlo siempre, aprende y edúcalo, hay que revestirse de la seriedad de abuela, de la seriedad de madre, por qué no aprovecho de decirte esto ahora que me voy, podría llamarte a un rincón y explicarte esto, pero no puede ser, ya tal vez no te veré nunca más y la única cosa importante que podría decirte no te la diré, pasarán muchos años hasta que tú la sepas, pasarán tantos años que serás como yo cuando lo sepas y ya de nada servirá y entonces tú tampoco te atreverás a decirselo a tu hija, estos minutos de inmensidad valdrían su angustia si yo fuera capaz; qué sentido tiene que le hable, nunca un hombre entiende a una mujer aunque sea su hija, no hay manera de entenderlas, es su presencia física la que me hace falta, podría decirle que viéndola las aguas se renuevan, no siento mi vejez, su vida pasa por la mía dándole aliento y manteniéndola al día, mejor sería simplemente decirle que la quiero mucho y que no acepto esta separación, nunca

□ GUILLERMO ARAYA

le he dicho que la quiero mucho, ahora menos que nunca, ya tiene su marido, sus hijos, ya tiene su vida en este país lejano, hay que tolerar la existencia de todos éstos, marido, hijos, amigos de los hijos, toda una cohorte que no tiene sentido para mí, yo quiero a mi hija y quiero que ella esté conmigo, yo puedo quedarme, pero es imposible, cada vez me pertenece menos, es sólo un miembro de un grupo exigente, todos la estrujan, es de todos, la poseen como una cosa, el único que no tiene nada de ella soy yo, sólo el hueco de su ausencia, de qué serviría decirle esto, sufriría, sufrirían todos, por último ella los prefiere a ellos, es su alimento diario, el hueso que todos roen; algún aeroplano podría aterrizar en malas condiciones e incendiarse, entonces sonarían las sirenas, se verían grandes llamaradas, la gente comenzaría a conversar entre sí con animación, de los altavoces podrían salir mariposas blancas y amarillas, una mujer celosa debería insultar de viva voz a su marido y éste besar a su amante en su presencia y en presencia de todo el mundo, estas mujeres hermosas, perfectas, deberían desnudarse rápidamente y bailar sonrientes y acogedoras, mucha gente podría entrar de pronto y ofrecer vasos de vino a todo el mundo; afuera llueve, la lluvia se nota apenas, son gotas silenciosas, vienen de la oscuridad, caen en silencio, no hay horizonte visible, sólo es la noche, los aviones atraviesan la humedad, chorrean sus alas y el agua los transforma en peces perdidos en el espacio, pero llegan al aeropuerto y despegan puntualmente, nada puede hacerse para abolir el viaje, son implacables y puntuales, perdidos y certeros; no diré nada, la abuela no entiende de esas cosas, la abuela mandará mermelada a su yerno y chaquetas tejidas a sus nietos, no olvidará las recetas de cocina ni los recados para los amigos, toda abuela debe ser abuela o no sirve para nada, una abuela desabuelada no la quiere nadie, hay que ser una abuela abuelísima, separarse con algunas lagrimitas oportunas, aconsejar y acariciar a los nietos, sacar un chocolate de última hora de la cartera y sorprender al más pequeño, esperar que esta acumulación interminable de silencio pase; podría tener ingenio para distraer a mi hija, le contaría anécdotas graciosas y la haría reír, aunque sea ahora su atención estaría clavada en mí, vería alborotados sus senos por la risa, vería brillar sus dientes, sus ojos se humedecerían llenos de vida, aún podría conquistarla, aunque fuera sólo por estos instantes, esta vez, hace falta sólo que abra la boca y empiece a decirle que cuando el caballo entró en la boca del gato yo todavía no lo había desensillado, pero todos vendrían a su alrededor, también habría que contar para ellos, está con ellos, es de ellos para siempre, es inútil; los abuelos hacen pesar sus maletas, las azafatas actúan con su seriedad y eficacia de siempre, recogen los pasajes, sonríen, pórtense bien niños, escriban, nosotros no olvidaremos los encargos.

Al centro están las maletas, los paquetes, las bolsas, todos concentran su atención en ellos, no dicen nada, nadie ordenó que se formara el semicírculo, las maletas lo formaron, nadie sabe qué preside la rueda, qué preside el silencio, tienen la vista clavada en el equipaje, están serios, alguno sonríe sin darse cuenta, ahí deberán permanecer una eternidad sumada a otra eternidad, quién pudiera abrir la boca y decir algo oportuno y divertido, quién fuera capaz de abrir la boca de modo tal que levantaran los rostros y se animaran, y luego otro diría algo gracioso, después todos conversarían y estarían animados, habría que aprovechar de decir las cosas que no se dicen nunca, las cosas importantes, cuándo entonces decir las cosas importantes, que todos nos queremos, los que se van recordarán a los que no viajan, habrá uno entre nosotros con perfecciones manifiestas, bondadoso, inteligente, digámosle todo eso, si se extraña, insistimos con cordialidad y simplemente, hagámosle sentirse bien, tan bien como merece, mientras las maletas están aquí habrá tiempo, el semicírculo en torno a ellos puede ser destruido pronto, desaparecerá irremediablemente, aprovechémoslo, uno debe empezar y todos seguiremos, esa maleta atiborrada está ahí con trajes y zapatos, con la vida aprisionada de los viajeros, ella preocupa a todos, dejémosla, nosotros levantaremos los ojos, nuestras bocas se abrirán; el aeropuerto silencia el paso de la gente, las voces no se oyen, los carritos dejan sentir apenas el roce de sus ruedas, los perros siguen ordenadamente a sus amos, los empleados se despliegan sin ruido, una voz metálica dice algo incomprensible de trecho en trecho, la luz es suficiente, es la luz que hace falta, no tiene ningún matiz, no hay zonas más oscuras ni otras más iluminadas; el equipaje pasa a la romana, cada bulto recibe su etiqueta, los pasajes son timbrados, el semicírculo ha desaparecido, ahora es un grupo irregular, unos tienen las manos en los bolsillos, otras se arreglan el peinado, otro consulta el reloj, pero todavía es posible, bastaría que uno pusiera la mano sobre el hombro del otro, bastaría tomarle la barbilla a una de ellas y mirarla a los ojos, todos concentrarían su atención, bastaría que uno de nosotros estornudara, es tan ridículo el deseo que se manifiesta en esos casos que otro haría una broma, y esto bastaría, otro de nosotros hablaría, no tiene que decir cosas importantes, algo trivial, una frase tonta, la repetición de una recomendación, el recuerdo de un encargo, esta inmensidad nos devora, nadie se atreve a decir nada, yo debería hablar, simplemente abrir la boca y hablar, pero qué diría, si fumara ofrecería cigarrillos, nadie parece pensar aquí en fumar, yo podría pedir un cigarrillo, pero nadie debe tener, o si alguien tiene me lo dará sin decir nada, debería hacer algo, abrazar a alguien, pero eso no tiene sentido, eso habría que hacerlo al final, este silencio es anterior al

final y no puedo llegar al momento de abrazar hasta que éste no pase, alguien debería preguntarme algo, yo podría preguntar algo, preguntar qué, no tiene sentido preguntar la hora con todos esos enormes relojes que penden por todas partes, podría pedir precisión sobre la hora, pero todos esos relojes marchan con el mismo compás, es mejor que abra la boca sin pensar y diga martes, pero no hay que ser escandaloso, habría que elegir otra palabra, otra frase, por ejemplo qué vestido más hermoso, veamos cuál de los vestidos es hermoso, verdaderamente no lo son, otro debe hablar, yo no tengo nada que decir, lo que podría decir no puede ser dicho, menos ahora, habría que decirlo pero no puedo hacerlo; pasajeros que llegan, los esperan, viajeros que parten, los acompañan, la lluvia ha mojado las calles, las gotas aparecen nítidas junto a la luz de los faroles, la voz mecánica insiste en sus mensajes incomprensibles, los pasaportes han sido timbrados, los pasajeros parten irremisiblemente, todavía sería posible decir algunas frases, aún hay tiempo de desear buen viaje, de encargar saludos, de decir que el viaje durará veinte y tres horas, aún el grupo conserva cierta cohesión, hay que pasar un pequeño maletín a los viajeros, todavía alguien podría estornudar o gritar martes, o decir chucha, alguna dirá chao querido, alguno dirá adiós belleza, alguien se tropezará y otro le hará una broma, alguno de nosotros llorará y otro le dirá palabras de consuelo, los viajeros agradecerán la compañía, ofrecerán sus buenos oficios allá en el país lejano, el grupo puede aún trenzarse en una ronda que cante y dance unos instantes, todavía el maletín está entre las manos del grupo, podría ser retenido por uno de nosotros y los demás constreñirlo a la entrega, el grupo perturba el paso y uno de nosotros deberá dar explicaciones a los pasajeros molestos, vendrá un policía a quien deberemos responder; hay un ruido sordo por cada pasaporte que es timbrado, hay policías que atibaban tras unos cristales, grupos silenciosos se aproximan; ahora hay que abrazar a los viajeros, ahora cada uno de nosotros dirá algo y los viajeros dirán algo y todos diremos algo, todos deberán hablar ahora, es seguro que lo harán, los últimos momentos estarán llenos de voces y de sonrisas, alguno reirá, alguna de ellas derramará lágrimas silenciosas, todos deberemos abrazarnos, yo los abrazaré, nadie puede dudar que yo los abrazaré muy fuerte y les diré frases rápidas y efectivas, frases que sonarán muy bien y los otros dirán también muchas frases, todos hablaremos y yo hablaré, diré la hora exacta que está en todos los relojes, les haré observar cómo todos los relojes giran a compás, no cabe duda que sabrán la hora exacta antes de partir, yo se las diré, les preguntaré si fuman, entonces les ofreceré un cigarrillo, pero yo no tengo cigarrillos, los viajeros tampoco fuman, algo les diré, todos les diremos algo, la despedida se llenará de voces, será como una ronda de voces repentinas, será como una corona de voces como flores, serán muchas voces y muchos cantos simultáneos, todos nosotros diremos algo, algo profundo y verdadero, algo que brotará del fondo de nuestra alma, de la médula misma, yo diré martes, martes. □

PERDONA SI RECIEN HAS COMIDO

□ CARLOS DROGUETT

Capítulo de la novela inédita *Matar a los viejos*.

Está de uniforme, pero a pie pelado, dentro de una jaula. El uniforme es apenas reconocible por su color indefinido y sus andrajos. En cuanto oscurece el día se encienden los focos y entonces llega más gente a mirarlo. En el día vienen también, pero son más escasas, provincianas y nerviosas, es evidente, todavía tienen miedo. En la rotunda luz del verano, en la somnolienta luz del invierno, parece a ratos lo que en un tiempo fantástico, tan largo, tan corto, fué, un milico tartamudo en su lengua y en su mirada, que después, en ceremonias públicas y en pichangas, se escondía y refugiaba dentro de unos anteojos oscuros, como un ciego sifilítico terminado hasta arriba o un animal enfermo y aterrorizado. En el día, en el fulgurante día, sólo vienen, además, perros a orinarse en los barrotes y ni siquiera se cuidan de él. A él le gustaría que, por lo menos, ellos lo miraran, los abarca en silencio, esperando humilde una mirada, una palabra, una mano, si les habla con dulzura le ladran una o dos veces, sin insistir demasiado, ignorándolo, extendiendo con la lengua un tropecito para deslizarse por él. Una sola tarde, que no olvida, un perro especial se acercó novedoso o amistoso a la jaula. Era un vagabundo, un botado por la vida y por los recuerdos, pero su manera digna de moverse, de enfocar señorialmente el olfato, explorando la basura, de sentarse en su cola y extenderla en la alfombra de las piedras, le hizo imaginar que, en otra época, cuando él mismo era menos viejo, menos harapiento, menos visiblemente nauseabundo, había sido perro de gran clase y gran familia, desvanecida entre las ruinas, agotada como un manantial del tiempo la familia, tal vez emigrados todos, fusilados todos, desaparecidos todos, enumeró lentamente sus pensamientos, esos pensamientos que no parecían pertenecerle. El perro parecía cansado y hastiado, él se inclinó hacia afuera para hablarle y acariciarlo, para acercarse, a través de esa piel sucia y gastada, a la vida que bullía de todas maneras allá abajo, pues tú matas a los vivos, a todos los vivos, pero no a la vida, ella siempre regresa, y súbitamente, traidoramente, el perro lo mordió. Se sentó en el suelo con desgana o cansancio, el rostro hirsuto, carcomido, de largas barbas limosneras, tenía un relumbro de reminiscencia y ansiedad, mientras miraba los dedos heridos y después los alrededores, donde se adelgazaba el sol y rugían algunas bestias en sus jaulas. Sintiendo ese menudeado silencio ese derramado y apacible ruido, atrajo hacia sí sus rodillas y empezó a lamerse frugalmente la mano, las escasas gotas de sangre, su gesto era de pasividad, de conformidad o alegre descubrimiento. Cuando no salía ya más sangre, se quedó boquiabierto y primitivo, mirando con sorpresa y desconfianza, arrugando el ceño, estafado u ofendido, se rascó una ceja, el pecho velludo, canoso, grasiento, echó una mirada lenta y cautelosa hacia la tarde nublada y tibia, después al poco cielo.

El crepúsculo había iluminado las nubes y la luz se derramaba despaciosa y lechosa hacia él. Se inspeccionó detenidamente la mano, la alzó en el cielo y la movió en el aire como un cascabel o una alcancía, pero sólo sintió el silencio. Se paseó la lengua sedienta por los labios y el bigote ahogado en las barbas salvajes, retozó diseminado y pleno, mostró los dientes salpicados, amarillos, malolientes, los ojos desencajados y hambrientos y trató de morderse con odio, con furia, con descomedida impaciencia, la mano, pero no lo hizo, se le iluminó retrasada la mirada, después las arrugas, que se arrugaron más, se sonrió inspirado, se rió cuidadosamente enloquecido. Eso. Mañana, pasado mañana, cuando el quiltro regresara, le conversaría cariñoso y empalagoso, después torcido e imperdonable, lo ofendería, lo insultaría al chuchas de su madre, podría lanzarle un puntazo, una puñalada traicionera en las verijas o en los ojos, para enfurecerlo, y después le pasaría en bandeja la mano agradecida y pediguëña. Sí, claro que lo haría, como que no hay dios. Se tendió de espaldas, echó sus manos bajo la cabeza y se estremeció de frío o de calor, de revueltas y antiquísimas memorias, de cosas que habían sucedido o no habían sucedido, suspiró enumerando los deshilachados pantalones, los pies abiertos en abanico, de grandes y encorvadas uñas, fuertes como raíces. Mirando las nubes que pasaban lentamente, quedándose, olvidándose, titubeando, yéndose, entreabriéndose, se adormiló. Cuando hacia la tarde llega la camioneta, la gente se aparta para no mancharse y se quedan quietas y mudas, sin lengua y sin ojos, mirándolo, siempre mirándolo o, mejor, imaginándolo. Por encima de los barrotes le disparan el trozo impecable de carne y él lo constata con costumbre, en un gesto heredado y disciplinario, no se mueve de su rincón, no se levanta, con los brazos cruzados, o buscándose en la chaqueta los bolsillos que ya se fueron, metiendo las manos entre los orificios de género, cogiendo un botón, el único apenas dorado que va quedando, respira profundamente y mira con un gesto de frío estupor esa carne sanguinolenta, como si estuviera inconclusa, como si le faltara algo, gritos, ojos, quejidos, sollozos. La gente se aparta, respetuosa o temerosa, la gente guarda miedo todavía, a pesar de todos los años silenciosos e iguales que lo reclutaron para ser vagamente un ser humano, un desconocido y endurecido milico, un mediano y lento general, esperando impasible su hora y su sangre, lanzado como un bólido hacia el futuro, hacia las profundidades de abajo o de arriba, las dos al mismo tiempo. Piensa que después de tanto tiempo y tanto espacio, podrían mirarlo con naturalidad y confianza, ahora que está solo y terminado, sin sus edecanes lustrosos y flamantes, sin sus secretarios apagados y ávidos, ávidos de una amenaza o de una aventura, en la que él, si él quisiera, si lo gritara y escandalizara, podría sembrar una irreparable desventura, un poco de trágica humedad en la pollerita soltera de una niña enamorada, un cuajarón de sangre novelesca en una chica violada por orden, primero por

los congrios de la última clase, después por los perros policiales de mi coronel Otaña, ese loco estructurado, enredado en sus huascazos y sus silbidos, al que tuvimos que dar de baja en el aire, en el bendito helicóptero, para que no nos matara a los cuatro también. Sí, podrían quedarse un rato, acompañándolo hasta el oscurecer, cuando se encienden los focos señalándolo con el dedo, parado, sentado, enroscado como trompo en medio de la pista y llegan los últimos espectadores, la otra gente enlutada, sin facciones y sin cara, sólo con ojos, como si mi general Bonilla o mi general Benavides o mi general Arellano Stark o mi médico de cabecera, el profesor Augusto Schuster, después de interrogarles con el puñal de servicio, o el bisturí recién recibido de cirujano, la lengua, los oídos, los dos oídos, las uñas, las diez puntuales uñas de las manos, las diez sensuales uñas de los pies y el glorioso y final sexo, el privilegiado y desventurado sexo, les hubieran dejado prestados, sólo provisoriamente prestados, los ojos y un poco de silencio. Ahora es un ser inofensivo, tan inofensivo como un mueble trizado, descuajaringado, enteramente agrietado, apolillado y viejo, aunque siempre fue viejo, ya lo eras cuando recién me pololeabas las trenzas en tus fatales salidas domingueras de cadete recién planchado, le decía burlona la Lucía, cuando él, tomándose esas píldoras para dormir, se encaminaba enfurruñado y cabizbajo hacia el baño, contemplándose repulsivo y excedido, puteándose delante del espejo, agarrando un vaso y descabezándolo de un golpe, pensando que cuando la Lucía se durmiera se acercaría sedoso y felino, como se acercaban Otaña y Arellano a sus víctimas arrodilladas desnudas en el suelo, maniatadas por la sangre en la silla o en la camilla. Entreabría la puerta, la Lucía estaba tendida en los almohadones, leyendo sin leer, con la lucecita manchándole el pecho y la garganta, miraba goteando esa garganta tentadora, estrujaba el trozo de vidrio en la mano y juntaba sin ruido la puerta, una muerte más ni se notaría, suspiraba. Ahora no es sólo más inofensivo, o inofensivo del todo, como una fiera venida a menos en la selva aislada, está, además, flaco, desinflado, jibado, la barba crecida y revuelta muestra la mugre de las canas y de un cuerpo que no se baña, hediondo a sudor, a excrementos, a cadáver. Cuando, al soplar el primer viento frío en el cerro la gente empieza a menudear, instintivamente estira la mano y coge el trozo de carne, en realidad sólo puede arrastrarlo porque es bastante grande, después lo mira atentamente, como esta mañana, ayer en la tarde, el otro día, hace algunos meses o años, no sabe, se miró la mano, como mañana se mirará la mano. Está seguro de que el perro va a volver y que él lo va a insultar tupidito y tratar de herirlo con alguna arma improvisada, una espadita de palo, un cuchillito de plástico, esos con que suelen jugar los niños, o solían jugar, cuando había niños en las poblaciones por la navidad, hacia el cumpleaños de la mamá o de la hermanita, cuando había mamás, cuando había hermanitas. Ese ruido de la camioneta y de los pies que se apagan junto a la jaula, es el único acontecimiento que funciona especialmente para él, la única constancia que se le dedica en la inercia de la vida, de su vida, pues estoy vivo, al parecer todavía estoy vivo, murmura acariciándose o desordenándose la cabellera, cogiendo una tira del pantalón y desgarrándola sin ruido y sin color. Cada día, es decir día por medio, le tiran un trozo de carne y se lo come un poco, calculando lo que podrá quedar para mañana y el podrido olor que revolotea deshaciéndose, primero alrededor de sus manos, después alrededor de la cara, hurgueteándole la boca, lo único intacto que le queda. No recordaba muchas cosas y no le importaba, sólo sabía que estaba vivo, mucho más vivo y exacto que antes, hace muchos años, cuando parecía haber varias personas, varios esqueletos, varios generales, embutidos unos en otros, dentro de él y surgían ceremoniosos y contagiosos, astutos, desconfiados, solapados, untuosos, felpudos, humildes, pacientes, borrados, según fueran las calificaciones del destino

y las circunstancias agravantes, pero funcionando entre ellos había un repetido rasgo, un mismo fatal movimiento, una impercedera marca. Donde se sentaba él, o alguno de esos otros súbitos oficiales, o abría, él o ellos, un cajón del escritorio o la hoja de la puerta, dejaba una mancha de sangre, indefectible y milagrosamente una mancha de sangre fresca y no me beses más y ten cuidado con las sábanas de lino, le dijo una noche la Lucía y agregó, riéndose, mientras regresaba del comedor en bata de dormir, bebiéndose un refresco, parece que tendré que suprimir el rouge de mis labios y de mi cara, con tus besos basta, con tus manos sobra, no sé cómo no me llevan detenida tus gorilas, ¿qué te pasa, viejo? Estás loco, ¿te están sorbiendo el poco seso tus muertos, los muertos de tu marca y tu propiedad? ¿Por qué no ordenas sacar las puertas y el pasamanos de la escalera o nos vamos a vivir juntos al cementerio, mejor? Lo mismo ocurría cuando sacando un trocito de lengua firmaba documentos, decretos, saqueos, sentencias, siempre, bajo su firma, como el legitimado timbre de su burocracia, surgía la infaltable mancha de sangre, los secretarios se tornaban blancos, estresados, odiosos y trataban de no mirarlo, se les caían al suelo los papeles, las manos, los ojos, el sudor mortis, sentenciados y trasapelados y, como tenía que suceder, uno de ellos una noche se pegó un tiro porque él le preguntó que qué putas pasaba, por qué lo estaba provocando. No soy yo, mi general, no soy yo el que deja ese rastro, balbuceó meándose el tipo, ¿y quién entonces, mierda?, vociferó él. No, no asistió, por supuesto, a los funerales. Por supuesto, pensó, jamás hice o me hicieron, desde aquel histórico setiembre, algo que no tuviera que ser pagado chinchín, no me ponía furioso por nada, desconfiado por nada, siempre se me pagaba puntualmente lo que tenía que hacer o decir, también lo que difariaba tarde en la noche, tendido en la cama y, a veces, en el suelo, porque hacía calor o porque la Lucía le decía cosas hirientes o fulgurantes. Fue entonces que, acostado a su lado, apartándose ella en sueños o provocativamente despierta, pensó primero en la navaja, después en el vaso, degollado en el lavatorio. Respiró, recordando pringado, trozos de personas vivas o muertas o de palabras vivas o muertas, no, no recordaba muchas cosas, sólo sabía que estaba vivo, que lo habían dejado, de todas maneras, vivo y eso, a veces, lo admiraba y lo estremecía, se sonreía misterioso y auspicioso en la madrugada, trepando como un mono por las rejas, mirando allá abajo los pies desnudos, deformados y pulverulentos que se agarraban pujando para preparar y le parecía que siempre, toda la vida, había andado con los pies desnudos en las ceremonias oficiales o privadas, en los simples regocijos familiares o cuarteros, cuando salía su edecán de servicio, cuando entraba su ministro de guerra, cuando Arellano Stark regresaba acezando y humeando, evaporando sangre en las narices, en la boca, en el pelo, en las manos, en la capa de color arena que lo hacía tornarse petrificado y salitroso, salido del sol de carne en el norte, donde fusilé miles, miles, miles, con proceso, sin proceso, en la cárcel, en la escuela, en el hospital, en el manicomio, en la iglesia, en la cama, en la espalda, en el vientre, en un ojo, en el otro, en los testículos, en el pene perdidamente enamorado, en la chucha soñando sueños entre los muslos blanquitos. Blanquitos hasta que llegamos nosotros. Había una mujercita frágil, transparente, que era una tentación cuando lloraba y un orgasmo cuando sollozaba, no, no se podía, muchos meses de embarazo para desnudarla y para. Desde luego, cumplimos con el reglamento y la fusilamos sin asco. Se miraba una y otra vez los pies desnudos y animales, si, estaba seguro sin extrañeza de que siempre había andado a pata pelada, también cuando subió al avión para volar engalanado y espiritualmente a los funerales del generalísimo Franco, mi padrino, mi espejo, mi teoría, la gente enguantada y entorchada, los ministros plenipotenciarios de todos los colores, amarillos, rojos, verdosos o cenicientos o recién lustrados, no lo miraban ni lo saludaban,



Perro Sabueso - Germán Arestizabal

ese huesoso giscard francés, parecido a una momia egipcia tosida por la tuberculosis, se negó ostensiblemente a darle la mano, pues sabrían ya lo que ocurría en Chile, en Santiago, en su oficina, en su casa, en la escalera de su pupitre o de su dormitorio, cuando iba subiendo despaciosamente, eternizando una sonrisa fría, friolenta, en la comisura apretada de los labios, la gente enlutada de negro y de blanco lo miraba con estupor y escándalo en la capilla ardiente enflorada y asfixiada, señalándolo a él y al ataúd, como si el ataúd y él estuvieran íntimamente relacionados o estuvieran cortados de la misma madera y en la misma forma, como si por alguna monstruosidad marxista - leninista que no entendía el ataúd debiera estar dentro de él, o él dentro del ataúd o quizá al lado, abrazando, borracho inconsolable y pesadoso, el barniz caoba de la caja o el barniz verdoso del cadáver, besándolo gloriosamente en la boca a mi general, dándole urgente respiración artificial o respirándolo al caudillo y al podrido, la respiración magistral que precisaba para acelerar y aceitar la muerte, las violaciones programadas por orden de escalafón y de especialidades, los interrogatorios eléctricos a media luz y a todo chanco, las confesiones moribundas borboteando sangre y tejiendo telarañas, enjuagándose y lustrándose con el olor exquisito de la muerte, con el ramo de la muerte, con la rama despinada de la muerte, el Infante don Juan Carlos, tan limpio e importado y demasiado fino y solar, también se olvidó de pasarle una venia y se iba apartando, apretándose discreta y principescamente las narices, para evitar el contagio, para sujetar la náusea entre la mano y la boca. El no se enojaba por eso, no se consideraba desairado ni barrido, todo, todo, la soledad en que lo deja-

ban, junto a la vida, junto a la muerte, la muerte encerrada en frascos de remedio, la muerte en píldoras administrada en la boca de los fusiles, en la boca del fusilado, en las bocas de las heridas del asesinado, lo hace a uno tornarse iluminado, embriagado y multiplicado con el vino de la muerte y él siempre tenía el palpito de que había otros fulanos, más cínicos, más canallas, más despiadados, también a pie pelado, circulando prohibidos y presurosos adentro de su cuerpo, buscando gritos, acarreado quejidos, sí, todo eso lo hace a uno tornarse cachudo, cuidadoso, desconfiado, olvidadizo. Cuando asesinaron a Allende, inmediatamente empezó a salirse de las cosas, se olvidaba de todo, de lo más mínimo o lo más fabuloso, donde estaba parado o sentado hacía un rato, ayer no más, ahora nada más, siempre ahora, ahora hoy, ahora mañana y pasado mañana, ahora y siempre para siempre, sentado donde debería estar sentado Allende, desangrándose Allende sin darse cuenta de que se desangraba, que él lo desangraba aquí en mis guantes, en mis dientes, en mi guerrera chora y mis anteojos apagados de ciego, estás sentado en él, ni más ni menos, lo urgía con tranquila burla la Lucía, para picarlo y congestionarlo, te olvidas de todo, hasta de que estás sentado e inaugurado en él, Allende es una silla mojada que tú te cortaste, primero fue una escalera empapada, los primeros escalones de tu escala musical fatal y resbaladiza, baja los ojos y verás dónde estás repatinado para siempre, aunque te mueras, a horcajadas en su corazón, montado sin clase en su cabeza, en su boca, en sus ojos, no seas tembloroso ni zorzal, ya no puede hablar, ya no puede mirar, sobre todo, ya no puede mirarte y verte por la primera vez, tal como eres, tal como eras, te lo digo yo, tu mujer, por tu bien o

por tu mal tengo que decirte, te olvidas hasta de besarme o de abrazarme, aunque, no creas, no me gusta como antes del día 11, no, no me gusta nada, ahora hueles raro, no sólo raro sino espantoso, no, no te acerques y no apagues la luz. La gente, ahí en la ceremonia burocrática de su oficina, se apartaba miedosa y calculosa, en la ceremonia fúnebre de España se apartaba apresurada y volada, para que en ese pasadizo de silencio, en ese pasadizo húmedo de bocas mudas y de manos enguantadas y guardadas, él se notara más y sonaran bárbaro sus pies selváticos chapoteando por una interminable eglógica y rojiza acequia que iban improvisando y cavando, no, no, no te muevas, murmuraba moviéndose para no caerse, mientras sentía calor y frío, frío y calor porque no se atrevía a hacerlo y lo hacía como si fuera sagrado y sacramentado que por donde pasara iría dejando esa huella notoria y profesional, resplandeciente, reciente, policial como un retrato. A menudo reflexionaba sobre ello o trataba de hacerlo con frialdad. La idea le había venido la noche misma del asesinato de Allende. ¿Porqué lo habían asesinado? La pregunta le daba pánico, miedo, inseguridad, sospecha, porque adivinaba que era una pregunta que, con toda seguridad, él mismo libremente no se la formulaba, sino que alguien maldito, alguien conocido, desconocido, cercano, lejano, insistentemente le delectaba y se la filtraba a traición cuando dormía y en el sueño, se le entreabría la boca, roncando. ¿Quién? ¿Allende, el general Prats? ¿O, probablemente, Leigh? El donoso, el torcido, el cosquilloso, el viudo de una suicida, el que, recordaba él perfectamente, tuvo un oportuno ataque de nervios que le agarraba al mismo tiempo, coquetamente, el rostro y la cintura, asomando ahí, esperanzada y marchita, la doble flor de una espuma, en el labio inferior, histeroide o leporino y en el labio soltero y puto de la cintura, sí, hacia arriba, un Leigh volátil y dudoso, agitado y tembloroso, ofreciendo pucheritos de lágrimas, sí, hacia abajo, otro Leigh o el mismo, recién vestido o desvestiéndose, retorciendo su cintura de seda como una llama, como una histérica y lúbrica llamarada que abrazaba, o quería abrazar, no sólo al Palacio de La Moneda, sino también a Salvador Allende ensangrentado, también a él, a mí, el general en jefe, el generalísimo, el excelentísimo señor presidente de la república destrozada que todavía ardía, que durante muchísimos años seguiría ardiendo en las tinieblas, sentía los sollozos risueños, mezclados, agradecidos, intermitentemente encendidos y apagados de Leigh cuando se abrieron las sucesivas explosiones y vieron surgir el paquete de llamas y de humo negro, azul, rojizo, ese humo que crecía y ardía ensangrentado desde las habitaciones privadas del Presidente de la República y entonces, en ese momento detenido para siempre, Leigh estaba retorciéndose a sus pies, llorando y revoloteando y con las lágrimas lo miraba y con los sollozos le clamaba a su mujer, a la primera, a la segunda, que por piedad se suicidara.

La jaula no era pequeña, él, a buen paso, como un regimiento encogido podría tranquilizar, marcial y circense, hasta trece veces, pero eso lo hacía sólo de noche, es decir en la madrugada, cuando bostezaba aletargado y se arrodillaba en el suelo para desperezarse, como cuando, antiguamente, hacía sus ejercicios gimnásticos estomacales y divertidos, doblándose hacia atrás, hacia adelante, a un lado, al otro, bajando las manos hasta tocar el suelo, la tumba de él, la de los otros, todas las tumbas que están creciendo ordenadamente en tu memoria, zumbando su miel las abejas de la muerte en tu cabeza casposa, se refa y se estremecía la Lucía, él se quedaba callado, vacío, tibio, listo para enfriarse, la miraba de perfil por el espejo, tenía ella la mirada perdida, recordando sus gimnacias de ayer, escuchando sus risas de ayer, inclinada ella también hasta el suelo, como si fuera a vomitar, a vomitarlo a él, sus manos torpes y musculosas que descendían hasta el fondo de la tierra para extraer

cadáveres y ataúdes, sí, tendría que hacerla examinar, ella le daba miedo, cada vez más receloso miedo. La jaula en que antes estaba no era tan grande y era mucho más hedionda, la jaula de los monos, los monos araña, los monos titi, los gorilas recién nacidos, junto a una gruta sombría y húmeda donde reptaban serpientes de barro lavado o de vegetales. La de ahora está más al aire libre y más a la vista, donde le llega directa la luz del sol, el chapoteo de la lluvia que le apresura los ojos y los labios. Cuando hace unos días desocuparon la jaula de la hiena, contempló todo eso con un poco de manual curiosidad, pues lo sacaron de la pequeña jaula encadenado de una mano y un pie, lo subieron por un senderito, enjaulado también el senderito, mientras sentía invisibles voces, aullidos, risas, susurros, ráfagas de viento o de silencio. Se quedó inmóvil y pensativo y trató de estar seguro de que ese movimiento, ese ritual sin apuro de desocupar la jaula de la hiena, estando la hiena y él presentes en la mudanza, era un ascenso que se le brindaba, en todo caso un reconocimiento a su hoja de servicios y una condecoración muy especial. Aquella noche durmió muy mal, en realidad no logró dormir sino cuando era de día, pues estuvo la oscuridad amablemente rodeándolo, ágil y desenvuelto recorrió el piso, acariciando los barrotes, los rincones de hierro, tratando de aislar, de recoger, de descubrir el olor manchado de la hiena que rodaba invisible junto a él, pero, curiosamente, sólo encontró y reconoció su propio y peculiar olor, como si siempre, toda su vida, desde los barrotes de la cuna, hubiera estado enrejado en la jaula de la hiena, enjaulado en el cuerpo de la hiena. La gente dominguera que se detenía frente a él y lo miraba minuciosamente estaba de luto, siempre de luto, todos de luto y esto no lo hacía pensar enfermo ni le causaba sorpresa, una gente se muere, la otra gente llora, después se desnuda y se viste más ensimismada, se estremece y echa una bocanada de sollozos, se van caminando por la calle, trepando el cerro a buscarlo, a preguntarle, a informarse, a mirarlo, sólo a mirarlo, como si él fuera una obra de arte complicado, una pintura imposible, inconcebible, lanzada a las vitrinas por ese loco rayado de Picasso, el pintamos, el comunista, que tenía, monstruosamente, en su cuerpo, una cantidad desorbitada de ojos y muchísimas manos que jamás se las pudieron contar ni cortar. La gente se amontona para contemplarlo lentamente, tal vez para aprenderlo de memoria y recordarlo y delectarlo, aunque no está seguro, en realidad no lo miran, sólo lloran, sólo empiezan a lamentarse humilde y avergonzadamente, como si hubieran perdido el portamonedas con el sueldo recortado del mes, como si se hubieran perdido en esta ciudad extranjera y enorme, ahora despoblada y desfigurada, no sólo están de luto en sus vestidos, sus medias y corbatas, también en su cara, especialmente en sus ojos, llegan llorando o listas para hacerlo, como si se tuvieran o le tuvieran mucha lástima. Cierta vez una vieja se agarró de los barrotes y los remecía con sus sollozos y al mirar la sangre se desmayó, él cogió velozmente la carne y comenzó a comerse la urgente. Cuando pensaba o trataba de pensar le venía hambre, le dolía la cabeza y lo angustiaba el estómago, empujándolo, miraba el suelo y en el suelo estaba botada sólo la mancha sanguinolenta del día anterior, es decir de antes de ayer, faltaban, pues, todavía muchas horas. Suspirando miraba el cielo, se volvía de espaldas, ignorándolos a los curiosos, deseando odiarlos, pero era extraño, no podía odiarlos, no odiaba nada, no amaba nada, sólo ansiaba con angustia su almuerzo, la carne roja, todavía viva, recién hachada, chorreando generosa sólo para él. Se sonreía espantoso, borrándolos, barriéndolos de un golpe con la mirada, adivinándolos cerca, lejos, en sus ocupaciones o en sus dolores, ocupados en el oficio de sus obsesiones, de sus lutos y sus duelos, repasándolos, reemplazándolos, juntándolos para reconstruirlos más durables y afligidos, pensando constantemente e inconsiderablemente en él, sabiendo que dentro de un rato

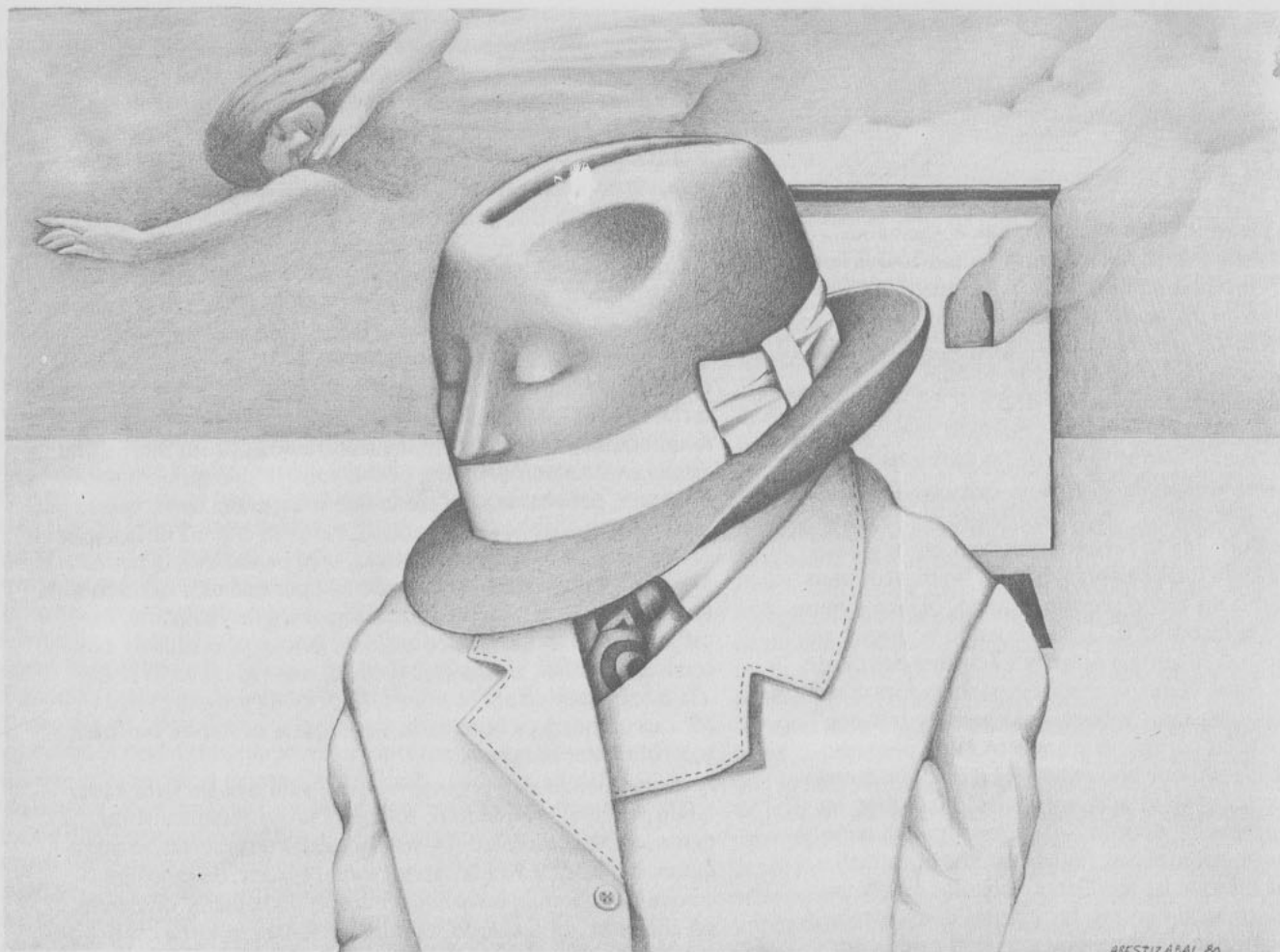
se plantarían en tropel junto a la reja, mirándolo clavados y callados, sí, el sufrimiento es una profesión indigna. La primera vez que vió a unas mujeres llorando trágicas y teatrales, le dio rabia, pánico, rabia, cansancio, maquinalmente se llevó la mano a la cintura para buscarse el revólver, el puñal, la daga, había un tiempo, hubo un tiempo lindo y fabuloso, lo recordaba nebulosamente, en que toda la gente desparramada en sus patios, en sus pasadizos y en sus cuartos lloraban con escándalo, lloraban tanto y tan parecido y tan aburrido, que él estaba seguro de que eran unos falsos y unos falsarios, unos infamadores llenos de humo, unos hipócritas ilusionistas y aficionados entonces, lo pensaba lleno de dudas en los detalles, se llevaba las manos al cinturón, alzaba la mano enguantada y partía un saludo que caía hasta sus botas, juntándolas y haciéndolas sonar, sonaban hierros, rejas, silencios de hierro, disparos desorientados y desatentados, buscándose unos a otros, quejidos cómodamente posados en la garganta, bien al fondo de los ojos y de las orejas, todo en el mismo orden, de su cintura caía carne viva, goteando, rodaban ojos, dedos, orejas, corriendo por la pintura roja y por la memoria, de su revólver reptaban largos y delgados muertos goteando unas palabras calladas sin dinero, unos gestos sin gente, había un ancho silencio, blando, blanco y muelle y en ese silencio se instalaba la Lucía, abriendo la enagua, mirándolo con los muslos, le sonreía holgada y fragante dentro de su vestido nuevo y como él quería acercarse para preguntarle si pasaba algo, si necesitaba algo, le contestaba tenue y fría, ten cuidado con manchar las cortinas o mis vuelos o mis plisados, siempre te estás olvidando que eres especial, en una sola semana he tenido que cambiar no sólo los cortinajes, los visillos, las pantallas de las lámparas del dormitorio, de la salita, del salón, sino también los juegos de sábanas, las toallas, todas las toallas, mis blusas, mi ropa interior, las servilletas, todas las servilletas, tus ternos, tus uniformes, tus gorras, tus guantes desde luego, no, no, por favor, no te muevas que voy a traer el balde y un trapero y el jabón bruto y el desinfectante.

La gente lo mira y llora y al mirarlo y al llorar lo ignora o parece ignorarlo, mirando más lejos. Cuando llueve no vienen y entonces se siente triste, abandonado, inútil, hambriento, los quejidos y los llantos le dan mucha ansia, sin darse cuenta abre la boca y entre la crecida barba muestra los dientes, que le crecen abominables. Lo peor es que, cuando sopla el viento, luego la tempestad y cae el agua a cántaros, no sólo no viene la gente sino que tampoco el tipo de la camioneta, el que golpea la puerta de lata, carga un enorme trozo de carne viva y muerta y se lo lanza por el cielo. La primera vez él se abalanzó desbocado a agarrar la carne y el fulano, ese tipo raquítico y joven, colgado de la pisadera, hablando frivolidades con el chofer, se rió, una risa sin nada adentro, ni siquiera alegre, sólo joven y comentadora, hasta promisoría y comprensiva, de que él hubiera mostrado demasiado hacia afuera, con un resto de esclava penuria, que tenía hambre, mucha hambre. Ese gallo, ese obrero, esa risa, antes no habrían existido ni por un suspiro, no se habrían atrevido a existir, pensó, pensó también éste soy yo, el de antes, el que se comía la risa y la gente que las emitía, y también se comía las lágrimas y la gente que las emitía. Reflexionando así, tuvo una gran furia, una furia inútil y sin trabajo, sin resultado, dejó caer choreado el trozo de carne a sus pies, sentía rabia o quizás sólo desilusión o animadversión contra sí mismo, pateó hasta dos veces la carne, como si hubiera sido un trozo vivo de cara, de mano, de pie, un pedazo de persona, se garró a la reja para desclavarla, la remeció y aulló, se llevó la mano a la cintura en un gesto inútilmente militar, pero en la cintura, un poquito adentro, sólo tenía hambre.

Cuando hay temporal, el viento barre el cerro, las hojas las va empujando desordenado hacia él, las barre junto con él, y sus harapos, sigue soplando y porfiando, él se sienta en una piedra

o en el barro, donde se ve más solo, más desamparado, casi inexistente e insignificante y en una tarde borrascosa así fue que apareció el perro y primero le olió la mano. En realidad era una perra, murmuró, le observó la sembradura de pezones y el vientre hinchado por la preñez, tenía un hocico agradable y suave, unos ojos límpidos y rápidos que le recordaban algo o alguien. Mientras le pasaba la mano por las orejas fue que lo mordió, no permitiéndole ser cariñoso y empalagoso como lo era con la Lucía. ¿Por qué había pensado en ella ahora, precisamente ahora? Hacía meses, años, eternidades que la Lucía no venía a verlo, no sabía lo que le había pasado, tampoco sabía lo que le había pasado a él mismo, sólo se daba cuenta de que estaba encarcelado en esta alambrada circular que no tenía techo ni nada, sólo el cielo, sólo la noche cálida o fría, el sol relumbrando libremente, la lluvia corriendo por sus pies, sí, no estaba encarcelado del todo, podría fugarse si lo quisiera o lo intentara, pero tal vez era eso lo que se esperaba de él, que lo intentara, que empezara a hacerlo. Pero esa trampa no le importaba ahora, no lo sorprendía ahora, sólo pensaba en la perra. Sí, era posible, enteramente posible, ¿por qué esos ojos inocentes y turbios le habían recordado algo o alguien palpable, de carne y hueso? Ese hocico ansioso, goloso, acongojado, obscuro, él también, estaba embarazado, por eso no venía la Lucía o había venido ahora mismo, disfrazada y transformada para sorprenderlo y humillarlo y mostrarle su vientre hinchado y, finalmente, morderlo.

A veces, cuando está la gente reunida, enlutada sin falta, circulando por la reja, mirándolo, sólo mirándolo detenidamente, desde los pies deformados y malvados, las uñas sucias, enmarañadas, bestiales, hasta la cabeza torpe, tozuda, de cabellera ociosa y errabunda, tornando a mirarlo sin hablar y sin pensar, sin comentar un recuerdo, también entonces se torna caprichoso y fatal, y la gente, en lugar de reírse sin apuro, como el tipo de la camioneta, despierta súbitamente de su melancolía o su indeferencia y retrocede en las sombras, perdiéndose entre los árboles y él escucha algunos sollozos y divisa algunos pañuelos. Camina por el suelo lleno de pedruscos, de restos de vidrio o de madera y no le duelen los pies, los bordes del pantalón están más deshilachados y embarrados, se sienta con la espalda empujando la reja y se va quitando meticulosamente las hilachas, siente la soledad, repetidamente siente la soledad, el cielo está muy bajo, las nubes descienden hacia él y se van volando, la lluvia ya está que se descarga, huele el agua próxima y huele su calor. Sintió el ruido de la camioneta cuando los relámpagos iluminaron ese trozo de cerro, pero no se movió, escuchaba, pero no se movió, el hombre se bajó saltando de la pisadera, él no lo vió venir, seguía de espaldas al cerro y los árboles que bajaban por los caminos y precipicios o se iban cansando y escaseando hacia la cumbre, desde ahí alcanzaba a divisar el pelaje manchado de la hiena, el pelaje invernal rojizo del león, el pelaje amarillo y cicatrizado del tigre. A veces, los días domingo, por ejemplo, cuando vaga mucho mundo por los jardines y se detienen frente a la jaula del oso, del lobo, del leopardo, se ríen y charlan apacibles y desprevenidos, después se plantan frente a su jaula, pero ahora están sumidos y ensombrecidos, como si de repente hubieran envejecido o enfermado. Cuando la gente se termina, porque el sol ya se va ocultando en un rescoldo palpitante y triste, las fieras aullan hacia el crepúsculo, un aullido de soledad, de miedo, de nostalgia, se mueven y remueven inquietas, raspando con sus garras el suelo cuando el tipo de la camioneta no se acerca a sus jaulas sino sólo a la de él, todo el tiempo primero a la de él, un privilegiado, un escogido, un señalado, entonces aullan larga y lastimeramente, alzando una pata para rajar el aire, mostrando la lengua y la dentadura en un ingenuo y conmovido gesto de protesta, de atrasada protesta y



Que las Rondas no son Buenas - Germán Arestizabal

corazonada, en la oscuridad se miró las manos y comprobó satisfecho y engreído que las uñas le habían crecido súbita y salvajemente e inmediatamente, sin darse tiempo para pensar más nada, sólo ese corto milagro, esa miniatura de milagro, comenzó a aullar, a gritar tamborileado como tarzán de los monos, un grito que palpitaba hinchado y encendido, planeaba a esas horas, las primeras de la madrugada, de su primera auténtica madrugada, como un humo monstruoso y pegajoso, un humo fatal y ostensorio, rastreando y dibujando la ciudad aterrorizada. Alcanzó a mirar la hora en el reloj luminoso, eran las tres clavadas y la Lucía despertó intrigada y preocupada, acariciándose las legañas, creyendo que le había dado un ataque de locura o, lo que era peor, de arrepentimiento. El se sentó, terco y reglamentario, y la arañó, la arañó aullando amoroso y tenebroso, hasta que constató las rayitas de sangre que rayaban el caliente rostro de su mujer, mientras sus hijos se levantaban apresurados, encendían las luces, todas las luces, abrían la puerta, se asomaban, más que angustiados curiosos y la cerraban discretamente. La Lucía le preparó un café negro, con coñac, él cogió la cucharilla y lo revolvió, empujó la taza en el velador y aulló suavemente, ensayándose, la mirada perdida en la selva sanguinolenta, despanzurrada y prevista, que él acababa de inaugurar, ahora se ríe ardiloso, se ríe suelto y desenvuelto, salta de la cama y se arrastra ágilmente en cuatro patas, coge la cortina de felpa y le mueve las polleras para agarrarse y trepar, el teléfono empieza a sonar, la Lucía lo contempla escandalizada y única, pálida de marfil, insinuando con las manos y la boca unos gestos retenidos de niña, él se arrastra, coge el fono, mete el hocico en él y aúlla ferozmente. La Lucía está sonando en la cocina, tiritando de frío, muda, pensativa, soña-

no sólo de protesta contra él. El animal que está vestido, aunque roto, astroso y a pie pelado, ha sido preferido una vez más a ellas, que fueron perseguidas y acorraladas sin piedad en las montañas, en la selva, en las cuevas, en los pantanos, a diferencia de él, que fue domésticamente cazado, como una rata, entre el dormitorio y la cocina y no quiso defenderse o no supo hacerlo o aprenderlo, pues el revólver, más aterrorizado que él mismo, se le cayó de las manos y ya estaba de rodillas y la sonrisa servil se le descascaró de los labios y el color de la cara se le tajeó de arrugas con trozos de cara. La idea de que las fieras aúllan soberbiamente de envidia vueltas hacia su jaula, le divierte desde luego, la acepta y le halaga, le acarrea algunos desvanecidos hechos que todavía no puede juntar, que trata de escarbar en la basura de la memoria, en el basural de sus dedos revolcados, desmenuzados entre la barba y la barriga, pero ese reiterado y alargado aullido de tristeza, de orgullosa tristeza, ese insistente e inútil raspar la tierra con las garras, está indicando algo así como si la presencia de él en una jaula honrada y funcional no fuera justa ni reglamentaria, no sólo eso, sino que, además, los ofendiera y aniquilara y los suprimiera por mansos. Ese corto recuerdo, unido a otros recuerdos más personales, lo hace reírse un trecho, se ríe por fuera, sin ganas, sólo por darse ánimos, para agrandar la soledad acompañándose mientras se quita, familiar y artísticamente ensimismado, algunas hilachas de la rodilla derecha, que, en realidad, prolonga la pierna desnuda hacia esos pelos sucios, blanquiczos, algo ajenos y afuerinos.

Fue el mismo martes 11 de septiembre, al anochecer, cuando, fatigado y adormilado, en previsión de futuros y más agradables acontecimientos que decidió, soñando, dejarse crecer las uñas. En la madrugada despertó lejano y liviano y, como una

dora más que asustada, luego viene y le trae una taza de te negro, con whisky, él la coge y la empuja en el mármol, junto a la taza de café, ya frío, y contempla misteriosamente, con dos distintas y barajadas miradas en cada ojo, a la Lucía, abarcándola medio desnuda y mundana, empieza a secretear bajito, como si rezara, apaga la luz y aúlla en la oscuridad. Porque había habido una cosa que le atraía y le producía insomnio, jaqueca, dolores de cabeza y, a veces, se quedaba dormido roncando, botada su cara en el cristal del escritorio; mientras caían al suelo papeles sigilosos, documentos secretos, cables muertos de miedo, oficios finos de las embajadas extranjeras, listas de prisioneros de la DINA, listas de la DINA conteniendo torturados, fusilados, desaparecidos, cadáveres enterrados en los patios del regimiento de San Bernardo, cadáveres encargados en las sábanas desplegadas de El Mercurio, carne que necesitaba comprar con urgencia para seguir subsistiendo. Eso no lo olvidaba y le daba un poco de tranquilidad, es decir de nerviosidad, porque después de tantas semanas, meses, años de fusilar gente, de atormentar gente, de ahogarlas en el mar o en la electricidad, de ordenar que le llevaran al comedor, luego al baño a una niña para ser violada en su presencia, a un muchachito que debía ser torturado por dentro y por fuera, mientras él se afeitaba sin hacerse un rasguño, lo que era necesario para calibrar sus nervios, sí, mientras se miraba en el espejo y en la memoria, mientras lentamente se admiraba, se daba cuenta, abismado, de que su cara cambiaba vertiginosamente, de que sus facciones eran un resumen y una antología de todos los miles de asesinados que dormían en el cementerio o que circulaban desvanecidos en el aire, buscándose y buscándole, la cara, las manos.

Esa noche el hombre de la camioneta hizo dos viajes desde la puerta abierta hasta la jaula. Primero trajo el tradicional trozo de carne y se lo lanzó por lo alto, pero no se fue. El se ha fijado en que al león, al tigre, al chacal, al leopardo, al lobo, a la hiena, no le tiran la comida, no, el hombre de la camioneta abre confiado un trecho de reja y con un bastón de fierro les sirve gentilmente su ración, les sonríe amistoso y cómplice, les habla sobrado y compadre, evidente, no les tiene una pizca de miedo, ellos lo conocen de años y por eso reclaman y escandalizan cuando lo prefieren a él, el último llegado al parque, como si fuera un falsificado, un advenedizo un verdoso y tierno herviboro. Todo eso lo hace reírse, en realidad sonreírse, jamás, recuerda, acostumbraba reírse a carcajadas, salido de su cuartel o de su uniforme, como los demás oficiales, borracho, borrascoso y escorado como Merino, naufragando empapado en la alfombra, veleidoso, empolvado y flapper como Leigh, o enfriado color guano, poco acostumbrado a estar alegre ante testigos y a plena luz, primario, humilde, postergado, como el general rastrero, el caballo Mendoza. El tipo de la camioneta hizo, pues, otro viaje y dejó misterioso un objeto en el suelo, un paquete delicado, una encomienda lejana, un regalo súbito, al imaginarlo y adivinarlo se puso ligeramente nervioso, deseando saber y disimulando su deseo de saber en seguida, ya, de qué se trataba, esperó que se fuera, pero el conchudo no se iba nunca, lo hacía adrede, andaba colgando como fleco, atisbando por ahí, como si controlara e inspeccionara sus reacciones, esperó en ascuas y afiebrado que se mandara cambiar, arañándose las manos y la barba por la ansiedad y la novedad, ahora venía el hijo de puta regresando, como si se hubiera arrepentido y fuera a llevarse el engaño que había dejado entre los barrotes, en el suelo, pero súbitamente corrió hasta la camioneta y aplastó, al saltar alegremente, la pisadera, esperó que subiera y se sentara, que sonaran el motor y la charla, que se precipitara por la cuesta iluminando las jaulas, los árboles, las caídas de agua, no tenía sueño, sólo hambre, un poco de hambre, sólo sed, una cantidad de sed. El ruido del motor se fue disolviendo y secándose en la oscuridad, suavemente deslizada en el perfumado aire del atardecer, se

sentía la tranquila cháchara de los dos hombres que se iban rodando. Se dio rápidamente vuelta y descubrió en el suelo un vaso, un gran vaso, un potrillo para beber chicha en las antiguas vendimias, suspiró. Lo golpeó demasiado ese animal, murmuró ofendido, si lo rompo me quedo sin beber. Se acercó en puntillas, majestuoso y misterioso, como cuando, hace siglos, era una espalda aplastada por las charreteras y se acercaba a la ventana de su escritorio, también a la puerta, para saber si lo estaban espionando sus oficiales. Tiene el presentimiento de que ya, en esa lejana fecha, olía horrible. La Lucía le decía hueles raro, me gustaría adivinar exactamente a qué hueles y sacaba sus manos y encendía los dedos para irse alumbrando con cada uno, con cada olor extraño, subterráneo, obstinado, sensual, asqueroso, mortuorio, un olor de luto riguroso y fue, tampoco lo olvida, la Lucía quien primero le había hecho referencia a eso, primero sonriéndose sorprendida, después riéndose histérica. Hueles a sangre, la pura verdad, no me toques, no me beses, por dios, no te acerques, balbuceaba, disimulando las arcadas, según se iba patinando, la boca vaciada en las manos, al cuarto de baño. Se inclinó puerilmente, como antaño en su casa, invariablemente, hiciera el tiempo que hiciera, hubiera la confianza que hubiera, bombardeo en La Moneda, asesinato de Allende, asesinato clínico del general Bachelet, asesinato deshidratado del flaco José Tohá, asesinato despedazado del general Prats, cumplía sencillamente, en plena soledad, en pleno apogeo de su abominable uniforme, esos añorados ejercicios mañaneros antes de ir a dar sus clases geo-políticas a la academia de guerra o a gritarles inmundicias a los pollitos pío-pío de la escuela militar. Miró en el suelo el enorme vaso, un líquido oscuro, cerveza toro o vino pipeño, murmuró y se quedó agradablemente pensativo. ¿Por qué lo festejaban? ¿Por qué lo atendían más que otras veces? ¿Qué día era, qué mes, qué año? ¿Qué gloriosa circunstancia? Había perdido la noción del tiempo, del círculo de los días, las semanas, los meses, los años, fuera de su ropa astrosa, viejísima, tan harapienta como él mismo, no tenía nada, ni reloj pulsera o de bolsillo, ni anillos, ni medallas, hasta la de la virgen del carmen la perdió no sabe dónde ni cómo. ¿Cuánto tiempo hacía que fue cazado? ¿Cuántos inviernos, cuántos veranos? Eso, esa medida del tiempo, que le caía del cielo, que le era traída por la ropa de la gente que venía a divertirse lastimeramente, mirándolo, lutos delgados de verano, lutos abrigados de invierno, le indicaba que la vida y el tiempo, junto a él, fuera de él, prescindiendo de él, fluían sin detenerse y sin tregua. Antes, cuando estaba vivo, visiblemente vivo, pasaba pendiente del calendario, cuando siempre tenía una silla y una mesa esperándolo, después un sillón y un escritorio, un cristal lleno de papeles, unos papeles llenos de nombres que ya se murieron. Se encucilló y, temblorosamente, alargó la mano, retardando sus ansias de beber, su seguridad de beber, para que le duraran más el ansia y la bebida, acercó la nariz, que aleteó conmovida, en la oscuridad los ojos brillaban gozosos y viciosos, oliendo entusiasmados también y, sin sorpresa, le gustaba ese olor conocido y familiar y la boca se le hizo agua. El vaso le había sido ofrecido sin un recado, sin unas señas, sin nombre, sin dirección, sin oficio, sin sexo, sin nada. Sonrió y respiró holgadamente, tratando de crecer, de adivinar, ¿Niño, niña, obrero, obrera, joven, muy joven, de la cabeza, del pecho, de los pechos, del muslo, del pulmón, del corazón?, se preguntaba fascinado, mientras pegaba los labios y bebía complacido y agradecido, pleno, lavado y consagrado. Junto a esa interrogación nostálgica, llena de vida y seguridad, que le evaporaba la mirada, sólo se escuchaba el gorgoteo que formulaba su garganta y el escurrir de la lluvia por la cara manchada y las manos empapadas. Un relámpago iluminó el vaso, los labios y la barba, por los que todavía resbalaban y huían retardadas gotas de sangre. Los labios de él, *Pinchet*. □

PEDRITO EL MARXISTA

□ RAFAEL ARENAS *

* Obrero chileno que durante los seis años de exilio que lleva en Europa, ha escrito miles de páginas con relatos y memorias.

Marta cogió unos pequeños ahorros y con Lidia parte a Valdivia, eludiendo cualquier posibilidad de arresto. Matías se había ido a Romeral. Ramón, a su vez, se marcha a Santa Cruz dispuesto a capear el temporal. En casa quedé con los dos niños, Chancay y Pedrito. Perro y loro se muestran una abierta antipatía. Chancay le ladra y Pedrito responde con terribles picotazos. Hay una tácita reconciliación al avistar el enemigo común. Ante el carro y la patrulla militar que aparecen, uno les ladra, el otro grita. En esos instantes yo condenaba a muerte al hocicón. Luego, pasado el peligro, cedía a las peticiones de indulto que extendían los dos hijos menores. Una tarde llaman a la puerta. Eran militares.

"Nos dimos cuenta de que su loro grita cosas prohibidas. Por favor, guárdelo".

Nueva condena y reiterada defensa de los excelentes abogados. La pena máxima es cambiada por cadena perpetua, que debería cumplirse dentro de las piezas. Los niños serían los guardianes.

Fue así como Pedrito llegó a ser un preso político. Se fuga una tarde en que nadie vigilaba a los vigilantes. Justo cuando gritaba "¡Arriba el Chicho Allende!" pasa una patrulla de modales más rústicos que la anterior. Bajaron del camión, metralleta en ristre, buscando al osado. Ven que un loro emprende vuelo mientras grita "¡Milicos desgraciados!"

¿Cuántos disparos, cuatro, seis, u ocho, limpian la ofensa manchando, a su vez, con sangre el cuerpo del loro? La descarga le troncha el vuelo y su vida. Los militares se alejaron de aquel marxista caído, agregando otra víctima al haber de papá Augusto. El desconsuelo de los niños es dramático, sólo atenuado en parte porque el loro murió en su ley. Hicieron un hoyo en el patio y entierran el guiñapo sanguinolento en presencia de Chancay. No hay otros asistentes al sepelio. Y en una cruz los niños colocan la inscripción "Patria o Muerte".

Ramón regresó al día siguiente de su partida.

"¿Qué pasó?", le pregunto.

"No quieren tenerme. Hay allanamientos y el compromiso es muy grande. La gente no se arriesga por otros, menos aún si no son familiares. Yo no voy a ninguna parte, me quedo aquí, pase lo que pase".

Una noche, ¿serían las doce?, golpean. Abrió la puerta, saludo cortésmente a los visitantes. Por supuesto, no les pregunté cuál sería la causa apremiante que los obligaba a interrumpir nuestra tranquilidad hogareña a esas horas. Pedrito había dejado de existir, tal vez él les habría dispensado otra bienvenida. Penetran seis militares. Yo sabía muy bien que todo el sector estaba rodeado. Mis tres hijos debieron presentarse, no así Chancay que hizo oportuno mutis. Nos ordenan sentarnos alrededor de la mesa.

"¿Nadie más?"

"No".

El oficial mostraba un gracioso rictus que me relaja los nervios. Tanto me concentraba en las preguntas como en descubrir el instante en que lo haría.

Repasó a los presentes.

Con la mirada . . .

"¿Matías Moya?"

"No está".

"Muestra tu carnet".

Se dirige a Ramón. Le devuelve su cédula de identidad y nos observa. Dos sargentos estaban a su lado. En tanto, tres soldados revisan las dependencias de la casa. Mi corazón parecía ser un punching-ball. ¿Cuánto tiempo, cuántas horas parecieron ser esos minutos? Los sargentos están estatualizados. Sólo existía la mirada y el rictus gracioso del oficial, y el galope desenfrenado de mi corazón. Regresan los soldados, "nada, mi teniente", dicen, simplemente. Entonces, el teniente gira. A su vez, también, los dos sargentos. Todos se marchan.

Cerré la puerta.

Chancay sale de su escondite, parece preguntar "¿quiénes eran esos gallos?"

Me tiro en una silla, siento un cansancio terrible. ¡Cuánto me había golpeado el corazón! Pero el jetón también recibió su parte y ahí está, deshecho. Recién observo a los muchachos, intensamente pálidos. Nadie habla, excepto Chancay que, en imprevista alegría, desgrana su lenguaje en continuos ladridos. Me paro, casi inconsciente, abrazo a Ramón, y lloramos. El hijo estaba a salvo, no lo buscan, tampoco a Marta y a la hija. El proscrito es Matías. □

MISSA IN TEMPORE DISCORDIAE, OPUS 64

Entregamos a nuestros lectores, informaciones, comentarios y el texto de *Missa, in Tempore Discordiae, Opus 64*, del compositor Juan Orrego Salas, miembros del Comité de Solidaridad de nuestra revista y uno de los destacados exponentes de la música latinoamericana contemporánea. Orrego Salas tomó del poema *Altazor* de Vicente Huidobro, volumen que individualmente es uno de los hitos de la poesía chilena, el texto para interpretación del solista, en este caso tenor y para el coro, el texto litúrgico en latín. *La Dirección.*

Missa in Tempore Discordiae, Opus 64, fué presentada el 15 de abril en el Centro de Artes Musicales de la Universidad de Indiana. Su estreno fué hace un año en Louisville, Kentucky. Para el próximo año está programada su presentación en Philadelphia y en Washington D.C. Esta *Missa* precede en su creación al oratorio *Los Días de Dios* estrenado en el Kennedy Center (1976) y posteriormente presentado en Indiana. También precede a las obras de cámara *Trio No.2 para violín, violoncello y piano* (estrenado en Nueva York en mayo pasado) y al *Concierto para oboe y cuerdas*, opus 77, con estreno programado en Montevideo en junio próximo.

En esta Misa, el coro mixto canta el texto tradicional latino, mientras el tenor solista interrumpe constantemente la continuidad de la liturgia con los versos seleccionados de *Altazor*, desafiando el comportamiento del hombre frente al ideal Cristiano, exponiendo su debilidad para actuar conforme a las palabras que él mismo ha repetido durante siglos y al mismo tiempo trasmite un mensaje de esperanza en la unión postrera del hombre y un Dios nacido de su propia nostalgia.

La orquesta, organizada en tres cuartetos de instrumentos de viento —flautas, clarinetes y trombones— que se agregan a un grupo numeroso de percusiones y al conjunto de las cuerdas, sigue el desarrollo litúrgico y los versos de *Altazor*, proveyendo un escenario sonoro que con toda la variada gama de recursos de la orquestación contemporánea, realza el contenido y atmósfera de cada situación dramática planteada por el texto.

Las cinco partes tradicionales de la Misa se suceden en el orden establecido.

El *Kyrie eleison* irrumpe en el coro en un *fortissimo* sobre una torre de sonidos que se han levantado de un rutilante trémolo de las percusiones. En forma masiva canta el coro las reiteraciones del texto litúrgico antes que el *tutti* de la orquesta que lo sostiene se reduzca al tenue sonido de cuatro flautas sobre el cual emerge la voz angustiada del solista que canta; "*Solo, solo estoy parado en la punta de una nota que agoniza.*" La expresión de soledad y vacío se extiende hasta el fin de esta primera parte.

El *Gloria* restablece la atmósfera de esplendor sonoro del comienzo, ahora sobre una algarabía de campanas y otros metales, que subrayan el ritmo de una animada danza. Este gesto, extrovertido y alegre, dura poco; enfrentados a la idea de la paz que el coro realza al cantar "*et in terra pax*", la atmósfera se oscurece. Incrédulo e inseguro, tres veces repite el coro la palabra *pax* antes que irrumpa el tenor cantando, "*¡No puede ser!; cambiemos nuestra suerte...quememos nuestra carne.*" A lo largo del *Gloria* insiste el solista: "*¡No puede ser!; siglos vienen gimiendo en mis venas y agonizan en mi voz.*" La atmósfera gloriosa con que esta parte se inicia propende a restablecerse pero es ahogada por la angustiada invocación del solista a un "*Dios todo, Dios nada, Dios joven, Dios viejo.... Dios mental, Dios aliento, Dios amasado a mi congoja.*"

El *Credo* se desarrolla sobre una nota obstinada que se escucha al comienzo en los trombones y que luego sirve de base a las cantilenas y recitados monacales del coro. Esta nota, *un sol*, es la que ha servido de base a la tensión armónica generada por los intervalos de séptimas y novenas que han predominado en los dos movimientos anteriores (*Kyrie* y *Gloria*) y que en el *Credo* se han reducido a las segundas menores ascendentes y descendentes que rodean a la referida nota. Esta tensión sólo llega a resolverse al final de la Misa, en el *Ite Missa est*, cuando la séptima asciende a la octava.

Las cantilenas y recitados con que el coro exterioriza la profesión de fe del texto litúrgico son interrumpidas ahora por un solista desazonado ante el abismo que existe entre la realidad del mundo que el hombre ha construido y el contenido de las palabras que pronuncia. "*El dolor es el único eterno*" canta respondiendo al "*Et vitam eternam*" del coro. Pero de su nostalgia surge "*La luz de Dios que se enciende y nos deslumbra*", de un Dios nacido de este mismo sentimiento.

El *Sanctus* recoge esta nota de esperanza y la celebra. Se desarrolla este movimiento sobre un fondo sonoro y rítmico de carácter ritual primitivo; es como un retorno al génesis, a la raíz de todo y al mismo tiempo un avance hacia el fin supremo y apocalíptico.

"*Después de muchos siglos el mar se abrirá, saldrán los naufragos que cumplieron su castigo y .. un volcán aparecerá en medio de las olas, y dirá: ¡Yo soy el rey!*" A esas palabras del solista el coro responde dos veces "*Benedictus qui venit in nomine Domine.*"

"*Yo soy el rey y trazaré tu horóscopo*" agrega el solista y con ello la idea de un Dios en cuyas manos hemos entregado nuestra suerte se materializa y la acción del coro y solista se unifican.

Esta unidad está expresada en el *Agnus Dei* en la forma de una serena meditación, de una simple plegaria en el carácter casi de una canción de cuna, que recoge el contenido de las palabras con que el solista responde al "*Dona nobis pacem*", cantando "*Devolveré las armas al enemigo, contaré las pisadas de Dios en el espacio y reiré con El antes de quedarme dormido.*"

El "*Ite Missa est*" es una especie de coda musical, agregada a las partes convencionales de la misa, y unida, en este caso, al *Agnus Dei*. Es una recapitulación de los materiales temáticos que se expusieron en el *Kyrie*, que se hicieron presentes a lo largo de toda la obra y que ahora se resuelven armónicamente. Mientras el coro entona el *Amen* en un extenso pedal armónico generado por entradas sucesivas de cada voz, el solista formula su propósito de seguir "*montado*" en la palabra de Dios, "*girando por el universo, escribiendo en las paredes de los astros, arañando el infinito, ...describiendo cortinas en las nubes, protestando, riendo, cantando.*" Al cabo de estas palabras la orquesta se levanta suave y lentamente desde las sonoridades más profundas de los contrabajos hasta el extremo registro agudo de flautas y violines, expresando el tránsito del alma hacia la eternidad.

1) KYRIE

CORO:

Kyrie, eleison.
Christe, eleison.
Kyrie, eleison.

TENOR:

Solo, solo, solo
Estoy parado en la punta del año que agoniza
Solo, solo
En medio del Universo
Solo, solo
como una nota que florece en el medio del
vacío.
Los planetas giran en torno a mi cabeza
Sin dar respuesta que llene los abismos.
Dios diluido en la nada y el todo
Dios todo y nada
Dios en las palabras y en los gestos
Dios mental
Dios aliento
Dios joven, Dios viejo
Dios lejano y cerca
Dios amasado a mi congoja
Dios todo.

2) GLORIA

CORO:

Gloria in excelsis Deo, et in terra pax
hominibus bonae voluntatis.

TENOR:

¡No puede ser! Cambiemos nuestra suerte

CORO:

Laudamus te

TENOR:

Quememos nuestra carne en los ojos del alba

CORO:

Benedicimus te

TENOR:

Bebamos la tímida lucidez de la muerte

CORO:

Adoramus te, Glorificamus te.

TENOR:

Canta el caos al caos que tiene pecho de
hombre,
Llora de eco en eco por todo el Universo.

CORO:

Gratias agimus tibi
propter magnam gloriam tuam.

TENOR:

Amarga conciencia del vano sacrificio
Del ensayo perdido
Angustia del vacío en alta fiebre,
Y aún después que el hombre haya
desaparecido
Quedará gusto a dolor,
Una lágrima partida,
Una voz perdida aullando desolada.

CORO:

Domine Deus, Rex caelestis,
Pater omnipotentem

Coro: Texto litúrgico en latín.

Solista: Texto de Altazor de Vicente Huidobro.

TENOR:

¡No, no puede ser!
Que agotemos la vida en la vida.
No puede ser!
Que consumamos el placer.
Muera la muerte infiltrada de rapsodias
languosas.
¡No puede ser!

CORO:

Domine, Filio unigenite
Jesu Christe,
Domine Deus, Agnus Dei,
Filius Patris

TENOR:

¡No puede ser,
¡no puede ser!

CORO:

Qui tollis peccata mundi miserere nobis,
Qui tollis peccata mundi suscipe
deprecationem meam

TENOR:

Yo estoy aquí de pie
ante vosotros,
Se me caen las ansias
al vacío,
Se me caen los gritos
a la nada,
Se me caen al caos
las blasfemias,
Quiero la eternidad como una paloma en mi
frente.

CORO:

Qui sedes ad dexteram
Patris.

TENOR:

Quiero el infinitivo como una flor en mis
manos.

CORO:

Miserere nobis.

TENOR:

Siglos, siglos vienen gimiendo en mis venas,
Siglos que agonizan en mi voz.

CORO:

Quoniam tu solus Sanctus,
Tu solus Dominus,
Tu solus Altissimus,
Jesu Christus.

TENOR:

Dios todo, Dios nada,
Dios joven, Dios viejo,
Dios en las palabras,
Dios en los gestos,
Dios mental, Dios aliento,
Dios amasado a mi congoja.

3) CREDO

CORO:

Credo in unum Deum
Patrem omnipotentem
Factorem caeli et terra
Visibilium omnium et invisibilium,
Et in unum Dominum,
Jesum Christum,
Filius Dei unigenitum,
Et ex Patre natum
ante omnia saecula,
Deum de Deo, lumen de lumine,
Deum vero de Deo vero
Genitum, non factum;
Consubstantialem Patri;
Per quem omnia facta sunt.
Qui propter nos homines,
Et propter nostram salutem
Descendit de caelis,
Et incarnatus est de Spiritu
Sancto
Ex Maria Virgine
Et Homo factus est.

TENOR:

Que Dios sea Dios
O Satán sea Dios
O ambos sean miedo,
¡Lo mismo me dá!
Que sea la vía láctea
O una procesión que asciende en busca de la
verdad,
¡Hoy me es igual!
Traedme una hora que vivir,
Traedme un amor pescado por la oreja
Y echadlo aquí a morir ante mis ojos.
Que yo caiga por el mundo,
Que yo corra por el universo,
Que me hunda o me eleve,
¡Lo mismo me dá!
¡Me es igual!
PORQUE SI TU EXISTES, SEÑOR,
DIOS, ES A MI A QUIEN LO DEBES.

CORO:

Crucifixus etiam pro nobis,
Sub Pontio Pilato passus,
Et sepultus est.
Et resurrexit tertia die,
Secundum Scripturas.
Et ascendit in caelum:
Sedet dexteram Patris.
Et iterum venturus est
Cum gloria judicare vivos et mortuos
Cujus regnit non erit finis.

TENOR:
¿Habeis oído?
¿Que esperas?
¿En donde estas?
¿Dices adios y te quedas?
¿Porqué? . . .

CORO:
Credo in unum Spiritum Sanctum
Dominum et vivificantem;
Qui ex Patre, Filioque procedit
Qui cum Patre et Filio
simul adoratur, et glorificatur;
Qui locutus est per prophetas.

TENOR:
¿Porqué hablaron? ¿Quien se los pidió?
¿Quien? . . .
¿Porqué sus nauseas de infinito y ambición de eternidad?

CORO:
Credo in unam sanctam catholicam et
apostolicam Ecclesiam.

TENOR:
Hay palabras que incendian donde caen,
Otras que se congelan en la lengua
Unas tienen sombras de árboles
Y otras tienen atmósferas de astros,
Hay palabras como imanes,
Y otras que se descargan sobre el alma.
Abrid la boca para recibir la hostia de la
palabra herida
La hostia angustiada y ardiente que nace no se
sabe donde,
Que viene de mas lejos como una columna que
se alza en la punta de la voz
Y la noche se sienta en la columna.

CORO:
Confiteor unum baptismum in remissionem
peccatorum,
Et expecto resurrectionem mortuorum,
Et vitam eternam.

TENOR:
El dolor es lo único eterno
El vértigo de la nada cayendo de sombra en
sombra,
La nostalgia de ser
barro y piedra,
La luz de Dios que se enciende y nos
deslumbró,
La duda inútil, el miedo,
La flor que se deshoja,
Las tinieblas.

CORO:
Amen.

4) SANCTUS

CORO:
Sanctus, Sanctus, Sanctus,
Dominus Deus Sabaoth
Pleni sunt caeli et terra
gloria tua,
Hosanna in excelsis.

TENOR:
Después de muchos siglos el mar se abrirá,
Saldrán los naufragos que cumplieron su
castigo,
Y andarán por la tierra con miradas de vidrio,
Se convertiran en constelaciones.
Entonces, un volcán aparecerá en medio de las
olas,
Y dirá: Yo soy el rey.

CORO (femenino):
Benedictus qui venit
in nomine Domini.

TENOR:
Yo soy el rey. Sabed que islas coronan mi
cabeza,
Y las olas son mi único tesoro.
La luz canta a la luz
en su idioma magnético,
El cielo canta al cielo
en su lengua astronómica.

CORO (masculino)
Benedictus qui venit in nomine Domini.

TENOR:
Yo soy el rey
Que oigo la risa de los muertos debajo de la
tierra.
Yo soy el rey
y trazaré tu horóscopo.

CORO:
Hosanna in excelsis.

5) AGNUS DEI

CORO:
Agnus Dei, qui tollis
peccata mundi;
Miserere nobis.

TENOR:
Esperaré de pie
al final de esta línea,
Sentado en una lágrima
Desnudo y cantando al lado de un suspiro.

CORO:
Agnus Dei, qui tollis
peccata mundi;
Miserere nobis.

TENOR:
Esperaré con los ojos
llenos de recuerdo,
Con mi horóscopo extendido,
Atento
y desmadejando mi ovillo.

CORO:
Agnus Dei, qui tollis
peccata mundi;
Dona nobis pacem.

TENOR:
Devolveré la bala
al asesino,
Contaré las pisadas de Dios
en el espacio,
Y reiré con El
antes de quedarme dormido.

6) ITE MISSA EST

CORO:
Ite Missa est.

TENOR:
Pero yo seguiré
montado en tu palabra,
Girando por el universo,
Escribiendo en las paredes
de los astros,
Arañando el infinito
con mis garras,
Descorriendo cortinas en las nubes,
Protestando. . .
Riéndome. . .
Cantando. . .

CORO:
Amen.

POEMAS NEOYORQUINOS

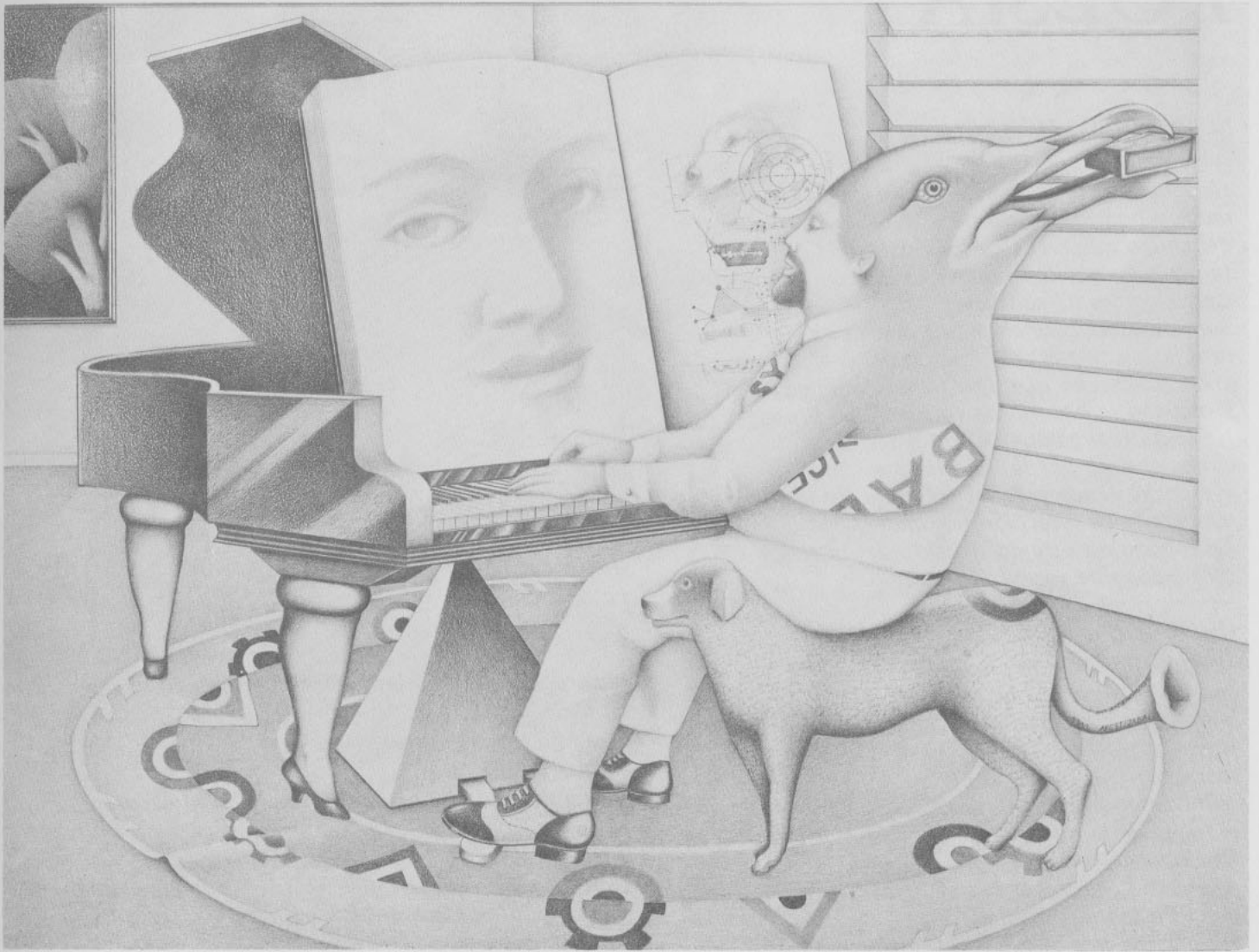
□ CLAUDIO GIACONI

FOTOS POLAROID

*En los contrafuertes de Germantown et environs
sobre acera de Lexington y 83
cae de culo contra el pavimento
petimetre que resbala en cáscara de plátano.
Una anciana semiinválida de sonrisa beatífica
desmigaja pan para las palomas
esperando que la levanten en su vuelo
en la acera de Lexington y 83.
Pasa una rizada madre casi adolescente
se divierte de lo lindo con su travieso pequeñuelo.
Algo más allá pareja de octogenarios
arropados toman sol en sillas plegables
en medio del fárrago impetuoso
de Lexington y calle 83.
A cuatro cuadras en Segunda Avenida
como mi pastrami en la delicatessen judía.
Con gafas que apenas se sostienen sobre narices diminutas
padre de pelo blanco e hijo de barba negra
con aire serio hablan acodados en mesa vecina.
Padre e hijo no sonrían por ningún motivo.
Avenida abajo reinan los fantasmas del Imperio Habsburgo
la constelación de la fiambrería austro-húngara
anuncia orgullosa pollos paprikas y cecinas de caballo.
Siniestros bares gangsteriles por Yorktown y las 70
vampiresas añejas ninfas borrachas cromagnones buscarroscas.
En bares eslovacos momificados en el tiempo
parroquianos escuchan tiesos fanfarrias militares
palinodias patrióticas de la época de Francisco José.
Rotundos restoranes moldavos menú ganso reseco
afables dulcerías austríacas por la 86
atendidas por ancianas sonrosadas de aire saludable.
Everywhere Irish pubs everywhere.
Podría usted decirme para qué estamos aquí
caribeño copa en mano pregunta jovial en el mesón.
Con qué fin hemos venido aquí.
Estupor desconcierto en Irish pub de calle 86.
En mi vida había visto tanto loco suelto.
Válgame Dios dice recién llegada en español.
En la caja pago mi pastrami.
Four fifty eight out of ten.
Trata de trapear en el vuelto la vieja arpía.
Dejo propina zumbón saludo a la salida
rehuyendo ojos la vieja harpía se despide
y no como la anciana artrítica
llevada ya por sus palomas al cielo
de Lexington y calle 83
esta otra se aferra a la tierra con garras de buitres.
La radio locuaz urbi et orbe imparte
un glorious weekend for you
en este viernes solitario y gris
en los extramuros de Germantown et environs.*

CONCIERTO DE LAS NACIONES 1980

1. *Se cubaniza Nicaragua*
2. *Se nicaragüiza El Salvador*
3. *Se salvadoriza Guatemala*
4. *Se guatemaliza Honduras*
5. *Se honduriza Chile*
6. *Se chilenez Bolivia*
7. *Se bolivianiza Argentina*
8. *Se mexicaniza Venezuela*
9. *Se venezualiza Ecuador*
10. *Se ecuatoriza Perú*
11. *Se peruaniza Brasil*
12. *Se brasiliza Argentina*
13. *Se desnacionaliza Chile*
14. *Se entroniza Paraguay*
15. *Se paraguayiza Uruguay*
16. *Se idiotiza Argentina*
17. *Se remoza Brasil*
18. *Se somoza Chile*
19. *Se chilenez Uruguay*
20. *Se mexicaniza USA*
21. *Se americaniza Brasil*
22. *Se mimetiza Argentina*
23. *Se bolivianiza El Salvador*
24. *Se jibariza Honduras*
25. *Se salvadoriza Chile*
26. *Se colombianiza Perú*
27. *Se chilenez Colombia*
28. *Se puntualiza Brasil*
29. *Se panamiza Chile*
30. *Se americaniza Bolivia*
31. *Se chilenez Argentina*
32. *Se brasiliza México*
33. *Se bolivianiza USA*
34. *Se pulveriza México*
35. *Se allendiza Jamaica*
36. *Se imbeciliza Chile*
37. *Se paraliza USA*
38. *Se canadean los canadienses*
39. *Se finlandiza USA*
40. *(Se colonializa Puerto Rico)*
41. *Se chicaniza USA*
42. *Se latiniza USA*
43. *Se ennegriza USA*
44. *Se nicaragüiza Paraguay*
45. *Se simbabweíza Brasil*
46. *Se cocacoliza China*
47. *Se quebequiza USA*
48. *Se maoíza Tanzania*
49. *Se nacionaliza Canadá*
50. *Se hitleriza Israel*
51. *Se balcaniza USA*
52. *Se sudafricaniza Brasil*
53. *Se cubaniza Puerto Rico*



SUCEDE

La gente cree que vive una película de Kojak
 gente menor que quiere verse mayor
 gente mayor que quiere verse menor
 gente que actúa roles equivocados,
 Soy amigo de la espuma y del sol
 comiendo en restaurantes mediocres
 aterrado siempre de morir atragantado con espina en el esófago.
 De repente sentado en restorán-terrace
 se ve pasar a alguien igual a Jorge Berti o Jaime Laso
 como si fuera de nuevo Los Alemanes,
 año 54, calle Esmeralda, Schnitzel a la Holstein
 sólo turbas animalescas en exhibición de calzones deportivos.
 En esta ciudad sólo grandes crímenes suceden
 quinceañero convierte en tea humana a anciana de 82
 el desplumadero multinacional hace su agosto por Wall Street y Madison.
 Conciertos cultura se anuncian en el New York Times
 pero la cacofonía caca del transistor reina suprema
 y ay ay del que reclama
 bang balazo en la cara o zass rebanada en el vientre.
 En Kansas City, Missouri, las cosas no están mejor
 envidioso del don de lenguas
 Mercy Murder, músico punk, estrangula a loro bilingüe.

Disparen sobre el Pianista - Germán Arestizabal

POESIA

LLAVE DE LA MEMORIA

*He sentido a medianoche el olor de la
madera podrida de Boroa y el olor
del chilco que crece en los cerros de
Imperial, y que las mujeres buscan secretamente
ciertas tardes de cada mes.
Son las llaves para abrir una puerta. Y
otra llave son tus ojos sin paisaje
y ese muchacho que ayer bebió conmigo
y escucho la historia de tu irrealidad brusca.
He sentido el galope del río (despierto
a medianoche por la lluvia imprevista)
y escuché claramente las voces de sus muertos
navegando en dirección torcida.
He robado así otra adivinación de mi tierra
otro galope de aroma funesto.*

HIJO

*Vendrás un día y te preguntarás
con qué derecho te he traído
a este lado de la realidad.
Huelo el futuro y me ve tu mirada
rencorosa y ardiente
removiendo la duda
el fuego de la duda.
Desde luego
las razones son tuyas
y aquí están mis mejillas
el polvo de mis mejillas
para que el viento azote
en tu nombre
y el mío
nuestro pobre recuerdo.*

ERES EL ROSTRO DE LA CIUDAD

*Eres el rostro de la ciudad
en este día sin nombre.
Las estrellas brillan malignas
a través de la fría niebla
y su color hiere los ojos
como un aviso siniestro y melancólico.
Pasa un grupo de jóvenes cantando
cantan suavemente
y una voz chilla silencio.
Así el silencio se hace otra vez
tú eres el silencio de la ciudad.
Alguien trajina mis bolsillos
y los despoja de las últimas monedas
lo mismo ocurre a otros fantasmas
que se dejan hacer
nada importa
tú eres el hastío de la ciudad.*

□ O M A R L A R A

HE ENCONTRADO UNA MUCHACHA EN LA CALLE

*He encontrado una muchacha en la calle,
La conocí*

hace tiempo

en un lejano país.

*Recordamos que pudimos habernos amado.
En ese tiempo.*

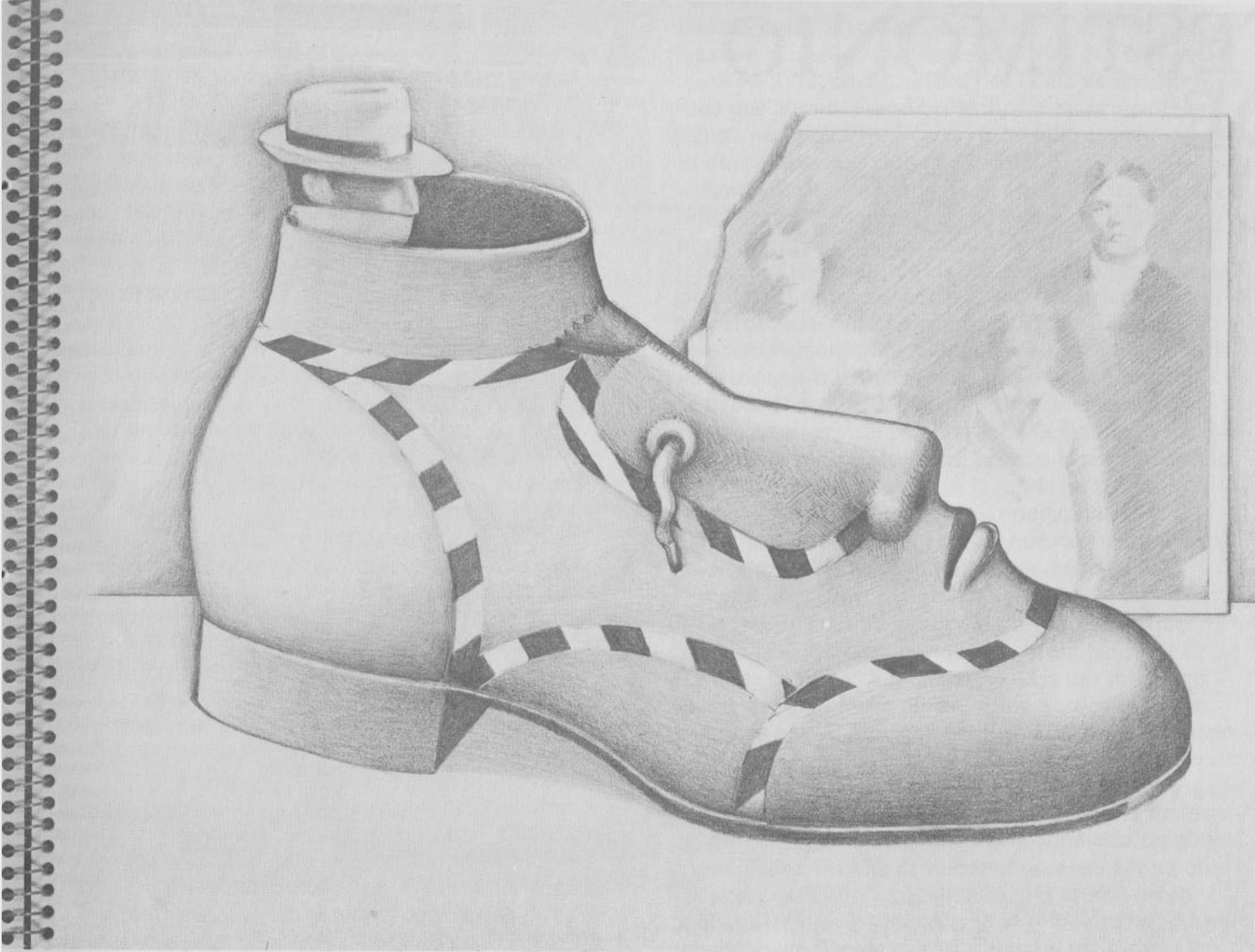
*(Hoy en esas ciudades
en que un día vivimos
crecen muertos y una historia se hace en silencio.)*

*Hemos cortado ramos de un arbusto
es como el cedrón
y de nuevo nos abandonamos a aquel tiempo
en que pudimos habernos amado.
Ese tiempo.*

He encontrado una muchacha en la calle.

DE ESA CIUDAD

*A veces me acuerdo de esa ciudad,
de algunos acontecimientos
en esa ciudad:
jóvenes alegres cabalgan por los puentes
sobre las barandas de los puentes
sin ánimo de nada, sólo para asustar a la amada
que venía detrás, mirando hacia otro lado.
Me acuerdo del Mono y de una película
que filmó varias veces, de mentira,
y de unos pescadores
y de un pianista ciego.
Esa ciudad todavía figura en el mapa,
muchos sostienen que existió de verdad
con lo que estoy totalmente de acuerdo.
Incluso conservo una tarjeta postal
muestra una carretela, un río
el comienzo de otro puente
por donde pasaban los camiones cargados
de raras figuras con la vista negra
negra.*



Detective sin familia - Germán Arestizábal

ESCUCHADO EN UN SUEÑO

*El humo
de las fábricas
tiñe
de negro
las sandalias
de las
golondrinas.*

RECUERDOS DEL FUTURO

*Esperábamos los acontecimientos envueltos
en gruesas mantas
ociosos, desvelados
quemábamos cientos de revistas
y en el día nos peinábamos cuidadosamente.
Hechos y cosas reales se volvieron irreales
y viceversa
descubrimos que el miedo es fuerte y fraterno
suelo escuchar aún llantos y cantos
veo espaldas despedazadas
y no olvido varias palabras que nacieron entonces.*

PARQUE DE LOS RECUERDOS

*Las parejas se duermen en el pasto
y despiertan después de algunos años
desencajados
abominando el uno
de la otra
pálidos
como saliendo del fondo del mar.
Un espeso vapor recubre el musgo
miles de cuerpos se levantan gimiendo
se huelen
se desconocen
se sientan en la tierra.
Ahora creen escuchar una música conocida
se arreglan el cabello podrido
y danzan con gestos frenéticos
y la luna aparece y se lanza sobre ellos
como una alegre paloma.*

TESTIMONIO DE UN POETA

□ OSCAR HAHN



Detective esposado - Germán Arestizabal

Once de Septiembre de 1973. El Palacio de La Moneda ha sido bombardeado por la Fuerza Aérea de Chile. El cadáver del Presidente de la República, destrozado por las balas, es retirado del edificio. Miles de partidarios del régimen depuesto repletan los campos de concentración, buscan asilo en las embajadas o yacen en las calles acribillados por las ametralladoras. Una suerte de apocalipsis se ha desatado sobre el país, sin la grandeza del Nuevo Testamento, pero con todo su horror. Yo estoy en Arica, en el norte de Chile, y es muy tarde en la noche. Escucho ruidos de vehículos que lentamente vienen avanzando. La temperatura es bastante agradable y me encuentro en cama, bien abrigado, sin embargo me siento muerto de frío. Los vehículos siguen acercándose. Ya están casi frente a mi puerta.

Todo el cuerpo me tiembla. Ruego porque sigan de largo. La caravana se detiene. Me digo que quizás vienen a buscar a otra persona que vive en la misma cuadra. De pronto escucho el ruido de la verja al abrirse. Entran en el jardín e iluminan con sus linternas a través del ventanal, desde afuera. Desde mi dormitorio veo las luces penetrando en el living. Escucho personas que hablan en voz baja, murmullos. Las luces se alejan de la ventana. Siento que el corazón me late velozmente. Hay un instante de silencio, y luego golpean violentamente la puerta. Me levanto de la cama tiritando y abro. Son las tres de la madrugada del 12 de Septiembre. Hay un grupo de soldados en uniforme de combate, con las ametralladoras dirigidas hacia mí. El que está al mando del grupo me pregunta mi nombre, me pide el carnet de identidad y me ordena que los acompañe. Le pregunto si me puedo vestir. Asiente. Y mientras lo hago, veo que entran en mi pequeño departamento y lo registran todo. Se llevan varios libros y papeles; entre ellos, la novela *El señor Presidente*, de Miguel Angel Asturias, pensando seguramente que se refiere al presidente Allende. Salimos. En ese momento cometo el error que pudo haber sido fatal. Sin decir una palabra, me doy vuelta y

entro en la casa, porque noto que la luz del living ha quedado prendida. La apago, y salgo ante la mirada estupefacta de los soldados. Entonces me doy cuenta de lo que he hecho y me pongo pálido. Pero nadie dice nada, nadie hace ningún comentario. Todo ocurre como en cámara lenta. A ratos tengo la sensación de que estoy soñando. Afuera hay varios vehículos militares. Me indican que suba en la parte de atrás de uno de los camiones. Lo hago, y entonces veo que hay como unas treinta personas, hombres y mujeres, tendidos boca abajo; unos casi encima de otros. Reconozco a algunos profesores de la Universidad del Norte, a estudiantes universitarios e incluso a algunos secundarios que no tendrán más de 16 años. Me ordenan que me tienda también, pero no hay lugar, así que me encucillo en un rincón de la parte de atrás, a duras penas. Varios soldados muy jóvenes van en el camión, apuntándonos con sus metralletas. Parecen tan asustados como nosotros y temo que su nerviosismo los impulse a apretar el gatillo involuntariamente. La caravana se pone en marcha y lo mismo se repite en las casas de cuatro o cinco personas del barrio, que acaban también amontonadas en el camión. Veo que sacan libros, papeles, mapas y los ponen en un vehículo pequeño. Me pregunto cómo van a saber después qué cosa es de quién. La idea de que algún documento comprometedo, perteneciente a otra persona, me sea atribuido me provoca un pequeño escalofrío.

A las seis de la mañana llegamos al regimiento "Rancagua", de Arica. Separan a las mujeres de los hombres. A nosotros nos ponen en un pequeño cuarto, cerca del patio interior del regimiento. Enseguida proceden a cortarnos el pelo. He ingresado con el pelo muy largo, hasta los hombros, y ahora el nuevo corte no se diferencia mucho del que llevan los soldados rasos. Nos forman en el patio cerrado, y durante cinco horas nos obligan a hacer ejercicios violentísimos, a ponernos en posiciones imposibles y cuando muertos de agotamiento, con los músculos agarrotados, con calambres por todo el cuerpo, caemos al suelo con el corazón a punto de estallar, nos levantan a golpes de botas, nos aplastan contra el muro, nos insultan, nos golpean con las culatas de las ametralladoras y se burlan de nuestra condición de intelectuales. Después de cinco horas infinitas, casi reventados, nos arrastran hacia un camión.

Llegamos a la cárcel de Arica. Pido ver al médico del establecimiento, porque me han golpeado en los testículos y casi no puedo caminar. El médico me examina y dice que no tengo nada. Me llevan al patio de la cárcel donde hay unos 200 prisioneros políticos, a pleno sol. Uno de ellos me presta una especie de colchoneta que le han permitido tener. Me tiendo encima y cierro los ojos. Personas murmuran en voz baja. Veo luces penetrando en mi dormitorio. Siento el ruido de la verja al abrirse. Una caravana de vehículos viene avanzando. Golpean violentamente la puerta de mi casa, y despierto con una sensación de alivio, para pasar de inmediato al desconcierto y a la sorprendente constatación de que no estoy en mi cama.

Por la noche nos meten en una celda. Alrededor de

100 personas se turnan para dormir en el suelo, en un lugar en el que normalmente duermen 10. Nos encierran con llave, enceguecidos por la luz de un enorme foco que alumbraba desde el techo. Y si alguien tiene alguna necesidad fisiológica, debe aliviarse ahí mismo. El olor es insostenible. La gente trata de hacerlo durante el día, cuando nos ponen en el patio, pero es difícil, porque hay que ocupar una especie de pozo negro, frente al cual no menos de 70 personas esperan turno, en medio de las mofas y empujones de los guardias. Nuestra situación se repite diariamente sin mayores variaciones; excepto que cada día liberan a unas seis personas. Pero ingresan 10 o 15 nuevos prisioneros que traen toda clase de noticias alarmantes. Se habla de fusilamientos, de torturas durante los interrogatorios y de personas que desaparecen incluso después de ser excarceladas, porque la policía secreta los espera en una esquina, a la salida de la cárcel. El 22 de Septiembre deciden dejarme en libertad, sin ninguna explicación. No sé por qué razón específica fui hecho prisionero, y ahora no sé por qué han resuelto liberarme.

A las seis de la tarde se abre el portón de la cárcel. Salgo a la calle. Camino tenso, sobresaltado por el ruido de cualquier vehículo que pasa por mi lado o que se detiene. Debo apresurarme porque el toque de queda empieza luego. Las historias de los que desaparecen al abandonar la prisión me tienen muy nervioso, así que decido no seguir caminando. Me he topado con la casa de unos amigos y pienso que será mejor entrar en ella de inmediato. Por una de esas notables casualidades, mi hija de nueve años se encuentra en ese sitio, visitando a sus abuelos. He estado preso apenas diez días y sin embargo al principio la niña no me reconoce. Desde el mismo garage me sacan a la calle en automóvil. Finalmente llego a mi casa. Allí me esperan otros seres queridos; han viajado mil kilómetros desde Santiago, exponiéndose a toda clase de peligros, para tratar de hacer algo por mí, y al llegar a Arica se han enterado de mi liberación inminente. Me consuelan, me cuidan, me regalonean. Tratan de hacerme olvidar lo inolvidable.

Varios días después estoy en cama, reponiéndome. De pronto, siento algo en mi interior; algo que viene deslizándose poco a poco. Siento un poema gestándose dentro de mí. Lo siento nutrirse de mi propia sangre, de mis sueños y de mis fragmentos. Veo crecer su cuerpo hecho de palabras interiores; lo veo adquirir una fisonomía borrosa, pero ya perceptible. Entonces, tomo una hoja en blanco y me apresto a escribirlo gota a gota. Es una fuerza que pugna por hacerse presente. Pero he aquí que, paralelamente, siento que otra fuerza empieza a brotar en mi interior; una fuerza que tira en la dirección contraria; algo que me impele a destruir adentro aquello que lucha por nacer. Una fuerza destructiva arrastra al embrión de poema, empujándolo hacia la nada. Y ese combate entre la creación y la muerte acaba con la victoria del mal, y todo lo que me queda como herencia es la sombra de esa tensión, el espectro de esa tensión insostenible pensando en mi interior. □

LIBROS

Marjorie Agosín: *CONCHALI*. Nueva York: Senda Nueva de Ediciones, 1980, 56 pp.

por Héctor Mario Cavallari, Stanford University.

En *Conchalí* Marjorie Agosín ha logrado desplegar un brillante recorrido lírico en treinta poemas, a lo largo de los cuales se entretiene un profundo *canto a lo humano* (con la doble referencia a la rica tradición folklórica chilena y al asunto lírico del libro). Este magnífico — y a la vez, bellamente íntimo — poemario retoma en la unicidad de sus signos una doble herencia literaria nacional: la del programa destructivo del *Altazor* huidobriano (esa formidable anticrónica del exilio del orden edénico), y la del modelo de la producción poética de Violeta Parra (*enunciación/denunciación* radicalmente instaladas en la difícil sencillez del discurso de lo auténticamente humilde y cotidiano). Desde estos hitos, Agosín traza la ronda de su pensamiento poético, impregnado de parte a parte por una valiente y lúdica irreverencia ante las consagraciones manifiestas y latentes de un sistema sociocultural tan mortífero como decrepito. *Conchalí* revela e impugna, en efecto, un conjunto de supuestos ideológicos que cristalizan en ciertas institucionalidades privilegiadas del orden burgués contemporáneo: la pulsión erótica enmarcada en la falocracia matrimonial y familiar; las articulaciones de la marginalización femenina y las penalidades que la mujer padece cuando transgrede los límites del lugar que le ha sido asignado; los encasillamientos de la práctica literaria y del saber académico que ésta suscita; las codificaciones que prescriben el alcance y el funcionamiento de las relaciones del sujeto con el mundo social y natural; la cosificación de la palabra en el archivo fiscalizador de formularios, *curriculum vitae*, libros de patentes, diccionarios, documentos y demás dispositivos de regulación y control; el enclaustramiento de la vida afectiva en base al imperativo de la autoidentidad unívoca de la personalidad. Esta enorme actividad destructiva de falsos modelos queda plasmada, sin embargo, en una figuración lírica de registros íntimos, de vivencias inmediatas, de personales incitaciones a la proposición de un discurso que ha sido sistemáticamente silenciado o confinado al susurro. Diseminación incontenible, pero también cautelosa: en el orden desenmascarado “tanto/las palabras como el silencio mienten” (“Auditorio”). Por eso *Conchalí* es una invitación al des-orden, acudiendo precisamente a las instancias de transgresión, en las cuales se puede exponer las pautas “naturales,” latentes, que regulan la inmediatez de nuestros prejuicios cotidianos. En este poemario no hay parodia hueca ni sarcasmo agónico; hay, en cambio, ironía, humor penetrante y afirmación de una voluntad nómada que explora minuciosamente los contornos de una autenticidad posible. Posible y, en cierta manera, ya actual, en tanto y puesto que ella ha quedado concebida en los resquicios que abre la imaginación poética de este libro. La afirmativa apertura que constituye la significancia del discurso lírico de Agosín no fluye desde un abstracto hablante universal; por el contrario, la poeta asume su condición problemática de mujer en un régimen hipócritamente patriarcal, y desde allí denuncia y denuncia las vicisitudes de su ser ex-céntrico y marginado en el seno de la estructura social burguesa, para concluir inaugurando una nueva era y un territorio poético donde “ya no hay muertos/ni vivos” (“Resurrección”).

Isaac Goldemberg: *LA VIDA A PLAZOS DE DON JACOBO LERNER*. Nueva York: Ediciones del Norte, 1980, 274 pp.
por David Valjalo

Ediciones del Norte ha iniciado felizmente sus actividades con el volumen de Goldemberg sóbriamente impreso. La editorial anuncia que se dedicará especialmente a la novela escrita en español y advierte que para estos efectos sólo considerará la calidad del manuscrito, sin tomar en cuenta la ciudadanía, tendencia política o lugar de residencia del autor. Su punto de vista es encontrar un medio de expresión “cuando las circunstancias económicas o políticas de su propio país obstaculizan la publicación o hacen difícil el reconocimiento de nuevos valores.”

Para los interesados damos la dirección: P.O. Box A130, Hanover, New Hampshire. 03755

Lo que nos llama la atención es este primer volumen de dicha casa editorial. Isaac Goldemberg es de origen judío. Si se tratara de Argentina no nos causaría sorpresa ya que la cantidad de escritores e intelectuales de origen hebreo en dicho país suman decenas y no es de extrañarse ya que los residentes de ese origen solamente en Buenos Aires, suman medio millón.

Otra sorpresa que nos proporciona este volumen es que primeramente fue publicado en su traducción en inglés (Persea Books Inc., Nueva York, 1978).

Entrando al libro propiamente tal, también nos sorprende la fecha en que suceden los acontecimientos narrados ya que ésta corresponde a las décadas de los años 20 y parte de la del 30, o sea, cuando al autor le faltaban muchos años para nacer. La fecha de nacimiento de Goldemberg es 1945. Los personajes casi en su totalidad corresponden a judíos inmigrantes de Europa Oriental después de la Primera Guerra Mundial. Decimos casi en su totalidad, ya que los personajes peruanos son muy pocos. El escenario, sí, es peruano, tanto Lima como las provincias. El paisaje está reflejado con suma habilidad, como también los acontecimientos paralelos que el autor intercala con certeza para ubicar a quien lee en la fecha adecuada. Como ejemplo citamos: “Don Augusto B. Leguía es reelegido Presidente de la República, se renuevan las conspiraciones: las prisiones y deportaciones se multiplican.”

¿Es ésta una novela judía en Perú? Si y no. Afirmativamente, la consideramos así ya que narra (el título de por sí es un acierto) la vida a plazos de don Jacobo Lerner, pero a su vez, si las páginas dedicadas a Lima y su descripción son pocas, la importancia de la provincia y sobre todo de Chepén, es decisiva. El pueblo, sus autoridades, sus costumbres, el infaltable párroco, están retratados con acierto. Se huele a provincia. A su vez en lo que respecta a la parte peruana de la novela, la pintura de la familia vinculada a Jacobo Lerner, refleja la vida de la villa hispanoamericana. Se trata de una familia de la mediana burguesía venida a menos con su correspondiente tragedia.

Aparte de las referencias históricas para ubicar cronológicamente al lector el novelista intercala constantemente párrafos del periódico “Alma Hebrea”. Junto a éstas, el autor en esas breves intercalaciones da la pincelada para retratar al judío inmigrante. A manera de ejemplo tomemos párrafos de esta publicación: “Dos son los factores que originan la animadversión hacia la Colectividad Israelita: el atraso industrial del país y el sentimiento de filantropía protección mutua, desarrollado entre nosotros los judíos de una manera excesiva.” “El drama más emocionante del año. La historia de Marya Kalish, una joven judía, perseguida por un sicario del Czar.” O este otro: “Israelitas alerta. Sabemos que hay correligionarios, en Lima y Balnearios, que efectúan sus compras en firmas comerciales e industriales, cuyos propietarios o altos funcionarios desarrollan, abiertamente, actividades nazistas y antisemitas, y quienes se atreven a declararlo públicamente.” El alerta termina catalogando de falta grave el comprar en esos establecimientos.

Lucía Guerra - Cunningham : LA NARRATIVA DE MARÍA LUISA BOMBAL : UNA VISION DE LA NARRATIVA FEMENINA. Madrid: Playor, 1980, 205 pp.

por Víctor M. Valenzuela, Leigh University

En el campo de la literatura la influencia del movimiento militante feminista en los Estados Unidos ha sido obvia. Obvia es también la proliferación de estudios que desde el punto de vista feminista interpreta obras literarias. Este es el caso del reciente estudio : *La Narrativa de María Luisa Bombal : Una Visión de la Existencia Femenina* de Lucía Guerra - Cunningham profesora en la Universidad de California, Irvine.

La autora comenta e interpreta *La Última Niebla*, *La Amortajada*, "El Arbol", "Islas Nuevas", "Trenzas", y "La historia de María Griselda"; es decir, la obra completa de la Bombal, una de las figuras cumbres de las letras hispano-americanas.

Por falta de espacio limitaré mis comentarios. Basada en investigaciones sociológicas y antropológicas que "ponen de manifiesto las características singulares de la creación femenina", la autora discute la problemática particular de la mujer. Otro elemento importante es que la Bombal le concedió a la autora varias entrevistas que proporcionan nuevos elementos relacionados con el proceso creador de la escritora chilena. La autora explica : "*La obra de María Luisa Bombal no es simplemente la elaboración de la realidad desde una perspectiva femenina, . . . es más, toda su problemática conflictiva tiene su origen en la inadecuación del ser femenino con respecto a los valores masculinos predominantes en la sociedad. Por lo tanto, la validez y riqueza del mundo, mana de la oposición básica entre el principio femenino que inconscientemente busca aproximarse a sus raíces cósmicas primordiales y el principio masculino que ha impuesto jerarquías y regulaciones por sobre todo lo natural a partir de la conciencia racionalizadora*" (p. 185). Yo sugeriría este libro como tópico de discusión en una mesa redonda. Levantaría polvareda.

MARXISMO, DEMOCRAZIA E DIRITTO DEI POPOLI. Scritti in onore di Lelio Basso, Franco Angeli Editore, 1979, 10067 pp.

por G. A.

En este estupendo volumen dedicado al gran luchador por la democracia en Italia y en el mundo que fue Lelio Basso viene, entre otras colaboraciones de escritores hispanoamericanos (Julio Cortázar por ejemplo), una excelente narración de nuestro miembro del *Comité de Solidaridad*, Carlos Droguett, con el título de *Sobre la Ausencia*, pp. 669-694.

Es la tarde del triunfo que los valientes soldados y los carabineros de Chile ejecutaron contra el pueblo de Chile el 11 de septiembre de 1973. Los cuatro generales presionan al Cardenal para que éste celebre su hazaña en la Catedral. Este se niega. Que sea en la Escuela Militar, entonces. El Cardenal se niega de nuevo. La ceremonia se realizará, por fin, en la iglesia de la Gratitud Nacional, en la Alameda.

Armados hasta los dientes, batallones de soldados rodean la iglesia el día de la ceremonia. Los tres ex - presidentes concurren al templo junto a los cuatro insignes vencedores. González Videla y su arribismo de rastacuero, su múltiple e

ininterrumpida traición que fue su vida, se despliega en un apretado relato en ese instante de triunfo para él. De Jorge Alessandri se cuenta su vida de solitario enemistado para siempre con la imagen del padre. Eduardo Frei es presentado en el panorama de su pasado político manchado con las matanzas de El Salvador y de pampa Irigoin. Con el fracaso esperado inútilmente que los cuatro valientes lo invitaran a tomar el mando. La consagración de la victoria de los corajudos generales echa definitivamente por tierra la red de intrigas que tejó durante años para llevar a Allende a la muerte.

El obispo Gilmore hunde su mano para ofrecer la hostia a la planta generalicia y expresidencialicia. La saca tinta en sangre. Crujidos y gritos. Cristo se mueve en su cruz. Sangre en el altar. Orines y excrementos en los calzoncillos de los cuatro ases. Mientras tanto, Pinochet sueña con ejecutar personalmente, con su puñal de servicio, a un monaguillo que ha caído junto a él durante el trastorno inesperado producido en la iglesia.

Jorge Etcheverry: EL EVASIONISTA / THE ESCAPE ARTIST. Ottawa: Ediciones Cordillera, 1981, 120 pp.

por Naín Nómez, Toronto University.

La Editorial Cordillera de los chilenos en Ottawa ha sacado su tercer libro en edición bilingüe, un texto antológico de la poesía de Jorge Etcheverry. Este, que ha publicado textos sueltos en diversas revistas, formó parte de una corriente subterránea y marginal de la poesía chilena de fines de los sesenta, que se reunió bajo el nombre de "Escuela de Santiago". Su libro atraviesa por una línea distinta de lo que se ha conocido hasta ahora por la joven poesía chilena (ya no tan joven). Se caracteriza por un versículo largo cuya tensión se polariza entre la universalidad de las imágenes y el carácter coloquial de la descripción del mundo inmediato. Esta doble fuerza de su poesía, que va del mundo cotidiano a la metafóricidad esencial y viceversa nos enfrenta a una visión de mundo diferente a la que estamos habituados en nuestra joven poesía. En el texto se entrecruzan tanto los signos fundamentales y marginales de la cultura occidental, como el tejido de otras culturas, la cotidianidad del hablante y la crítica social inmediata. Lectura difícil no en lo árido, sino en la riqueza contextual y en los signos de lo que sugiere y señala, más que en lo que dice.

En este libro distinguimos claramente un elemento que es fundamental en la poesía que tiene raíces verdaderas. Los hechos cotidianos se enlazan de tal manera que, al ser enunciados por el hablante se convierten en verdades universales. Y viceversa. Los seres y los objetos símbolos pasan fácilmente de su esencialidad a convertirse en elementos que se desarrollan históricamente. Este movimiento que va de lo universal a lo particular y de nuevo a lo universal, es como una semilla que fructifica en la cabeza de los lectores donde los poemas cobran forma de diferentes maneras y se hacen multívocos. A la vez otro movimiento atraviesa la sintaxis: el que va del tono bíblico a lo coloquial sin descansar nunca en ninguno de los dos. La poesía de Etcheverry no es fácil de leer porque procede de un ámbito diferente al que conocemos tradicionalmente. No viene de Neruda, aunque tiene de él. A veces se acerca a los surrealistas, a Rosamel del Valle, Díaz-Casaneuva, al de Rokha metafísico o a los textos de Juan Emar. Pero es su voz increíblemente única la que escuchamos. En medio de esos pájaros, esas abejas y esas mujeres-gatos, en medio de esos fantasmales ancianos del antiguo testamento o de esos atisbos del infierno y el paraíso, asoman también los perseguidos, los marginados, los reprimidos, los emigrantes, o sencillamente, los hombres que "buscan una revolución que a lo mejor es un sueño". La compleja construcción de signos de este poeta y su resolución textual, colocan este libro como una contribución importante a la producción chilena en el extranjero.

José Ramírez: POÉSIE DELL' ESILIO. Edición bilingüe (Bologna: Circolo "G. Dozza", 1980.)

por Javier F. Campos, University of Minnesota.

Libro de poesía que inmediatamente, a la vista del lector, aparece poco usual en su formato. Hemos estado acostumbrados más bien al pequeño libro de poemas: Entonces éste se nos aparece como si uno fuera a leer un libro de silabario para iniciarse, para entrar y comprender por la letra cierta realidad.

La portada es muy coloreada. Una gran paloma casi en negativo en un fondo azulísimo y en la parte baja, sobre un fondo blanco como una alargada muralla, la imagen delgada de Chile en una mano empuñada con signos icónicos que muestran la bandera de la patria, una guitarra, otras manos empuñadas, instrumentos que remiten al trabajo humano. Y en una esquina, abajo, una firma: Brigada Pablo Neruda. Libro silabario y rescate en el papel, como murallas también, de una historia del exilio. Así se resume la formalización del texto de José Ramírez.

Tres partes tiene este silabario — libro de poesía que recorre, a través de la nostalgia y desde otra tierra acogedora — Italia — la patria que fue dejada no por buenas razones ni por salir de turismo, sino violenta y desgarradamente. Cosa que ya saben todos los miles de chilenos, uruguayos, argentinos que han tenido que hacerse otra vida. Muchos sobre la vida que dejaron, sobre los insistentes recuerdos de la geografía, del suelo calcinado, de la familia, es decir, de las raíces (decía Volodia en Indiana este otoño del 80 "Siempre se siente, se piensa que aquí sólo estamos de paso y con las maletas siempre listas para partir").

Estas tres secciones del libro (I. - La vida pisoteada. II. - El sueño y la distancia. III. - Las horas y la vida) apuntan a una temática que muchos creadores han desarrollado desde distintas imágenes y experiencias: el motivo de la nostalgia de una patria que se ve ocupada. La poesía de Ramírez es directa, de lenguaje transparente. A veces escritura apresurada en pocos poemas cuya intensidad se pierde por la carencia de reducción, es decir, exceso de versos ("Pensamiento" p. 116). Poesía de testimonio retrospectivo con un hablante desarraigado es el otro motivo dominante. Nostalgia de una tierra que parece perdida. El rescate de la vegetación, la infancia vivida entre los sueños y el trabajo, entre el recuerdo de una familia proletaria y los oficios populares (el afilador, el panadero, el carretero, la lavandera). Los ríos, los pájaros y el cielo. En esto, lo que se rescata desde el exilio, las raíces más sólidas de la patria: la geografía y el trabajo. Motivo que parece subterráneamente transmitido por *Canto General* (1950) escrito por Neruda en otro exilio. Se canta entonces desde otros espacios y otras geografías que más que adaptación dan la atmósfera de reflejos condicionados que acercan a las raíces originales. Es otro el paisaje, otros son los hombres, otras las ciudades, distintos trenes y ríos, otros los amores; pero son, irremediamente, un solo país: Chile.

*Yo me calzo ahora
como si me pusiera
sobre los pies dos alas encendidas
atraveso Alexanderplatz. Berlín dormido
bajo el dorado sol de esta mañana
llena de ciudadanos y tranvías
y me voy por avenidas, plazas
cruzo librerías, pasajes, flores llenas,
rostros de niños alegres que me recuerdan
aquellas lejanas horas de mi infancia
y esos sueños de recorrer
con zapatos nuevos mi tierna fantasía.*

("Zapatos para mis sueños", p. 90)

Hermoso silabario retrospectivo el de José Ramírez que nos llega desde Italia. Libro que se abre para enseñar y no olvidar aquellas raíces que permanecen. Es por lo demás una tónica más o menos dominante, dentro de otras, de los primeros años del exilio. ¿Cómo será la siguiente? .

Inés Dözl-Blackburn, ANTOLOGIA CRITICA DE LA POESIA TRADICIONAL CHILENA. Instituto Panamericano de Geografía e Historia, Colección Documentos, Vol. III. Guatemala: 1979, 239 pp.

por Marjorie Agosín

La presente antología de la profesora Inés Dözl-Blackburn, es tal vez, la más completa que se ha publicado hasta la fecha y por lo tanto, constituye un aporte indispensable al estudio y difusión del folklore poético americano. Los siete capítulos de esta antología agrupados temáticamente son los siguientes: "Romances antiguos", "Romances sobrenaturales", "Romances eróticos", "Romances novelescos", "Poesía tradicional de asunto y creación chilenos", "Poesía tradicional referente a las etapas en la vida del hombre civilizado" y "Poesía tradicional infantil".

Entre los capítulos de especial interés encontramos el dedicado a los romances antiguos ya que Dözl-Blackburn incluye las versiones que provienen originalmente de España y luego incluye paralelamente las versiones chilenas. De esta manera, el lector observa cómo se manifiesta la sensibilidad colectiva del pueblo en los procesos de la reelaboración del Romance. También, la autora nos indica aspectos novedosos que iluminan el carácter y la sensibilidad del pueblo chileno. Según la autora, en las versiones chilenas, los personajes de los romances épicos son presentados con sus virtudes y defectos, sin idealizaciones. La mesura tan típica en la épica española no se encuentra en la tradición chilena. Por citar un ejemplo, un romance que recuerda al Cid dice "en una ocasión rrebrentando en furia" (pág 33).

El capítulo dedicado a los "Romances sobrenaturales" presenta una documentación original. Por ejemplo Dözl-Blackburn incluye una versión del romance de "la niña sin manos" que sólo aparece entre los campesinos de la región de Melipilla. Así, observamos las diferentes adaptaciones temáticas de estos romances según sus regiones. Otra interesante observación de la autora nos indica que a pesar de que los temas de estos romances se entroncan con la magia y lo sobrenatural, en las versiones chilenas, éstos no se apartan de la realidad. Inclusive en los romances marianos, la virgen aparece integrada a un mundo lleno de suplicios, sufrimientos y destrucciones.

En el siguiente capítulo, "romances eróticos", el lector se da cuenta de la predilección del pueblo chileno por este tipo de romance. Especialmente por las numerosas variantes que encontramos en ellos. El tan conocido romance de "Blanca flor y Filomena" posee aproximadamente trece variantes. Nuevamente, esto indica que el tema cuenta con la aprobación del pueblo.

Los capítulos restantes, especialmente el sexto y el séptimo, tratan de asuntos chilenos desde las primeras composiciones que se gestaron previamente a la aparición de los cantores populares de fines de siglo XIX. Dözl-Blackburn señala las libertades métricas que se originan en la mencionada época. Por ejemplo, el romance tradicional de 16 sílabas casi desaparece.

A pesar de que la lírica tradicional chilena tiene, en la mayoría de los casos, la misma temática de la poesía tradicional española, no obstante, encontramos numerosos aspectos que brindan marcada originalidad a la poesía chilena. Entre ellos cabe citar la fuerte irrupción del Yo narrativo y el alto grado de contenido dramático que aparece en estas composiciones reduciendo la acción a su esencialidad.

Estas características tan bien demostradas por la autora, no sólo se observan dentro de las creaciones chilenas sino que también en las transmisiones y refundiciones de los romances provenientes de España. El pueblo chileno tiende hacia lo real y rehuye lo sentimental. Al leer esta antología, no solo volvemos a revalorar y redescubrir una lírica un tanto desprestigiada por los claustros de la academia. También volvemos a encontrarnos con la psicología y modo de ser del pueblo chileno. Un pueblo que aún no se ha olvidado de cantar.

Ariel Dorfman, escritor conocido por sus trabajos sobre literatura y medios de comunicación, poeta y autor de dos novelas (*Moros en la costa, Chilex*), aparece ahora con su primer libro de cuentos. Y es un libro sorprendente, porque lo instala de golpe y porrazo —y decimos esto a pesar de su ya largo oficio— entre los mejores narradores de nuestro país. El libro dividido en tres partes: Párpados, Cuervos y Ojos, consta de 14 cuentos. El título de cada parte tiene su razón de ser. Los cuatro cuentos de la primera sección (Párpados) son como ventanas internas y externas que se abren y cierran para defenderse de la represión y la traición o para mostrarse a la ternura y a la camaradería. Los cuatro cuentos siguientes (Cuervos) muestran ese espacio de dominio de los cuervos que han devorado un territorio y lo han convertido en una tierra baldía, donde las apariencias se disfrazan de realidades. Los seis últimos cuentos pertenecen al universo de los "Ojos" que se renuevan día a día para hablarnos del presente y del futuro reconquistado por la alegría y la solidaridad. Todo esto, con un lenguaje que ha ido aprendiendo su oficio en profundidad, que a veces cae en un cierto apresuramiento directo, pero que a la vez es portador de una frescura y una espontaneidad intensa y dramática. La construcción literaria de Dorfman, ha logrado hacerse de un manejo de la anécdota y de las diversas funciones sociales del lenguaje (como por ejemplo la epístola, el periodismo, la publicidad, el lenguaje judicial), que lo llevan a poner en cuestión el manejo mismo de la retórica de la ficción. La denuncia social impacta justamente porque es vivida desde la plena tensión dramática de un lenguaje y un mundo siempre conformándose y haciéndose en la cabeza de cada lector potencial. El gran mérito de Dorfman es hacer del lenguaje estético una búsqueda de claves ideológicas que subyacen fragmentariamente en todos los resquicios de la realidad cotidiana. En esa tarea emprende una vez más la búsqueda del escritor auténtico: mostrar y subvertir la ideología.

Dos ejemplos para corroborar lo dicho, ambos de la parte "Ojos" en que se empieza a atravesar hacia el futuro. El primero de ellos es el cuento "Cuestión de tiempo", relato que tiene como interlocutor a Borges, escritor argentino conocido por sus ideas reaccionarias y su virtuosismo literario. Jugando con algunos conceptos borgianos, Dorfman usa el relato enunciativo dirigido a la segunda persona, para contar una anécdota al estilo de "El sur", cuento de Borges. Un hombre mata a otro, pero no sabemos cuando ni donde. Puede ser en el futuro o en el pasado, en la realidad o en un sueño. La diferencia con Borges, es que en este relato, el muerto es un asesino y la muerte no ocurre en los momentos del golpe militar como se aparenta, sino mucho después cuando el pueblo lo juzga y condena (al muerto por asesino). La policía va a apresarse al narrador, pero no por el crimen cometido, sino porque la dictadura ha iniciado la represión contra el pueblo. Dorfman usa el relato borgiano para desmontar otra trampa: la literatura. El juego metafórico —se nos dice— no es una pura entretención de intelectuales. Ni en la ficción, ni en sueños nos debemos dejar engañar por la ideología dominante. Allí también hay enemigos que desenmascarar. Así, el hombre va a matar al narrador en un sueño, pero éste no lo permite y lo mata antes. El protagonista sabe que la bala seguirá viaje hacia el futuro para encontrar el cuerpo del asesino muchos años después.

En el último cuento, "La batalla de los colores", el protagonista José, reivindica ese derecho colectivo a la vida y a la alegría que tienen los pueblos sin voz. Después del golpe militar, José empieza a buscar dibujos de niños y a acumularlos en su casa. La cantidad de dibujos es tal que llena todas las habitaciones y al final tiene que ir depositándolos en la entrada. La magia de los dibujos llena el lugar de pájaros, peces, animales, sonrisas, alimentos. Un día llega la policía y empieza a destruir los dibujos y a buscar a José. Durante varios días disparan, destruyen, queman y destrozan dibujos. Pero José no aparece. En la tercera parte del cuento (la última) nos sale al paso un largo borbotón de palabras que cuenta la búsqueda alucinante, el asombro, la duda, el desconcierto de los soldados y de los oficiales, mientras destruyen cada figura de las toneladas de dibujos que parecen renacer y volar hacia otros sitios. Pero José no aparece. Y se dice que *José se había ido en un tranvía de los colores más adultos posibles cargado de gallinas y huevos y burros de oro y que esperaba a todo el país en un futuro lleno de colinas rojas donde los niños volverían a pintar su liberación.*

Dorfman nos muestra de nuevo —con este libro— que el escritor es mucho más que un inventor de palabras.

Arte de Morir, de Oscar Hahn (Chile, 1938), obra de perfeccionamiento en la destilación de libros anteriores (*Esta rosa negra*, 1961; *Agua Final*, 1967) y en el refinamiento del signo en su esencial dualidad, logra integrar cabalmente el desengaño de los hablantes y del lector implícito, frente a las apariencias modernas. Sus visiones del mundo contingente amplifican la preocupación por la muerte estrechamente personal, para incluir el exterminio apocalíptico de la humanidad.

A la manera de las sumas poéticas medievales (pienso en los cancioneros y por cierto en las *Coplas* de Jorge Manrique), *Arte de Morir* sincretiza con audacia varias de las tendencias vigentes en la literatura actual en lengua española, y al mismo tiempo asume toda la tradición hispánica. Abarca lo popular y lo culto, lo barroco y lo coloquial, el verso medido, el verso libre y la prosa poética, en composiciones que proyectan figuras y hablantes reconocibles como nuestros congéneres. La íntima identificación del lector con estas voces se logra, entre otras cosas, mediante la función apelativa de la palabra. Este tratamiento difiere de la indiferencia del sincretismo modernista, porque esas figuras y el lector padecen al unísono la opresión de la muerte y de sus funcionarios. La calidad cromática y musical de las visiones desencadena una serie de transformaciones dentro de la estructura verbal. Sobre esta base se gestan el simbolismo de la imagen electrificante, el perfil estético de las expresiones y la conciencia ética. La textura lingüística yuxtapone frases cotidianas y citas familiares para actualizar la atemporalidad de estos giros en la vivencia del lector. El posible riesgo de restarle unidad a la obra como consecuencia de variedad tan extensa es superado por la recurrencia a un tema único —obviamente— pero sobre todo gracias a la autoridad y a la eficacia de las visiones y a la rigurosa técnica verbal.

Acuden a la memoria, entonces, definiciones clásicas del vocablo "arte", tanto en su acepción estética como en su noción —ahora resucitada— de "libro que contiene preceptos". Estos poemas, como una preceptiva medieval, invitan al lector a participar en la danza de la muerte, y dado que la presencia de la muerte es condición necesaria de esta poética, ella es la portadora que atraviesa el libro y (como en el *Arte de amar* ovidiano), enseña las convenciones del amor al lenguaje (o sea la "gramática" que rige cada poema) y el amor a la especie humana.

A riesgo de parecer especulativo, me atrevo a afirmar entonces que *Arte de Morir* es una colección de poemas de amor. El amor a la especie humana se configura en textos como "Visión de Hiroshima", donde el hablante ve vararse "las vírgenes de aureola radioactiva / decapitadas por el fuego" y donde el vidente, después de decir: "Y ya no puedes olvidar esa piel adherida a los muros / porque derrumbamiento beberás, leche de escombros", plantea la pregunta anticlimática que implica una toma de conciencia: "¿Y qué haremos con tanta ceniza?"

El sinsentido de la guerra, visible en "Palomas de la paz" o en "Adolfo Hitler medita en el problema Judío", tiene su contrapartida en la confrontación entre la parca y el amado en "La muerte está sentada a los pies de mi cama". El debate entre los funcionarios necrológicos y el amante (el ser humano) reitera su encanto particular en "Cafiche de la muerte". Este sorprendente libro neo-medieval proclama, entre otros, dos mensajes. El primero es tan directo que se torna transparente: la conciencia del amor es el resultado de la conciencia de la muerte: "Para darle cuerda a la muerte —dice el hablante— veo a mis pescaditos navegar por los úteros, / enamorados de cuanto óvulo cae". El segundo, es el mensaje verbal llamado *poema*. Este nos enseña sutilmente, por medio de su factura, lo que todos ya van comprendiendo: que así se escribe la verdadera poesía.

A nuestros suscriptores,
rogamos avisarnos oportunamente
su cambio de dirección postal.

EDICIONES DE LA FRONTERA, LOS ANGELES, CALIFORNIA.

VIVA CHILE M.....! De Fernando Alegría. Disco Stereo
7" Diámetro, 33,1/3 r.p.m., más texto - libro de 12 páginas.
En el mismo disco **CUECAS**, de Fernando Alegría (Letra) y
Angel Parra (Música)

CALIFORNIA, Presencia de Chile a través de 125 años
(1849 - 1974), 56 Páginas. Cinco mapas antiguos y contem-
poráneos. Ocho Ilustraciones. Ochenta y seis Fotografías.
Escriben sobre California: Benjamín Vicuña Mackenna,
Vicente Perez Rosales, Pablo Neruda, Gabriela Mistral,
Fernando Alegría, Luis Merino Reyes, David Valjalo, Manuel
Rojas y Carlos Lopez.

LAMENT FOR CHILE, por Jaime Valdivieso. Poemas.
Edición Bilingüe (Español é Inglés). Veinte páginas. Formato
8.1/2 X 8.1/2.

PEDIDOS A: Literatura Chilena
P. O. Box: 3013, Hollywood, CA. 90028. U.S.A.

EDICIONES CORDILLERA

Las Malas Juntas, de Leandro Urbina
Teoría del Circo Pobre, de Hernán Castellano
El Evasionista / The Escape Artist, de Jorge Etcheverry

Ottawa Chilean Association
P.O. Box 4376 Station E. Ottawa, Ontario Canadá.

LITERATURA CHILENA

(CREACION Y CRITICA)

APARECE 4 VECES AL AÑO
DESDE ENERO DE 1981

INVIERNO Enero / Marzo
PRIMAVERA Abril / Junio
VERANO Julio / Septiembre
OTOÑO Octubre / Diciembre

SUBSCRIPCIONES

INDIVIDUALES:

1 AÑO \$ 12
2 AÑOS \$ 21
3 AÑOS \$ 30

INSTITUCIONES:

1 AÑO \$ 18
2 AÑOS \$ 34
3 AÑOS \$ 48

P. O. Box 3013
Hollywood, CA. 90028
U.S.A.

LITERATURA CHILENA en el EXILIO

COLECCION COMPLETA
PUBLICADA DESDE
SU INICIACION HASTA SU TERMINO

14 NUMEROS EN TOTAL
3.1/2 AÑOS
Desde ENERO de 1977
hasta ABRIL de 1980

Solicítela a nuestra dirección postal

COLECCION COMPLETA

Individuales \$ 36
Instituciones \$ 50

P.O.BOX 3013

HOLLYWOOD, CALIFORNIA 90028 / USA.

ARAUCARIA

DE CHILE

Dirigida por
VOLODIA TEITELBOIM
Secretario de Redacción
CARLOS ORELLANA

La Correspondencia, pedidos,
envío de valores dirigidos a nombre de
Revista Araucaria
Apartado 5056, Madrid 5, España.

Valor subscripcion anual.
Individuales \$ 19
Instituciones \$ 25

En los EE.UU.

Araucaria- Chile Democrático
777 United Nations Plaza
8th. floor
New York, N.Y. 10017

Carta del editor

Nos hacemos un deber, dar nuestros sinceros agradecimientos por la numerosa correspondencia que nos han enviado nuestros colaboradores y lectores con motivo de la continuación de la revista.

El punto de vista del frente cultural en contra de la tiranía imperante es fijado una vez más en la página editorial. Continuamos entregando paulatinamente los trabajos leídos en las Jornadas Culturales Chilenas, celebradas el año pasado en Los Angeles, California. En esta oportunidad los trabajos publicados pertenecen a Ramón Layera (panel de Teatro) ex profesor de la Universidad de Chile, Arica, actualmente en la Universidad de Texas en Austin y director de traducciones de *Latin American Literary Review*; y, a Víctor M. Valenzuela (panel de Ensayo) profesor en Lehigh University, y miembro del Consejo Editorial, con residencia por más de 25 años en EE. UU. También en el género de ensayo de Pedro Bravo - Elizondo se incluye *Manuel viene galopando por las alamedas* que actualiza la figura del guerrillero. Pedro es profesor en Wichita State University. En el género de narrativa se incluyen cuentos de Juan Armando Epple y Guillermo Araya, ambos miembros de nuestro cuerpo directivo y constantes colaboradores de la revista. También en este género una breve narración de Rafael Arenas, autor inédito, obrero en Chile y en el exilio, quien tiene cientos de carillas tanto de narración creativa como de testimonio.

Dos capítulos de novelas inéditas se incluyen también en el género de narración. Uno de Rodrigo Quijada (*Tiempo de arañas, Graduación*) escritor, profesor y abogado exiliado en México, quien ha publicado anteriormente con nosotros; y otro de Carlos Droguett, quien inicia de esta manera su colaboración en esta revista. Droguett, con vasta labor en este género, fué entrevistado por el profesor Francisco Lomelí de la Universidad de California, entrevista que será publicada en nuestro próximo número.

El poeta Oscar Hahn (*Arte de morir*) ex profesor de la Universidad de Chile en Arica, actualmente en la Universidad de Iowa, entrega dos páginas con testimonio.

En poesía, de Omar Lara seleccionamos 8 poemas del volumen titulado *El viajero imperfecto*, publicado en Rumania en versión bilingüe, y que incluye poemas escritos desde 1967, lo cual representa una verdadera antología del poeta. En este género entregamos la sorpresa de un Claudio Giacconi poeta, con *Tres poemas neoyorquinos*. Debemos decir doble sorpresa ya que Claudio mantenía silencio por muchos años como creador. (De su labor anterior recordamos *La difícil juventud*, Premio municipal 1955, *El sueño de Amadeo*, *Un hombre en la trampa*, ensayo sobre Gogol, premio Gabriela Mistral. Actualmente trabaja en una novela titulada "F"; Giacconi reside en Nueva York.

En lo que respecta a música, damos las informaciones y comentarios respectivos sobre la obra *Missa in tempore discordiae* del compositor Juan Orrego Salas, miembro de nuestro Comité de Solidaridad. Junto a éstos entregamos el texto del coro (texto litúrgico) y del solista (tenor, texto de fragmentos del poema *Altazor* de Huidobro).

Nueve son las reseñas de libros de los cuales cinco corresponden a poesía lo que demuestra una tradición chilena en este género en lo que respecta a cantidad y calidad. Héctor Mario Cavallari, profesor en la Universidad de Stanford, comenta *Conchalí* de Marjorie Agosín, publicado en Nueva York; Nain Nómez, *El evasivista* de Jorge Etcheverry (en versión bilingüe); Javier Campos de la Universidad de Minnesota, se refiere a *Poesie dell'Esilio* de José Ramírez, editado en Italia; Marjorie Agosín, a la *Antología crítica de la poesía tradicional chilena*, realizada por la profesora Inés Dölz - Blackburn, publicada en Guatemala, y el profesor W. Nick Hill de la Universidad de Oklahoma, al último libro de Oscar Hahn, *Nascimento*. Es interesante observar los lugares de impresión: un libro en Chile de un poeta residente en el exterior y los otros editados en Nueva York, Ottawa, Bologna y Guatemala.

En narración se comentan libros de Isaac Goldemberg y Ariel Dorfmann, como también otra narración de Carlos Droguett no publicada en volumen aislado sino en un libro homenaje a Lelio Basso. La reseña de libros también incluye un comentario de Víctor M. Valenzuela sobre el valioso libro de Lucía Guerra-Cunningham, Universidad de California, titulado *La narrativa de María Luisa Bombal*.

La cita de la contraportada, es de Gabriela Mistral.

Las siete ilustraciones en las páginas interiores de este número pertenecen al pintor Germán Arestizábal. (Valparaíso, 1943). Su última muestra en Chile se hizo en la Galería Epoca, bajo el título de *No te traicionaré*.

La xilografía de Gabriela Mistral en la contraportada es del destacado grabador Carlos Hermosilla Alvarez.

LITERATURA CHILENA

creación y crítica



Gabriela Mistral, xilografía de Carlos Hermosilla Alvarez.

Las cosas tienen necesidad de ser descritas, las hermosas que parecen bastarse con su existencia menos que las vergonzosas. Es mayor la urgencia de atrapar a éstas por el daño que traen, y por el desorden que cumplen...

Gabriela Mistral